

LESLIE BETHELL, ED.

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

3. América Latina colonial: economía

EDITORIAL CRÍTICA, BARCELONA, 1990

CAPÍTULO 6

SCHWARTZ, STUART B.

BRASIL COLONIAL: PLANTACIONES Y PERIFERIAS, 1580-1750

Selección de textos para uso exclusivo en la formación docente.
Se recomienda la consulta del original y la totalidad del mismo,
para respetar la producción de los autores.

INDICE

Prefacio, por LESLIE BETHELL	7
Nota sobre monedas y medidas	10
Abreviaturas	11

PRIMERA PARTE
**ESTRUCTURAS ECONÓMICAS Y SOCIALES:
 HISPANOAMÉRICA**

Capítulo 1. <i>El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial</i> , por RICHARD M. MORSE	15
La idea urbana	15
La estrategia urbana	20
Ciudades e indios	28
Las ciudades y el comercio	36
Los cambios de la última etapa colonial	43

Capítulo 2. <i>La minería en la Hispanoamérica colonial</i> , por PETER BAKEWELL	49
Técnicas extractivas	54
Procesos de transformación	56
Materias primas	62
Sistemas de trabajo	65
Condiciones de trabajo	71
Repercusiones sociales	72
La minería y el Estado	74
El capital	76
La producción de plata	79
La producción de oro	88

Capítulo 3. <i>Formación y estructura económica de la hacienda en Nueva España</i> , por ENRIQUE FLORESCANO	92
Transformación económica	92
Distribución de la tierra	96
Mano de obra	101
El mercado y el funcionamiento económico de la hacienda	107
El crédito	115

Capítulo 4. <i>Economía rural y sociedad colonial en las posesiones españolas de Sudamérica</i> , por MAGNUS MÖRNER	122
Tenencia de la tierra, fuentes de capital y mano de obra	123
Producción	135
Mercados y actividad comercial	141

Capítulo 5. <i>Aspectos de la economía interna de la América española colonial: fuerza de trabajo, sistema tributario, distribución e intercambios</i> , por MURDO J. MACLEOD	148
Sistema laboral	149
Sistema tributario	163
Distribución e intercambios	175

SEGUNDA PARTE
**ESTRUCTURAS ECONÓMICAS Y SOCIALES:
 BRASIL**

Capítulo 6. <i>Brasil colonial: plantaciones y periferias, 1580-1750</i> , por STUART B. SCHWARTZ	191
Azúcar y esclavos	191
Actividades económicas subsidiarias	218
Periferias del norte y del sur	229
El norte ecuatorial	236
La organización urbana	243
La estructura social	250

Capítulo 7. <i>El Brasil colonial: el ciclo del oro, c. 1690-1750</i> , por A.J.R. RUSSELL-WOOD	260
El descubrimiento	260
La fiebre del oro	267
La administración	271
La sociedad	279
La economía	285
La minería	287
Los quintos	291
El contrabando	295
Balance	299

Capítulo 8. <i>El Brasil colonial tardío, 1750-1808</i> , por DAURIL ALDEN	306
La demografía	307
La expulsión de los jesuitas	316
La crisis económica y sus remedios	322

El renacimiento agrícola	329
Signos de agitación política	352
Ensayos bibliográficos	359
Índice alfabético	403
Índice de mapas	412
Índice de figuras	413

**LESLIE BETHELL, ED.
HISTORIA DE AMÉRICA LATINA
UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE**

Tomo 3. América Latina colonial: economía

EDITORIAL CRÍTICA, BARCELONA, 1990

CAPÍTULO 6

SCHWARTZ, STUART B.

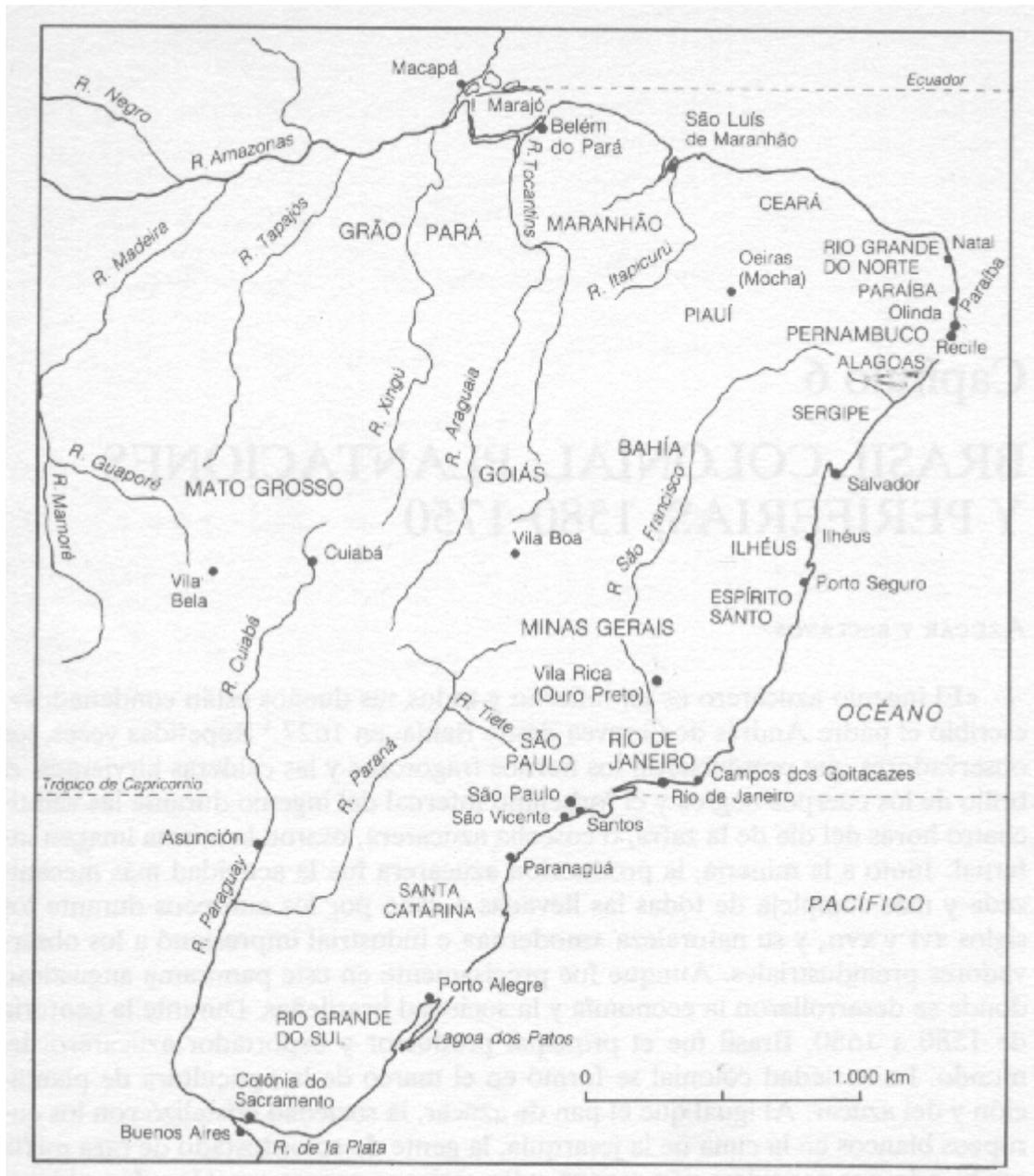
BRASIL COLONIAL: PLANTACIONES Y PERIFERIAS, 1580-1750

Azúcar y esclavos

“El ingenio azucarero es un infierno y todos sus dueños están condenados”, escribió el padre Andrés de Gouvea desde Bahía, en 1627.¹ Repetidas veces, los observadores que presenciaron los hornos fragorosos y las calderas hirvientes, el brillo de los cuerpos negros y el torbellino infernal del ingenio durante las veinticuatro horas del día de la zafra, o cosecha azucarera, usaron la misma imagen infernal. Junto a la minería, la producción azucarera fue la actividad más mecanizada y más compleja de todas las llevadas a cabo por los europeos durante los siglos XVI y XVII, y su naturaleza “moderna” e industrial impresionó a los observadores preindustriales. Aunque fue precisamente en este panorama angustioso donde se desarrollaron la economía y la sociedad brasileñas. Durante la centuria de 1580 a 1680, Brasil fue el principal productor y exportador azucarero del mundo. La sociedad colonial se formó en el marco de la agricultura de plantación y del azúcar. Al igual que el pan de azúcar, la sociedad cristalizó con los europeos blancos en la cima de la jerarquía, la gente de color tostado de raza mixta recibiendo una consideración menor, y los esclavos negros considerados, al igual que la oscura panela de azúcar, de calidad más inferior.

Hacia las últimas décadas del siglo XVI, Brasil ya no se parecía a los establecimientos de factorías comerciales de las colonias asiáticas y africanas occidentales de los portugueses. El desplazamiento de la iniciativa privada por la iniciativa real en la explotación y colonización del extenso litoral brasileño, la creación del sistema de capitanías en la cuarta década del siglo XVI, el subsiguiente establecimiento del control real en 1549, la eliminación y esclavitud de los indígenas y la transformación de su principal economía, basada en la tala de maderas tintóreas, en otra economía, basada en el cultivo de caña de azúcar, fueron todos los elementos centrales de la formación de la colonia. Aunque los misioneros y buscadores de esclavos ocasionalmente penetraban hacia el interior, en la mayor parte la población permaneció concentrada a lo largo de la estrecha franja costera, donde había buenas tierras, condiciones climáticas adecuadas, suministro laboral y transporte barato hacia los puertos, favoreciendo todo ello el desarrollo de la industria azucarera en una época de creciente demanda en los mercados europeos. El control efectivo del gobierno estaba restringido a la costa y al litoral oriental, desde Pernambuco a São Vicente. Hacia 1580, Brasil, con una población de unos 60.000 habitantes, de los cuales 30.000 eran europeos, se había convertido en una colonia de asentamiento, pero con una característica peculiar: una colonia de plantación tropical, capitalizada desde Europa, abasteciendo la demanda europea de un cultivo tropical, caracterizado por un sistema de mano de obra basado, en un principio, en la esclavitud de los indios americanos y, después, en la de los trabajadores negros importados de África.

¹ Arquivo Nacional de Torre do Tombo, Lisboa [ANTT], Cartório dos Jesuitas, legajo 68, número 334.



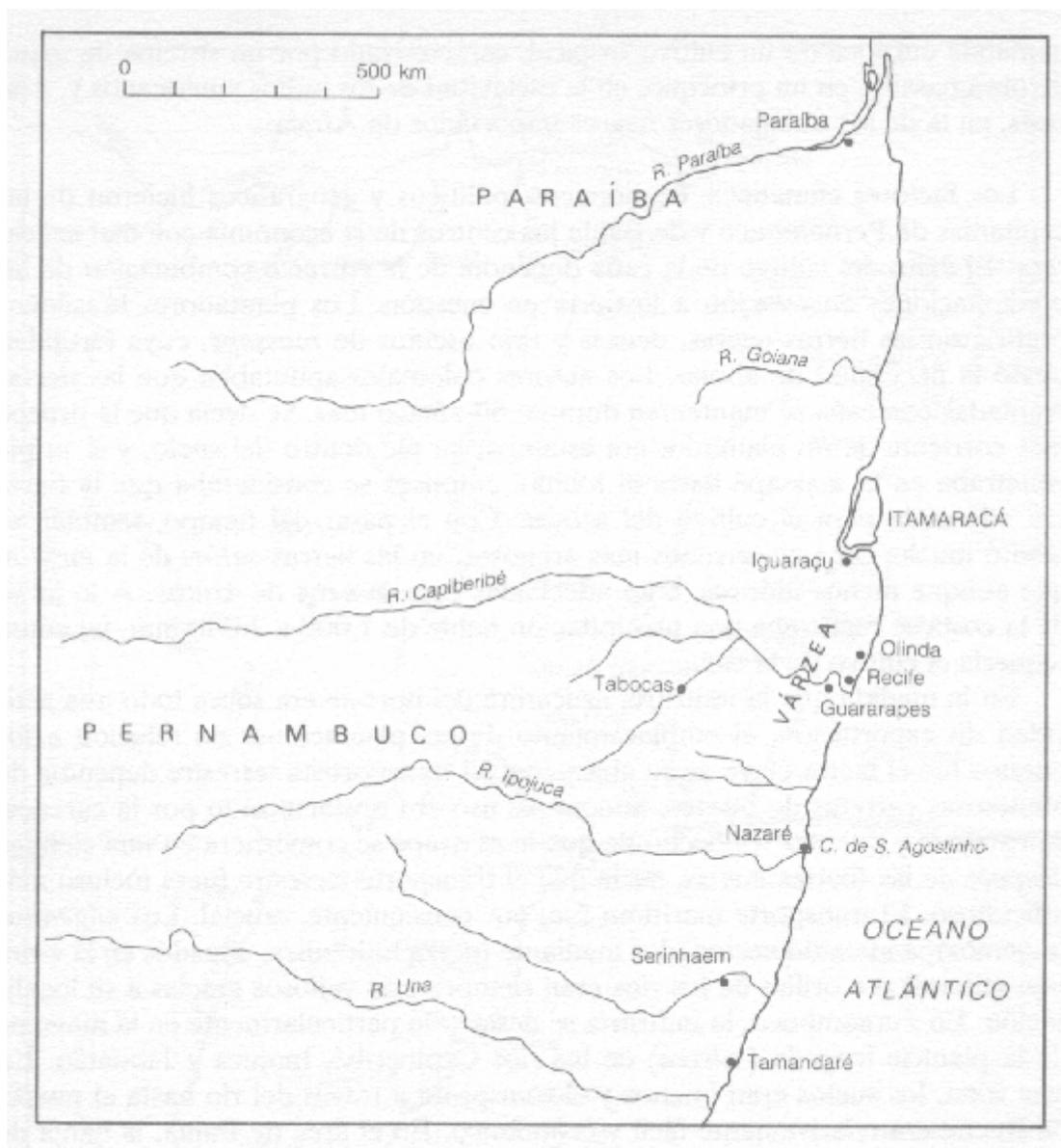
El Brasil colonial

Los factores climáticos, económicos, políticos y geográficos hicieron de las capitanías de Pernambuco y de Bahía los centros de la economía colonial azucarera. El éxito del cultivo de la caña dependía de la correcta combinación de las precipitaciones en relación a la tierra en cuestión. Los plantadores brasileños prefirieron las tierras negras, densas y rojo oscuras de *massapé*, cuya fertilidad obvió la necesidad de abono. Los autores coloniales apuntaban que las tierras plantadas con caña se mantenían durante 60 años o más. Se decía que la prueba más corriente de un plantador era estampar su pie dentro del suelo, y si su pie penetraba en la *massapé* hasta el tobillo, entonces se consideraba que la tierra era adecuada para el cultivo del azúcar. Con el pasar del tiempo, también se plantó mucha caña en terrenos más arenosos, en las tierras *salões* de la meseta, que aunque menos idóneas, eran adecuadas para la caña de azúcar. A lo largo de la costa se registraba una precipitación fiable de 1.000 a 2.000 mm, tal como requería el cultivo de la caña.

En la medida que la industria azucarera del noreste era sobre todo una actividad de exportación, el emplazamiento de las plantaciones en relación a los puertos fue el factor

clave de su ubicación. El transportista terrestre dependía de numerosas carretas de bueyes, aunque su uso era obstaculizado por la carencia de caminos y puentes. El hecho de que la massapé se convirtiera en una ciénaga después de las fuertes lluvias, hacía que el transporte terrestre fuera incluso más dificultoso. El transporte marítimo fue, por consiguiente, crucial. Los *engenhos* (ingenios), a menudo accionados mediante fuerza hidráulica, situados en la *beira mar* (litoral) o a orillas de los ríos eran siempre más valiosos gracias a su localización. En Pernambuco, la industria se desarrolló particularmente en la massapé de la planicie irrigada (*várzea*) de los ríos Capiberibé, Ipojuca y Jaboatão. En esta zona, los suelos eran buenos y el transporte a través del río hasta el puerto de Recife era relativamente fácil y económico. En el área de Bahía, la bahía de Todos los Santos era un excelente mar interior, e incluso los contemporáneos observaron la dependencia que Bahía tenía de los barcos para trasladar artículos a los ingenios² y azúcar a los embarcaderos de Salvador. En la región de Recôncavo, en Bahía, los ingenios más grandes y más productivos estaban a orillas del mar. Algunas regiones disponían de tierras y precipitaciones adecuadas, pero, sin embargo, no lograron desarrollar centros importantes de producción. Ilhéus proporciona un buen ejemplo de ello. Además de los constantes ataques de los indios, la distancia a un puerto importante retrasó la industria azucarera durante todo el período colonial. Desde Salvador se remitía a Europa algo de azúcar de Ilhéus; sin embargo, esta área no llegó a prosperar.

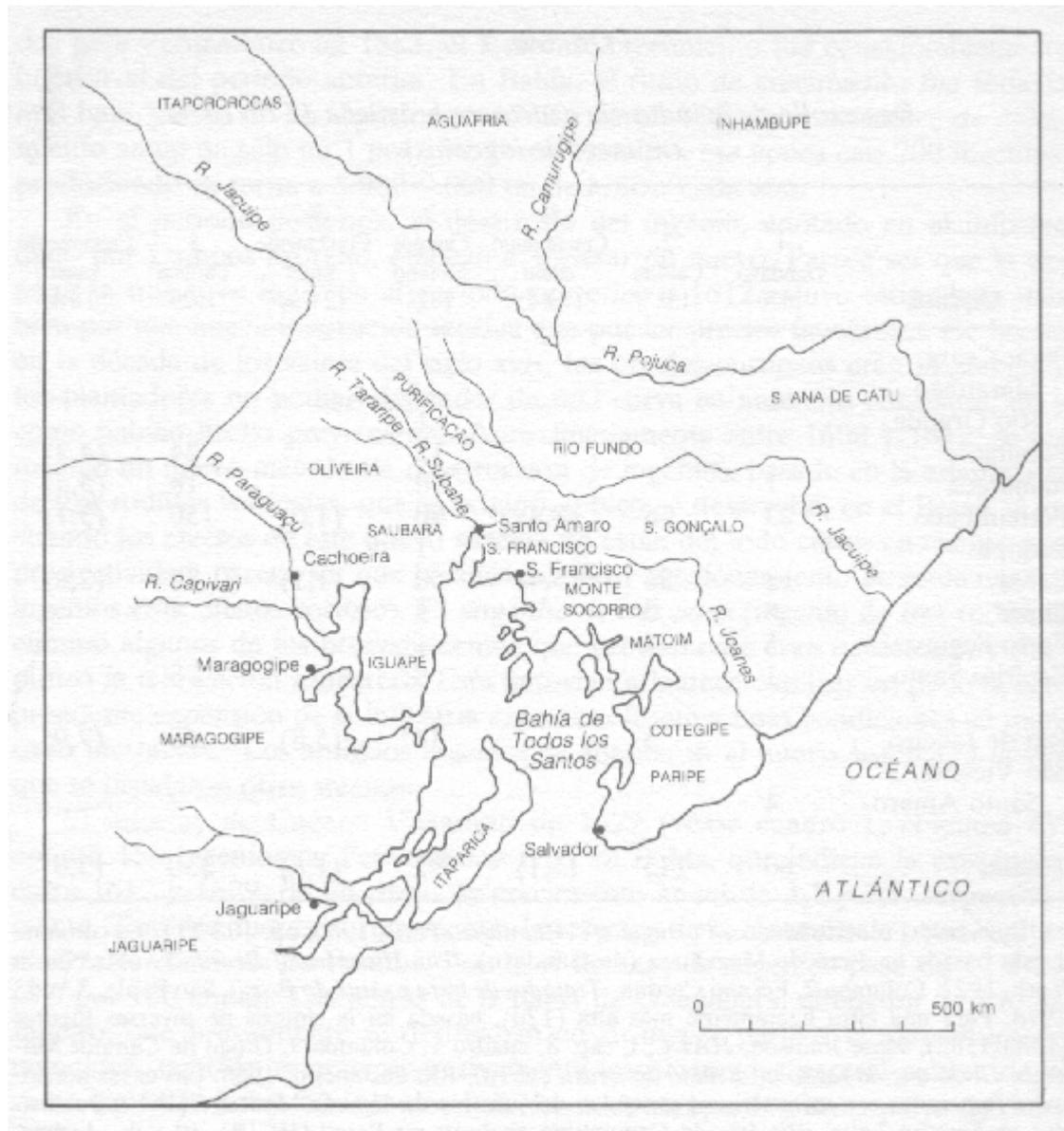
² Durante el período en cuestión, los españoles y portugueses nunca usaron el término “plantación”, pero en cuanto al término ingenio (*engenho*), estrictamente hablando, se refería solamente al molino para triturar la caña de azúcar, pero éste llegó a aplicarse para definir a la unidad en su conjunto: el propio molino, las dependencias destinadas a hervir y purificar el jarabe de la caña, las *fazendas de canas*, los pastos, los alojamientos de los esclavos, la “casa grande”, los esclavos, el ganado y otros equipamientos. En este capítulo es usado tanto para describir el molino propiamente dicho como para referirnos al complejo económico en su conjunto.



La costa de Pernambuco

FUENTE: C.R. Boxer, *Salvador de Sá and the struggle for Brazil and Angola 1602-1686*, Londres, 1952.

Debido a que las fuentes documentales de la historia económica de Brasil durante el siglo XVI son escasas, y debido a que por la alvará (real decreto) de 20 de julio de 1551 se concedió a los ingenios recién instalados la exención de diez años de diezmos, convierte las series de diezmos en fuentes poco fiables para calcular el desarrollo de la economía azucarera, dificultando de esta manera el poder trazar el progreso de esta industria. Sin embargo, entre 1570 y 1630, varios observadores en Brasil lo hicieron, al dejar descripciones de la colonia que incluían estimaciones del número de ingenios azucareros de cada capitania. Si bien estas cifras varían y algunas veces son inconsistentes, es posible establecer con ellas una tendencia secular de la producción del ingenio como un indicador del crecimiento de la industria (véase cuadro 1).



El Recôncavo de Bahía

En 1570, Pedro Magalhães de Gandavo informó de la existencia en Brasil de 60 ingenios, de los cuales 23 estaban localizados en la capitanía de Pernambuco y 18 en la de Bahía (véase cuadro 1, columna 2). El ritmo de crecimiento anual en Pernambuco fue de un 8,4 por 100, considerablemente más elevado que el de Bahía, aunque el crecimiento de la industria en ambas capitanías fue sorprendente. El rápido desarrollo parece haber sido fruto de la continua alza de los precios del azúcar en el mercado europeo y de la disponibilidad en Brasil de capital para invertir. Los factores negativos fueron superados. Por ejemplo, la primera legislación en contra de la esclavitud de los indígenas apareció en 1570, pero al parecer fue burlada de manera exitosa por los plantadores, así que un elevado número de indios fue todavía disponible como mano de obra barata. También fue durante este período que se estableció un tráfico regular de esclavos desde Guinea y Angola a Brasil.

CUADRO 1

*Desarrollo de la industria azucarera brasileña 1570-1629
(número de ingenios)*

Capitanía	1 Gandavo 1570	2 Cardim 1583	% Crecimiento anual (1 a 2)	3 Campos Moreno 1612	% Crecimiento anual (2 a 3)	4 Cadena 1629	% Crecimiento anual (3 a 4)
Pará, Ceara, Maranhão Rio Grande				1			
Paraíba				12		24	(4,3)
Itamaraca	1			10		18	(3,5)
Pernambuco	23	66	(8,4)	90	(1,0)	150	(3,1)
Sergipe				1			
Bahía	18	36	(5,4)	50	(1,1)	80	(2,8)
Ilhéus	8	3		5		4	
Porto Seguro	5	1		1			
Espírito Santo	1	6		8*		8	
Río de Janeiro		3		14*	(5,8)	60	(7,9)
São Vicente, Santo Amaro	4					2	
Totales	60	115	(5,1)	192	(1,8)	350	(3,6)

FUENTES: Frédéric Mauro, *Portugal el l'Atlantique*, París, 1960, pp. 102-211. La columna 1 está basada en Pero de Magalhães (de Gandavo), *The Histories of Brasil*, 2 vols., Nueva York, 1922. Columna 2, Fernão Cardim, *Tratados de terra e gente do Brasil*, São Paulo, 3.a ed., 1978. Para una cifra ligeramente más alta (120), basada en la síntesis de diversas fuentes (1583-1585), véase Johnson, *HALC*, I, cap. 8, cuadro 1. Columna 3, Diogo de Campos Moreno, *Livro que da razão do Estado do Brasil* (1612), Río de Janeiro, 1968. Las cifras adicionales (marcadas con un asterisco) proceden del informe de Jácome Monteiro (1610) publicadas en Serafim Leite, *História da Companhia da Jesus no Brasil (HCJB)*, 10 vols., Lisboa, 1938-1950, vol. VIII, pp. 393-425. Columna 4, Pedro Cadena de Vilhasanti, "Descripción de la provincia del Brasil", en Frédéric Mauro, ed., *Le Brésil au XVIIe siècle*, Coimbra, 1963. Véase nota 4 más adelante.

El período siguiente, entre mediados de la década de 1580 y 1612 (véase cuadro 1, columnas 2 y 3), fue de crecimiento menos rápido en las principales capitanías productoras de azúcar, aunque el área de Río de Janeiro, anterior mente inexplorada, experimentó una expansión considerable. Para la colonia entera, el índice anual de construcción de nuevos ingenios cayó de un 5,1 por 100 a sólo un 1,8 por 100. Un informe de 1612, dado por Diogo de Campos Moreno, situaba en 90 el número de ingenios existentes en Pernambuco, junto con otros 23 en las capitanías vecinas de Paraíba, Itamaraca y Río Grande. Si bien esto representaba un aumento significativo en relación a los 66 ingenios anotados para Pernambuco en 1583, el índice de crecimiento fue considerablemente inferior al del período anterior. En Bahía, el ritmo de crecimiento fue todavía más bajo, yendo de 36 ingenios en 1583 a 50 en 1612, con un índice de crecimiento anual de sólo un 1 por 100. Brasil tenía por esa época casi 200 ingenios, produciendo en torno a 5.000-9.000 tm de azúcar cada año.

En el período posterior, el desarrollo del ingenio, anotado en el informe dado por Campos Moreno, empezó a acelerar de nuevo. Parece ser que la expansión que tuvo lugar

en el período posterior a 1612 estuvo estimulada más bien por una nueva innovación técnica que por los precios favorables. De hecho en la década de los veinte del siglo XVII, los precios europeos eran inestables y los plantadores no podían depender de una curva en aumento constante, tal y como habían hecho previamente. Aproximadamente entre 1608 y 1612, se introdujo un nuevo método de construcción de ingenios, basado en la adaptación de tres rodillos verticales, que se originó, o bien se desarrolló, en el Brasil. Aun cuando los efectos de este nuevo sistema no están del todo claros en cuanto a la productividad, parece ser que la construcción y funcionamiento de estos nuevos ingenios eran menos costosos. *El engenho de tres paus* (ingenio de tres rodillos) eliminó algunos de los procedimientos que previamente eran necesarios, y simplificó la fabricación azucarera. Esta innovación parece explicar un poco la sorprendente expansión de la industria azucarera frente a unas condiciones de mercado inestables.³ Los antiguos ingenios se adaptaron al nuevo sistema, a la vez que se instalaron otros nuevos.

El informe de Cadena Vilhasanti de 1629 (véase cuadro 1, columna 4)⁴ apuntó 150 ingenios en Pernambuco y 80 en Bahía, que indican la existencia, entre 1612 y 1629, de un ritmo de crecimiento anual de 3,1 y 2,8, respectivamente. También fueron sorprendentes los efectos de la creación de otras capitanías, tales como las de Paraíba, donde el número de ingenios pasó de 12 a 24 (4,3 por 100 anual). Las tierras de la bahía de Guanabara, alrededor de Río de Janeiro, que previamente se destinaban en su mayor parte a la agricultura de mandioca, también fueron progresivamente transformadas para el cultivo de la caña. En 1629 había 60 ingenios funcionando, aunque la mayor parte de éstos parece que eran en pequeña escala. En 1630, cuando los holandeses invadieron Pernambuco, en Brasil había aproximadamente 350 ingenios azucareros en funcionamiento. (véase cuadro 1, columna 4). El año 1630, de hecho, probablemente marcó el apogeo del régimen de ingenio; aunque en el futuro el número de ingenios aumentaría y los precios ocasionalmente se recuperarían, los plantadores brasileños nunca más estarían tan libres de la competencia extranjera, y tampoco los azúcares brasileños llegarían a dominar los mercados atlánticos de la misma manera que lo habían hecho anteriormente. Además, la economía azucarera brasileña tampoco se iba a librar de los problemas estructurales internos. El primer historiador brasileño, fray Vicente do Salvador, se quejaba, en 1627, de que el ingenio de tres rodillos y la expansión que éste había engendrado resultaba ser una ventaja ambivalente. “¿Cuál era la ventaja, se preguntaba, de producir tanto azúcar, si la cantidad hace disminuir el valor y provoca un precio tan bajo que queda por debajo del coste?”⁵ Esta fue una pregunta profética.

¿Qué cantidad de azúcar se producía? Es difícil establecer a ciencia cierta el número de ingenios existentes, y no es más fácil acertar su tamaño o capacidad productiva. Se decía que un pequeño ingenio podría producir 3.000-4.000 arrobas (43-58 tm) por año y una unidad grande 10.000-12.000 arrobas (145-175 tm).⁶ La productividad de un año determinado dependía del clima, de las precipitaciones, de la administración y de los factores exógenos, tales como la interrupción del comercio marítimo. De este modo, las estimaciones hechas por los observadores coloniales varían ampliamente de una media de 160 t por ingenio en Bahía a 15 t en Pernambuco. Al parecer, la media por ingenio de la producción brasileña descendió a últimos del siglo XVII a causa de la proliferación de pequeñas unidades en Río de Janeiro y Pernambuco. Por otra parte, la productividad individual del molino parece que también descendió en el siglo XVIII, aunque las razones de

³ Antônio Barros de Castro, “Brasil, 1610: mudanças técnicas e conflitos sociais”, en *Pesquisa e Planejamento Econômico*, 10, 3 (diciembre 1980), pp. 679-712.

⁴ El informe anónimo de 1629, “Descripción de la provincia del Brasil”, publicado por Frédéric Mauro, en *Le Brésil au XVIIe siècle*, pp. 167-191, es el mismo que el de Pedro Cudena [sic] presentado por él al conde-duque de Olivares en 1634. Cudena es seguramente Pedro Cadena de Vilhasanti, Provedor mór do Brasil. Su informe ha sido encontrado en la bibliografía de Martin Franzbach, publicada en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas [JGSWGL]* vol. VII (1970), pp. 164-200.

⁵ Fr. Vicente do Salvador, *História do Brasil*, São Paulo, 4.a ed., 1965, capítulo 47, p. 366.

⁶ La arroba portuguesa = 14,5 kg. Todas las medidas son dadas en unidades métricas, salvo que se consigne lo contrario.

esto no están claras. En el cuadro 2 se muestran varias estimaciones de productividad, entre las cuales son dignas de mención las de Israel da Costa de 1623, las de la Junta do Tabaco de 1702 y Caldas de 1754, por estar éstas basadas en cuentas contemporáneas y no en estimaciones. La producción total brasileña pasó de 6.000 t en 1580 a 10.000 en 1610. Hacia los años veinte del siglo XVII se alcanzó una capacidad productiva de 1-1,5 millones de arrobas (14.545-21.818 t), aunque no siempre se lograba tal cantidad. Parece ser que estos niveles de producción no se vieron alterados hasta el período posterior de 1750. Aun así, dentro de la estructura de la industria se produjeron cambios considerables, que complican los cálculos de la producción. Es difícil estimar la producción del Brasil holandés (1630-1654). En 1630, en Pernambuco y sus capitanías vecinas existían 166 ingenios, pero a causa de la guerra y los problemas que ella comportó, al finalizar la década el número de ingenios en funcionamiento quedó reducido en torno a unos 120. El total de la capacidad productiva del Brasil holandés probablemente nunca sobrepasó las 600.000 arrobas, a pesar de los esfuerzos del gobernador Juan Mauricio de Nassau para estimular la industria. Las operaciones holandesas contra Bahía destruyeron los ingenios, al igual que las campañas militares y operaciones guerrilleras en el Brasil holandés, después de 1645, devastaron la economía azucarera. Pernambuco tardó más de un siglo en recuperarse de la destrucción de los ingenios, del ganado y de las fuentes de capital. A fines del siglo XVII los ingenios de Pernambuco por término medio eran más pequeños que los de Bahía, que por entonces era la productora azucarera principal. Hacia los años setenta del siglo XVII, todas las regiones brasileñas tuvieron que hacer frente a una nueva competencia, procedente de la producción caribeña. Cuando en 1710, André João Antonil publicó su relación de la producción azucarera brasileña, estimó un total por debajo de las 18.500 t, cifra que ya se había alcanzado en los años veinte de la centuria anterior.

CUADRO 2

Estimaciones de la producción azucarera, 1591-1758

	Años	Región	Número de ingenios	Producción total (arrobas)	Producción por ingenio (arrobas)	(t)
A	1591	Pernambuco	63	378.000	6.000	87
B	1610	Bahía	63	300.000	4.762	69
C	1614	Brasil	(192) ^a	700.000	3.646	53
D	1623	Pernambuco	119	544.072	4.824	70
E	1637	Brasil	(350) ^b	937.500	2.678	39
F	1637	Brasil	350	900.000	2.571	37
G	1675	Bahía	69 ^c	517.500	7.500	109
H	1702	Bahía/Sergipe	(249) ^d	507.697	2.039	30
I	1710	Brasil	528	1.295.700	2.454	36
		Bahía	146	507.500	3.476	51
		Pernambuco	246	403.500	1.750	26
		Río de Janeiro	136	357.700	2.630	38
J	1751	Pernambuco	276	240.000	870	13
K	1755	Bahía	172	357.115	2.076	30
L	1758	Bahía	180	400.000	2.222	32

a Número de ingenios de la relación de Campos Moreno de 1612.

b Número de ingenios de acuerdo con Pedro Cadena; véase G.

c El número de ingenios es obviamente demasiado bajo.

d El número de ingenios es probablemente demasiado elevado, puesto que la producción de todos los cultivadores, incluyendo aquellos sin trapiche, estaba anotada.

FUENTES: **A.** Domingos de Abreu e Brito, *Um inquérito à vida administrativa e económica de Angola e do Brasil*, Coimbra, 1931, p. 59; **B.** Padre Jácome Monteiro, en Leite, *HCJB*, vol. VIII, p. 404; **C.** Informe de André Farto da Costa, Archivo Histórico Ultramarino (Lisboa) (AHU), documentos diversos, caja 1.a; **D.** Joseph Israel da Costa, en *Revista do Museu do Açucar*, 1 (1968), pp. 25-36; **E.** Geraldo de Onizio, en Serafim Leite, ed., *Relação Diária do cerco da Bahia*, Lisboa, 1941, p. 110; **F.** Pedro Cadena, en Mauro, *Le Brésil au XVIIe siècle*, p. 170; **G.** Francisco de Brito Freyre, *História da guerra brasileira*, Lisboa, 1675, p. 75; **H.** ANTT, Junta do Tabaco, varios legajos; **I.** André João Antonil, *Cultura e opulência do Brasil por suas drogas e minas* (1711), Andrée Mansuy, ed., París, 1968, pp. 274-275; **J.** José Ribeiro Jr., *Colonização e monopólio no nordeste brasileiro*, São Paulo, 1976, pp. 67, 136-137; **K.** José Antônio Caldos, *Notícia geral desta capitania da Bahia*, Salvador, 1951, pp. 420-438; **L.** Coelho de Mello, en *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro* (ABNR), 31 (1908), p. 321.

El ingenio, principal rasgo de la vida brasileña, fue resultado de una compleja combinación de tierra, experiencia técnica, mano de obra forzada, administración y capital. La producción de azúcar fue una actividad peculiar debido a que combinó una agricultura intensiva con una técnica elevada y un proceso mecánico semiindustrial. La necesidad de procesar la caña de azúcar en el terreno significaba que cada ingenio fuera factoría y hacienda a la vez, que demandaba no sólo una mano de obra agrícola elevada para la siembra y cosecha de la caña, sino también un ejército de herreros, albañiles, carpinteros y técnicos expertos que entendieran la complejidad y misterios del proceso de fabricación del azúcar. Para entender la organización social de la colonia brasileña es esencial saber cómo se realizaba el proceso de transformación del azúcar, desde la caña hasta llegar a su estado refinado.

Aunque existían variaciones regionales en cuanto a las estaciones e intensidad del ciclo de fabricación del azúcar, la tecnología y el proceso general eran igual en todas partes del Brasil. A modo de ejemplo, aquí se usará el ciclo de Bahía. La caña de azúcar es una planta perenne y produce cosechas para un número determinado de años, aunque la producción de jugo gradualmente va disminuyendo. Después de sembrar, la caña necesita de 15 a 18 meses para madurar antes de ser cortada por primera vez, pero ésta puede ser cosechada de nuevo después de 9 meses. En Bahía existían dos temporadas de siembra. Los campos nuevos, sembrados en julio y agosto, podían cortarse entre octubre y noviembre del año siguiente. El segundo ciclo de plantación, a fines de febrero y marzo, era planeado para que proporcionara caña en agosto y septiembre. Una vez plantada, la caña necesitaba ser escardada tres veces, una faena onerosa normalmente llevada a cabo por brigadas de 30 a 40 esclavos. Calcular la siembra de los campos, para asegurar un constante suministro de caña durante la safra (zafra) o cosecha, requería una habilidad y un cuidado especial.

El ciclo azucarero en Brasil estaba determinado por la zafra. En Bahía empezaba a últimos de julio y continuaba hasta fines de mayo. Esta era una época de intensa actividad, que para obtener el nivel más alto de jugo la caña tenía que ser cortada exactamente en el momento apropiado, y una vez ya cortada tenía que ser procesada rápidamente, de otra manera la caña se hubiera secado y el jugo agriado. Durante la época de la zafra, el ingenio rebotaba de actividad. Grupos de dos o tres docenas de esclavos eran colocados por parejas en los campos de caña, que a menudo las constituían un hombre y una mujer. A cada pareja, llamada una *foice* (literalmente, guadaña), se le asignaba un cupo de cañas que debían cortar y atar, las cuales se exprimían con "manos y dedos"; 10 cañas para cada manojo, 10 manojos para cada dedo y 7 manos o 4.200 cañas por día debían ser cortadas por un hombre y atadas por una mujer.⁷ Las cañas se colocaban entonces en las carretas de bueyes, a veces conducidas por niños o esclavos viejos, o se cargaban en el barco para que las transportaran al lugar del ingenio.

⁷ Este es el cupo presentado por Antonil, en *Cultura e opulência*. Estos cupos podían cambiar, de acuerdo al tiempo y lugar.

Los ingenios eran de dos tipos: aquellos que eran accionados por ruedas hidráulica (ingenio real) y aquellos que estaban impulsados por bueyes o, más raramente, por caballos. El método original de la molienda hacía uso de grandes piedras de molino y prensas con un dispositivo para estrujar. Un avance tecnológico importante fue la introducción, en la primera década del siglo XVII, de un molino prensador compuesto de tres cilindros verticales, cubierto con metal y dentado de tal manera que éste podía ser movido por una gran rueda motriz impulsada por agua o animales. La nueva disposición era, por lo visto, más barata para construir y funcionar, especialmente en los molinos accionados por animales. Esta innovación permitió la proliferación de ingenios y desde que la fuerza hidráulica dejó de ser esencial, la expansión de los ingenios azucareros se extendió a zonas alejadas de las corrientes de agua. Aparte de esta innovación, la tecnología de los ingenios azucareros cambió muy poco hasta últimos del siglo XVIII.

Durante la época de la zafra, el ritmo de trabajo era agotador. Los ingenios empezaban a funcionar a las cuatro de la tarde y terminaban a las diez de la mañana del día siguiente, a cuya hora se realizaban las faenas de limpieza y reparación del equipo. Después de cuatro horas de descanso, el molino empezaba otra vez a funcionar. Las mujeres esclavas pasaban las cañas por los cilindros de la prensa y el jugo era exprimido de la caña. El jugo entonces era removido en una batería de calderas de cobre en la cual éste se iba progresivamente cociendo, espumando y purificando. Esta era una de las fases más delicadas de todo el proceso y dependía de la habilidad y experiencia del maestro azucarero, y de la persona que vigilaba cada caldera. La tarea de alimentar de combustible los hornos bajo seis calderas era particularmente laboriosa y, a veces, se asignaba a modo de castigo a los esclavos más recalcitrantes y rebeldes.

Después de enfriar, el jarabe de la caña era vertido dentro de moldes de cerámica de forma cónica y se dejaba reposar en los estantes de la cámara de purga. Aquí, bajo la dirección del purgador, las mujeres esclavas disponían las ollas de azúcar para desaguar la melaza, la cual podía bien ser reprocesada para producir azúcar de grado más bajo o bien destilarse para ron. El azúcar que quedaba en los moldes cristalizaba, y después de dos meses se sacaba del molde y se colocaba para secar en una plataforma grande alzada. Bajo la dirección de dos mujeres esclavas, las mães do balcão (las madres de la plataforma), se separaba los pilones de azúcar. El azúcar blanco de alta calidad se separaba del moreno o negro, muscavado (mascabado) de calidad inferior. En Brasil, los ingenios más grandes normalmente producían una proporción de dos a tres veces más azúcar blanco que de mascabado. El azúcar era entonces embalado bajo el ojo vigilante del cajero, quien también extraía el diezmo y, cuando era necesario, dividía el azúcar entre el ingenio y los agricultores azucareros. Los embalajes, antes de transportarse por barco o mediante carretas de bueyes al puerto marítimo más cercano, eran sellados con marcas que indicaban el peso, la calidad y la propiedad del azúcar.⁸

El tiempo de 8 a 10 meses de duración de la zafra fue una característica de la industria azucarera brasileña y su ventaja distintiva. Los documentos del Ingenio Sergipe do Conde, en Bahía, propiedad de los jesuitas revelan una duración media de la zafra de alrededor de 300 días. Esta cifra se compara favorablemente con la media de 120 días de los ingenios azucareros jamaicanos durante el siglo XVIII. Sin embargo, allí había paros constantes los domingos, los días de celebración de santos, por mal tiempo, y por escasez de caña y leña. En 1651, durante los 310 días que duró la zafra del Ingenio Sergipe, hubo 86 días que no se trituró caña, de los cuales 56 días fueron por razones religiosas, 12 por reparaciones y 18 a causa de escaseces.⁹ La figura 1 representa el año azucarero de Bahía, usando los paros laborales del Ingenio Sergipe en 1650-1651, como un ejemplo de las interrupciones experimentadas. Debería anotarse que los plantadores laicos fueron mucho menos cuidadosos en respetar los domingos y días festivos, a pesar de las condenas y censuras hechas por diversos clérigos. De este modo, el ciclo del Ingenio Sergipe

⁸ El peso de los embalajes de azúcar fue variando con el tiempo. A principios del siglo XVII, 15-20 arrobas (217,5-290 kg) era común; hacia el siglo XVIII, el peso medio se calculaba en 35-40 arrobas (507,5-580 kg).

⁹ *Documentos para a história do açúcar*, 3 vols., Río de Janeiro, 1954-1963, vol. II, pp. 495-532.

representa un mínimo de días laborables. Finalmente, debería tenerse en cuenta que, a pesar de las interrupciones costosas, el ingenio brasileño disfrutó de un medio favorable para el cultivo de la caña de azúcar y se benefició de la duración de su año productivo. Estas fueron las condiciones que propiciaron la esclavitud como forma de trabajo. El año azucarero brasileño prácticamente no tenía época muerta, ni período para dejar a los esclavos sin una ocupación provechosa. Los esclavos podían ser y fueron usados casi durante todo el año. Dada la duración de la zafra y el ritmo del día laboral, no es de extrañar que la alta mortalidad de esclavos fuera un rasgo constante de la industria azucarera.

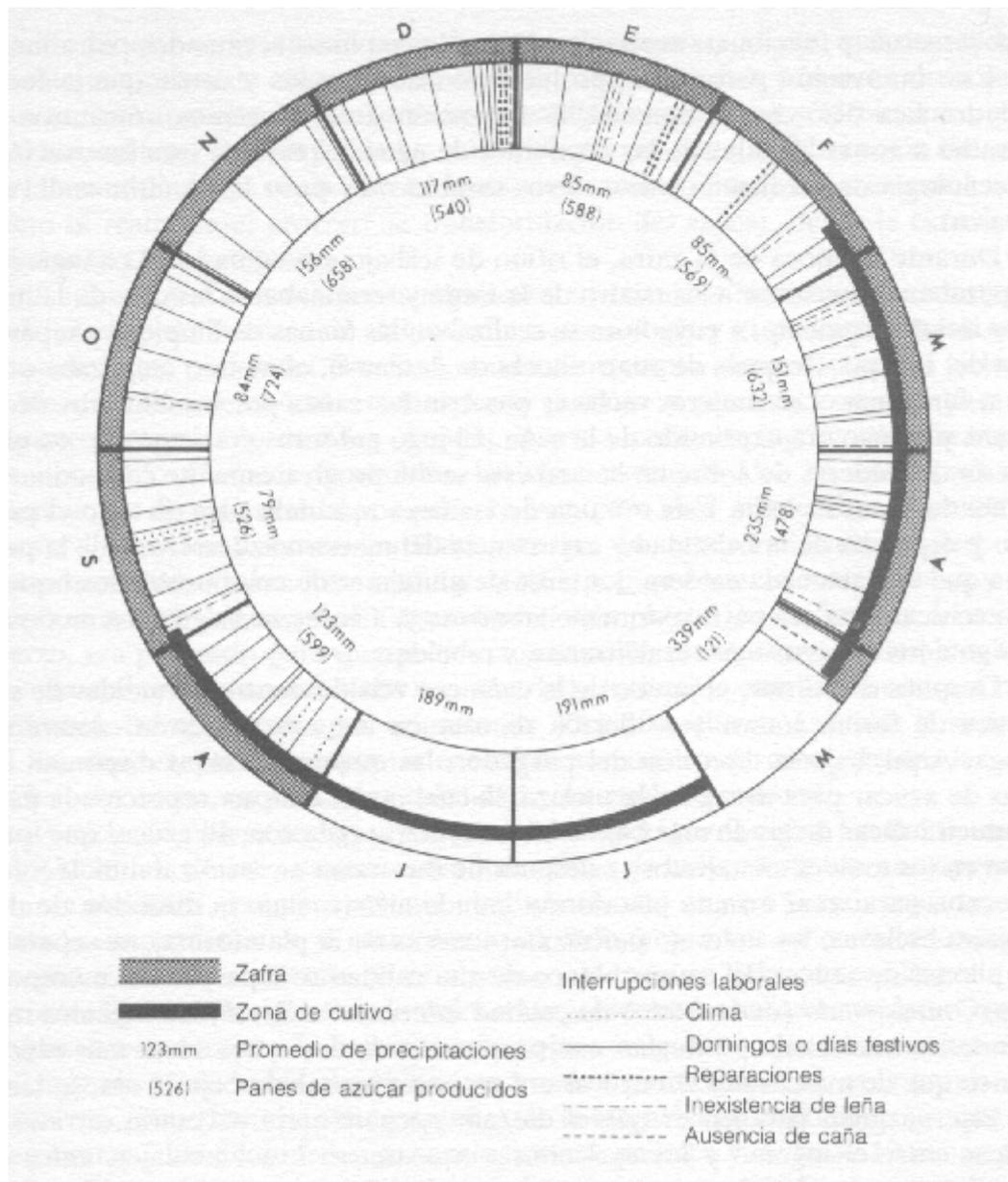


FIGURA 1. *Plantación azucarera en Bahía: el ciclo agrícola (basado en la zafra del Ingenio Sergipe de 1650-1651)*

A pesar del breve bosquejo que aquí presentamos del proceso de fabricación azucarera, es clara su complejidad e intensidad. Dada la tecnología existente, las peculiaridades de la producción azucarera impusieron un cierto ritmo y pauta en las actividades que convirtieron el período de la zafra tanto en un trabajo agotador como de precisión delicada. El coordinar la secuencia de las actividades de plantar, cosechar, moler,

cocer y purgar exigía una habilidosa administración para tratar de evitar escaseces o excedentes, y asegurar un nivel constante de producción. Se necesitaban técnicos para construir y mantener la maquinaria del ingenio, y personal especializado y experimentado para cada fase del proceso de fabricación del azúcar. La construcción y suministro de un ingenio requería un gran desembolso de capital y acceso al crédito ante la incertidumbre de las cosechas. Los ingenios, de manera frecuente, empleaban de 10 a 20 hombres libres como artesanos, administradores o trabajadores especializados. Los salarios para tal personal podían representar una cuarta parte de los costos del funcionamiento anual de un ingenio. La gran cantidad de madera que se necesitaba para los hornos y el gran número de bueyes que se requería como fuerza motriz fueron también artículos constantes de desembolso. Pero cuando los plantadores discutían los costos de la explotación de un ingenio era en la cuestión de los esclavos donde ponían más atención, por encima de todo lo demás. Como media, un ingenio requería entre 60 a 100 esclavos, pero una unidad grande, que produjera en torno a 100 tm anuales, podía tener 200 o más. La naturaleza y organización de la fuerza laboral de un ingenio determinaron sobre todo el modelo de la sociedad brasileña.

“En Brasil, las propiedades más sólidas son los esclavos” escribía el gobernador Luís Vahia Monteiro, en 1729, “y la riqueza de un hombre se mide por tener un número mayor o menor de ellos ... pues hay tierras suficientes, pero sólo el que tiene esclavos puede ser dueño de ellas”.¹⁰ Hacia 1580, el esclavismo estaba ya firmemente establecido en la colonia como principal forma de trabajo. Los inicios de la expansión de la industria azucarera tuvieron lugar con indígenas trabajando como esclavos o como trabajadores contratados, extraídos de los poblados controlados por los jesuitas. En la sexta década del siglo XVI, la población indígena fue devastada por una serie de epidemias. Más tarde, el colapso demográfico, combinado con la resistencia física y aversión al trabajo de plantación, hizo que el empleo de esclavos indios fuera menos deseable para los plantadores portugueses. Además, bajo la presión de los jesuitas, la corona empezó a ponerse en contra de la esclavitud indígena. La primera prohibición fue promulgada en 1570 y, después de la unión ibérica, en 1595 y 1609 se decretaron otras leyes. Sin embargo, esta legislación no eliminó enteramente la esclavitud indígena, aunque la alta mortalidad, la baja productividad y la resistencia general de los indígenas, hicieron que, en conjunto, la mano de obra negra, al parecer más resistente y más fácil de controlar, fuera más atractiva, a pesar de resultar más cara. Los portugueses ya habían hecho uso de esclavos africanos en su propio país y en las colonias azucareras atlánticas de Madeira y São Tomé. Hay alguna evidencia que muestra que los primeros africanos introducidos como mano de obra de plantación, ya habían sido entrenados en las complejidades de la fabricación del azúcar, y fueron colocados en los puestos más especializados y con menos posibilidades de contraer enfermedades, para que la inversión hecha por los plantadores en la instrucción de dichos africanos fuera rentable. Los europeos generalmente consideraron el valor de la mano de obra indígena inferior a la de los africanos, situación que quedó reflejada en el precio de los esclavos indios de un tercio a un cuarto del de los esclavos africanos. Incluso como trabajadores libres y realizando trabajos similares, los indios eran peor remunerados que los negros y mulatos libres.

La transición de la fuerza de trabajo indígena a la africana, ya iniciada a partir de los años setenta del siglo XVI, fue lenta y no completamente lograda en las zonas de plantación hasta la tercera década del siglo XVII. En Pernambuco, donde en 1585 había 66 ingenios, el padre Cardim informó de la existencia de 2.000 esclavos africanos. Asumiendo una media de 100 esclavos para cada ingenio, ello implicaría que dos tercios de los esclavos todavía eran indios. Cardim también dio a conocer que en los ingenios de Bahía había alrededor de 3.000 africanos y 8.000 esclavos e indios libres. En el caso del Ingenio Sergipe la transición puede verse con claridad. Aquí, en 1574, del total de la fuerza de trabajo esclava, la mano de obra africana representaba sólo el 7 por 100, pero hacia 1591 la africana ocupaba el 37 por 100, y para 1638 la africana o afrobrasileña ya ocupaba el total.

¹⁰ Publicações do Arquivo Nacional, 1915, XV, pp. 364-365.

Para el período en discusión, no existen estadísticas sobre el comercio de esclavos ni cifras sobre la población en general; de este modo es difícil averiguar el tamaño de la población esclava. Por ahora, las mejores estimaciones apuntan que entre 1570 y 1630 se importaron alrededor de 4.000 esclavos anuales, y hacia 1600 el total de la población esclava en la colonia oscilaba entre 13.000 y 15.000. El nivel de importaciones alcanzó de 7.000 a 8.000 esclavos anuales hasta 1680, cuando el total de la población esclava sumaba en torno a 150.000. Las importaciones probablemente descendieron en las dos décadas siguientes, hasta que la necesidad de esclavos en las minas de oro creó una nueva e inmensa demanda. En la primera mitad del siglo XVIII, Bahía absorbió unos 5.000-8.000 esclavos cada año. Entre 1734 y 1769, Río de Janeiro recibió sólo de Luanda 156.638 esclavos. Hacia el siglo XVIII, los esclavos abarcaban alrededor de la mitad de la población de las capitanías del noreste, pero en las regiones de cultivo azucarero éstos constituían entre el 65 y 70 por 100 de los habitantes.

En el caso brasileño, las cifras de la trata de negros eran particularmente importantes, ya que parece ser que el incremento natural de la población esclava era insignificante, si es que lo hubo de algún modo. Los principales factores causantes de esta situación fueron los niveles elevados de mortalidad infantil y adolescente y un marcado desequilibrio sexual. Un informe de los esclavos agrícolas en el Recôncavo de Bahía revela una proporción sexual de dos hombres para cada mujer.¹¹ Este desequilibrio fue continuamente exacerbado por la tendencia dentro del comercio de esclavos de favorecer a los hombres por encima de las mujeres, y a los adultos por encima de los niños. Los plantadores brasileños pasaron a estar particularmente vinculados al comercio atlántico, pues tendieron a desechar el crecimiento natural como alternativa viable, debido al índice elevado de mortalidad infantil y porque el mantenimiento de un niño esclavo durante 12 o 14 años hasta llegar a la madurez era una inversión arriesgada. Menos de un 20 por 100 de la fuerza de trabajo esclava estaba por debajo de los 14 años. La baja fertilidad y los índices de mortalidad elevada, estimada por los plantadores en un 5-10 por 100 por año, podían ser compensados por los altos precios del azúcar y por las reposiciones fácilmente disponibles mediante la trata de negros. A lo largo de la primera mitad del siglo XVII, un esclavo podía producir suficiente azúcar como para recuperar en un plazo de 13 a 16 meses su coste original, e incluso, después de la subida exorbitante del precio de los esclavos a partir de 1700, el valor de la reposición podía obtenerse en un período de 30 meses (véase cuadro 3).¹² En este sentido, había pocos incentivos para mejorar las condiciones de trabajo o de cambiar el modo existente de la gestión esclava. Los ingenios consumían esclavos y la trata de esclavos los reponía.

Finalmente, el comercio de esclavos tuvo dos efectos: uno de carácter demográfico y el otro cultural. Debido a que la mortalidad parece haber sido particularmente elevada entre los esclavos recién llegados (*boçal*), los elevados niveles de importación, junto con la desproporción sexual, tendieron a crear un ciclo perpetuo de importación y mortalidad a lo largo de la mayor parte del período en discusión. Por otra parte, la continua llegada de nuevos esclavos negros tendió a reforzar la cultura africana en Brasil. Existieron variaciones regionales. Río de Janeiro, por ejemplo, estuvo estrechamente vinculado a Angola y Benguela, mientras que Bahía comerció intensamente con la costa de Mina. Si bien las tradiciones en torno a los *yoruba*, introducidos a últimos del siglo XVIII, son bastante bien

¹¹ Estas cifras, y las que siguen en esta sección, están basadas en el análisis preliminar de 1.740 esclavos inscritos en los inventarios de las propiedades agrícolas de Bahía entre 1689 y 1826, sacados del Arquivo Público do Estado do Bahia (Salvador) (APB), sección judicial.

¹² El cuadro 3 presenta un cálculo de la productividad azucarera de los esclavos en relación al precio de compra original de un hombre esclavo. Los cálculos están basados exclusivamente en el azúcar blanco más valorado, el cual se producía en una proporción de 2:1 o 3:1 por encima del *muscavado*, en la mayoría de los ingenios brasileños. Este método de cálculo probablemente rebaja las estimaciones de los meses por las reposiciones de un tercio. En este momento no es posible calcular el coste de manutención de un esclavo, aunque un informe de 1635 lo fija en cerca de 2 milréis anuales por esclavo. Puesto que los esclavos también producían cultivos alimentarios, los cuales tampoco pueden ser medidos, yo no he incluido en el cuadro los costos de manutención ni la producción no azucarera.

conocidas, es más difícil decir algo sobre los elementos culturales aportados por los primeros esclavos. Los plantadores y administradores se quejaban sobre la brujería generalizada. Las *Calundus*, o ceremonias de adivinación, acompañadas por música fueron relatadas a principios del siglo XVIII por un observador que se quejaba de que los plantadores hicieran caso omiso de estos ritos, para no tener problemas con los esclavos, y que estos últimos entonces los transmitieran a los hombres libres e incluso a los blancos.¹³

CUADRO 3

Productividad esclava en relación con el precio de compra (réis)

Años	1 Precio por arroba de azúcar blanco	2 Precio por hombre esclavo	3 Valor anual de la producción de un esclavo (col. 1×40) ^a	4 Valor mensual de la producción de un esclavo (col. 3÷12)	5 «Duración de la reposición» de un esclavo en meses (col. 2÷col. 4)
1608	1\$080	30\$000	43\$200	3\$600	8,3
1622	556	29\$000	22\$290	1\$860	15,6
1635	812	39\$000	32\$749	2\$730	14,3
1650	1\$125	49\$000	45\$151	3\$760	13,0
1670	1\$177	45\$000	47\$080	3\$923	11,5
1680	1\$109	43\$000	44\$360	3\$696	11,6
1700 ^b	1\$600	80\$000	64\$800	5\$400	14,8
1710 ^c	1\$200	120\$000	48\$000	4\$000	30,0
1751 ^d	1\$400	140\$000	56\$000	4\$666	30,0

a Estimación de José da Silva Lisboa (1780) de un embalaje de 40 arrobas por esclavo.

b Valores de promedios representados desde 1698 a 1704.

c Cifras basadas en Antonil, *Cultura e opulência*.

d AHU, Bahía, caja 61 (informe presentado a la Mesa da Inspeção).

Todas las cifras están basadas en las cuentas del Ingenio Sergipe, Bahía.

Si bien los esclavos eran usados para todo tipo de trabajos, la mayoría trabajaba en los ingenios y en los campos de caña. La mayoría de éstos eran *escravos de fouce e enxada* (esclavos de hoz y azada), pero aquellos que tenían especializaciones artesanas y aquellos que trabajaban en el interior del trapiche como caldereros fueron mucho más valorados por sus amos. Los esclavos domésticos, a menudo mulatos, eran favorecidos, pero en número eran relativamente pocos. Ocasionalmente, en el ingenio los esclavos desempeñaban tareas directivas, como por ejemplo maquinistas o más raramente patrones. En la narración sobre Bahía, mencionada anteriormente, el 54 por 100 figuraban como esclavos dedicados al campo, el 13 por 100 como trabajadores del trapiche, otro 13 por 100 como esclavos domésticos, el 7 por 100 como artesanos y el 10 por 100 como barqueros y carreteros; mientras que los esclavos enumerados que ocupaban tareas directivas constituían sólo un 1 por 100. A los negros nacidos en Brasil, denominados *crioulos* (criollos), y a los mulatos se los prefería como esclavos domésticos, y a los últimos a menudo se los escogía para instruirlos en el trabajo artesanal.

La distribución profesional de la fuerza de trabajo esclava refleja las jerarquías de la sociedad esclava. Se hacían distinciones entre el bozal recién llegado de África, y el ladino o esclavo aculturado. Además, también se reconocía una jerarquía de color, por la cual los mulatos recibían un trato preferencial. Las dos gradaciones de color y cultura existentes se cruzaron de manera previsible, con los africanos tendiendo hacia uno de los extremos de la

¹³ Nuno Marques Pereira, *Compendio narrativo do peregrino da America*, Lisboa, 1728, pp.115-130.

escala, los mulatos hacia el otro, y los criollos entre ambos. La preferencia mostrada hacia los mulatos, así como sus ventajas, por otra parte, estuvieron acompañadas por prejuicios en contra de ellos, tales como el de inconstantes, astutos y arrogantes. Las jerarquías de color y cultura fueron, por supuesto, creadas por los amos de los esclavos, y es difícil saber hasta qué punto estas jerarquías fueron aceptadas por los propios esclavos. No obstante, la rivalidad entre los africanos y los criollos en las unidades de milicia y la existencia de congregaciones religiosas basadas en el color o en el origen africano, indica que estas distinciones fueron mantenidas por la población de color. En cuanto al mito popular de que el esclavismo brasileño era por naturaleza benigno, en las últimas dos décadas ha sido en gran medida desacreditado por los estudiosos del tema. La mayoría de los observadores contemporáneos comentaban que para el funcionamiento esclavo, la comida, la ropa y el castigo eran imprescindibles. Al parecer hubo generosas porciones de lo último, pero por lo que respecta a los abastecimientos para los esclavos en las zonas de plantación, eran mínimos. A pesar del esfuerzo considerable para convertir a los esclavos al catolicismo, y para que cumplieran con los preceptos sacramentales de la Iglesia, la realidad parece haber sido bastante distinta. Los índices elevados de ilegitimidad entre la población esclava y los índices bajos de nacimientos, indican que el matrimonio legal era infrecuente. En lugar de considerar los esclavos como miembros de una familia extensa, parece que imperó una natural hostilidad surgida de la relación amo-esclavo. El administrador del Ingenio Santana, en Ilhéus, se quejaba de que los 178 esclavos que tenía a su cargo eran “demonios, ladrones y enemigos”.¹⁴ El contrapunto de la vida de plantación estaba formado por las demandas de los amos y por la terquedad de los esclavos, expresada a través de huidas, simulaciones, quejas y algunas veces violencia. Los plantadores engatusaban y amenazaban, haciendo uso de los castigos y de las recompensas para estimular el trabajo. Para inducirlos a la cooperación, a los esclavos se les daba jugo de azúcar o ron, podían recibir provisiones extras e incluso la promesa de una libertad eventual. La exposición siguiente, realizada por un administrador de un ingenio en los años de 1720, describe vivamente la textura del esclavismo de la plantación brasileña, y la habilidad de los esclavos para maniobrar dentro de su posición subordinada:

El tiempo de su servicio no es más de cinco horas por día, y mucho menos cuando el trabajo está lejos. Es la multitud la que hace todo el trabajo igual que en una comunidad de hormigas. Y cuando yo les doy una reprimenda con el ejemplo de los blancos y sus esclavos que trabajan bien, ellos contestan que los blancos trabajan y ganan dinero, mientras que ellos no ganan nada y que los esclavos de estos blancos que trabajan reciben suficiente ropa y alimentos... Algunas veces es necesario visitar los alojamientos dos o tres veces al día para sacarlos de allí... a aquellos que sólo están fingiendo una enfermedad. Dios sabe lo que yo sufro por no recurrir al castigo para poder evitar que haya fugitivos. Cuando yo me quejo, ellos apuntan hacia sus estómagos y dicen “el estómago hace andar al buey”, dándome a entender que yo no los alimento. Son mis pecados que me han mandado a un ingenio como éste.¹⁵

Las respuestas a las condiciones existentes del esclavismo fueron limitadas, yendo desde el conformismo a la rebelión. La forma más común de resistencia fue la huida, que fue endémica en todas las áreas de plantación. Casi siempre en los inventarios de las propiedades se anotan dos o tres esclavos escapados. Los plantadores contrataban cazadores de esclavos, *capitães do mato*, oficiales, que a menudo eran negros libres, que se dedicaban a la búsqueda y captura de los fugitivos. En 1612, se crearon *capitães do mato* en ocho municipios de Pernambuco, y hacia 1825, el senado da cámara de Salvador puso precio fijo para la captura de esclavos fugitivos. Cuando éstos pudieron, crearon sus propias comunidades de exilio, *mocambos* o *quilombos*, en áreas inaccesibles. De tamaño pequeño (alrededor de 100 personas), estas comunidades sobrevivieron practicando la agricultura de subsistencia en combinación con las correrías. Se organizaron expediciones

¹⁴ ANTT, Cartório dos Jesuitas, legajo 15, número 23.

¹⁵ Jerónimo da Gama (Ilhéus, 1753), ANTT, Cartório dos Jesuitas, legajo 54, número 55.

para destruir dichos quilombos, conducidas por los capitães do mato al mando de tropas auxiliares indígenas. Aunque la mayoría de los mocambos tenían una corta duración, los pocos fugitivos que lograban librarse de la recaptura formaban una nueva comunidad.

Durante el período en discusión, la comunidad fugitiva más importante fue la del gran grupo de villas localizadas en la actualidad en Alagoas, y conocidas colectivamente como Palmares. Los primeros mocambos de esta región se formaron probablemente alrededor de 1605, y el número de sus integrantes aumentó durante la invasión holandesa de Pernambuco. Periódicamente, tanto las autoridades portuguesas como holandesas organizaron expediciones para destruir Palmares, pero todas ellas fracasaron. Hacia los años de 1670, se informó que el número de esclavos fugitivos en Palmares sobrepasaba los 20.000, pero probablemente esto es una exageración, ya que tal cantidad se igualaría a la de todos los esclavos de los ingenios de Pernambuco. Sin embargo, Palmares fue, al decir de todos, una comunidad muy grande que contenía miles de esclavos fugitivos y abarcaba diversas villas y, al menos, dos pueblos mayores, llamados en esa época por el término kimbundu quilombo (*ki-lombo*). En 1676-1677, se llevaron a cabo expediciones punitivas portuguesas de gran magnitud bajo las órdenes de Fernão Carilho, a las que siguieron, en 1678, negociaciones de tratado infructuosas. Después de una defensa heroica, el quilombo de Palmares fue, en 1695, finalmente destruido y sus líderes ejecutados. Sin embargo, los quilombos resistieron obstinadamente y hasta 1746 los indios y esclavos todavía se concentraban en el emplazamiento de Palmares.¹⁶

La otra alternativa importante al esclavismo fue proporcionada por la manumisión. Las tradiciones ibéricas de esclavismo proveyeron algunas bases para el fenómeno de manumisión voluntaria. Los esclavos que habían desempeñado servicios largos y de plena confianza o los niños criados en la casa de la plantación eran escogidos para la concesión de libertad, pero igual de importante fue el proceso de autocompra, por el cual los esclavos reunían fondos para comprar su propia libertad. Un estudio de las cartas de manumisión de Bahía, desde 1684 a 1745, revela que las mujeres se liberaban con doble frecuencia que los hombres.¹⁷ Las oportunidades mejores de libertad los varones las tuvieron cuando eran niños. En relación al número de habitantes, los esclavos criollos y mulatos conseguían su libertad mucho más frecuentemente que los africanos. La proporción de compras de manumisiones creció durante el siglo XVIII, hasta el punto de que en los años de 1740 las dos formas de concesión alcanzaron números similares. En cierto modo, el gran número de manumisiones compradas cuestionan los argumentos hechos algunas veces sobre los aspectos humanitarios de la manumisión en Brasil, como el hecho de que alrededor de un 20 por 100 de las cartas de manumisión fuera concedido condicionalmente dependiente de otro servicio del esclavo.

Los métodos seguidos para conceder las cartas de manumisión revelan una vez más la jerarquía de color y aculturación que caracteriza otros aspectos del esclavismo brasileño. Como grupo, los mulatos fueron el sector más pequeño de la población esclava, pero en lo que concierne a la manumisión ellos fueron particularmente favorecidos; les seguían los negros nacidos en Brasil y, en último lugar, los africanos como los que menos cartas de manumisión recibieron, a pesar de componer el segmento de la población esclava más numeroso. El proceso de manumisión fue una mezcla compleja de imperativos ibéricos culturales y religiosos y de consideraciones económicas, pero está claro que cuanto más aculturado era el esclavo y más claro su color, mejores oportunidades tenía de obtener su libertad. Durante el transcurso del siglo XVII la manumisión empezó lentamente a producir una clase de libertos, entre aquellos primeros esclavos que desempeñaron una serie de funciones de carácter bajo e intermedio en la vida económica brasileña. La pauta de liberar a las mujeres y a los niños también tendió a incrementar la capacidad reproductiva de la población de color libre, al tiempo que reducía la capacidad entre la población esclava, añadiendo, de este modo, otra razón al índice de crecimiento natural negativo de la población esclava brasileña.

¹⁶ AHU, papeles sueltos (PAF, Alagoas, caja 2 (2 de agosto de 1746).

¹⁷ Stuart B. Schwartz, "The manumission of slaves in colonial Brazil: Bahia, 1684-1745", *Hispanic American Historical Review* [HAHR], 54, 4 (noviembre 1974), pp. 603-635.

Teniendo en cuenta que los ingenios formaron el eje alrededor del cual giró la economía de la colonia, no es sorprendente que los plantadores o señores de ingenio ejercieran un poder social, político y económico considerable. Mientras algunos miembros de la nobleza titulada de Portugal, como el duque de Monsanto, poseyeron algunos ingenios en Brasil, ellos no estuvieron presentes para administrar sus propiedades, limitándose a depender de sus agentes y capataces en la colonia. La mayoría de las primeras *sesmarias* (concesiones de tierras) fueron a parar a plebeyos que habían participado en la conquista y colonización de la costa. En general, la clase plantadora no era de origen noble, sino que estaba compuesta de gente común, que vieron en el azúcar un medio de riqueza y de movilidad social ascendente. Se decía que el título de señor de ingenio en Brasil era equivalente al de conde en Portugal, y, en este sentido, los plantadores brasileños intentaron identificarse con este papel. La riqueza y lujo de éstos llamó la atención de los visitantes. Aunque los plantadores hacían un gran alarde de piedad, e incluso algunos mantenían capellanes a plena dedicación en sus ingenios, a menudo no convencieron a los observadores eclesiásticos. El padre Manuel Nóbrega escribía, “estos brasileños no prestan atención a nada, a excepción de sus ingenios y riquezas, a pesar de que ello sea la perdición de todas sus almas”.¹⁸

El luchar para obtener una posición social y su reconocimiento a través de los símbolos de nobleza tradicionales -títulos, órdenes militares y vínculos de propiedad- deben ser vistos como un signo predominante de la clase plantadora. Un informe gubernamental de 1591, sugería que las aspiraciones de los plantadores debían ser manipuladas para fines reales, ya que los señores de ingenio “estaban tan bien dotados de riquezas y tan faltos de los privilegios y honores de los caballeros, rangos nobles y pensiones”. Los genealogistas del siglo XVIII constantemente se esforzaban en difuminar la distinción entre las familias de linaje y de origen noble y aquellas que reclamaban una posición alta, basada simplemente en la longevidad y el éxito. En trabajos como los de Borges da Fonseca, natural de Pernambuco, las familias plantadoras pasaron a ser “nobles” por “antigüedad” e, incluso, son justificadas las de origen indio.¹⁹ Una familia como los Monteiros podría ser descrita como “que se había mantenido pura y todavía hoy con suficiente nobleza”. De hecho, aunque la clase plantadora brasileña ejerció una influencia considerable en la colonia, no se convirtió en nobleza hereditaria; no se repartieron títulos; los *morgados* (mayorazgos, vínculos de propiedad) sólo se concedieron en algunos casos; y la donación de órdenes militares no era frecuente. Los señores de ingenio fueron una aristocracia colonial, invariablemente blanca ó aceptada como tal, localmente poderosa y favorecida, pero no llegaron a ser uña nobleza hereditaria. Al carecer de las exenciones y privilegios de un estado hereditario, los plantadores fueron relativamente débiles en su acceso al poder regio.

La historiografía tradicional del Brasil colonial ha tendido a incrustar a la clase plantadora una pátina romántica, que dificulta la percepción de sus características sociales. El énfasis puesto por los genealogistas sobre la antigüedad de las familias plantadoras importantes proyectó una impresión de estabilidad falsa entre la clase plantadora. De hecho, la industria azucarera creó una clase plantadora altamente voluble, con ingenios que cambiaban de manos constantemente, y con muchos más fracasos que éxitos. En realidad, la estabilidad fue proporcionada por los propios ingenios, al aparecer continuamente durante siglos los mismos nombres en tales propiedades. En cambio, los propietarios y sus familias parece ser que fueron menos estables. El excesivo énfasis puesto en torno a las familias dominantes que sobrevivieron las vicisitudes de la economía colonial ha oscurecido este punto.

De hecho, la investigación seria sobre los plantadores azucareros como grupo social ha sido más bien escasa. La excepción principal es un estudio detallado de 80 señores de

¹⁸ Serafim Leite, ed., *Cartas do Brasil e mais escritos do Padre Manuel da Nóbrega*, Coimbra, 1955, p. 346.

¹⁹ António José Victoriano Borges da Fonseca, “Nobiliarchia pernambucana”, en *Anais da Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro* [ABNRJ], 47 (1925) y 48 (1926), Rio de Janeiro, 1935, vol. 1, p. 462.

ingenio de Bahía durante el período 1680-1725.²⁰ Un siglo o más después del establecimiento de la industria azucarera, casi el 60 por 100 de estos plantadores eran inmigrantes o hijos de inmigrantes, indicando este modelo un flujo y una movilidad considerable dentro de la categoría de los plantadores. Aunque grandes familias como las de Aragão, Monis Barreto, Argolos fueron brasileñas de tercera o quinta generación, existieron a la vez pautas de conducta que permitieron la entrada a los inmigrantes. Un fenómeno común era el del comerciante, portugués de nacimiento, que él mismo o su hijo contrajera matrimonio con la hija de una familia plantadora brasileña. Mientras las viejas familias de plantadores tendieron a casarse entre ellas, siempre se encontró lugar para hijos políticos que fueran comerciantes con acceso al capital u oidores y abogados de la *Relação* (Tribunal Supremo), aportando de este modo prestigio, nombre e influencia política. Obviamente, el matrimonio acordado era un elemento clave en la estrategia del éxito de una familia.

Parece ser que fue una pauta común que los plantadores vivieran en sus propiedades. De hecho, algunos han sugerido que la ausencia de absentismo fue la característica principal en el desarrollo de una relación patriarcal entre los amos y esclavos. Si bien es cierto que los plantadores brasileños residieron en la casa grande, la mayoría de los ingenios de Bahía, y muchos de los de Pernambuco, estuvieron bastante cerca de las ciudades portuarias; de este modo, se posibilitaba un movimiento e intercambio constante entre el ingenio y la ciudad. Muchos plantadores mantuvieron residencias urbanas, y trataron en persona sus negocios en la ciudad. No era raro que el mismo propietario fuera dueño de más de un ingenio, y algunos también eran propiedad de establecimientos religiosos, administrados por mayordomos. En este sentido, la imagen de la familia plantadora residente debe, en cierto modo, ser modificada. Los plantadores azucareros tampoco fueron semejantes a los señores feudales, viviendo aislados y rodeados de esclavos y criados y con escaso interés hacia el mundo exterior. La inversión en estancias ganaderas, transporte y propiedades urbanas fue común por parte de los plantadores, y, a menudo, el comerciante que había adquirido un ingenio azucarero continuaba sus actividades mercantiles. La cotización última en el mercado azucarero de Amsterdam o de Lisboa era de interés constante. Un virrey del siglo XVIII, nostálgico de los salones europeos, se quejaba de que la única conversación que él oyó en Brasil versaba en torno a las expectativas de la cosecha del próximo año.

Desde sus orígenes, la industria azucarera dependió de un segundo grupo de cultivadores, que no poseían sus propios ingenios, pero que suministraban caña a los ingenios de otros. Estos cultivadores de caña fueron un estrato distintivo en la sociedad colonial, parte integrante del sector azucarero y orgullosos del título de *lavrador de cana* (labrador de caña), aunque con frecuencia mantenían enfrentamientos con los señores de ingenio. Durante el siglo XVII tal vez había una media de cuatro a siete labradores de caña en cada ingenio, suministrando caña mediante una amplia gama de acuerdos. Los labradores de caña más privilegiados eran aquellos que mantenían los títulos de propiedad de sus tierras limpios y sin gravámenes, y de esta manera estaban en condiciones de negociar un mejor contrato de molienda. Cuando la caña era escasa, los labradores de caña estaban más consentidos por los señores de ingenio, quienes estaban dispuestos a prestarles esclavos o bueyes o proporcionarles leña con tal de asegurarse la caña. Muchos cultivadores, sin embargo, trabajaron *partidos da cana*, es decir, tierra que estaba “obligada” a un ingenio particular. Estos labradores de caña “cautiva” podían ser aparceros, que trabajaban las tierras del ingenio compartiendo los productos, o arrendatarios, o que poseían sus propias tierras bajo condiciones tales como la del derecho de retener la cosecha a cambio de dinero o crédito. Los acuerdos contractuales variaron de un lugar a otro, y según las épocas, pero la división corriente era la de una mitad del azúcar blanco y mascabado para el ingenio y la otra mitad para el agricultor, quedando los de grado inferior para la

²⁰ Rae Flory, “Bahian society in the mid-colonial period: the sugar planters, tobacco growers, merchants, and artisans of Salvador and the Reconcavo, 1680-1725”, tesis doctoral, University of Texas, 1978. El período que cubre este estudio fue una época de crisis, y, por lo tanto, los resultados deben usarse con cuidado, pero éste es el único que existe para citar.

propiedad del ingenio. Además, aquellos con “caña cautiva”, entonces, pagaban una renta en forma de porcentaje de su mitad de azúcar. Esto, también, varió de un tercio a un vigésimo, según el tiempo y lugar, pero los señores de ingenio preferían arrendar sus tierras mejores a los cultivadores que poseyeran recursos considerables, quienes podían aceptar la obligación de un tercio. Comúnmente, los contratos eran de 9 o 18 años, pero algunas veces se vendían parcelas con un compromiso indefinido.

En teoría, la relación entre el labrador de caña y el señor de ingenio era recíproca, pero la mayoría de los observadores coloniales reconocieron que en última instancia el poder estaba en manos del señor. El labrador aceptaba la obligación de proveer caña a un ingenio particular, pagando daños y perjuicios si la caña se dirigía hacia otro sitio. El señor de ingenio, por su parte, se comprometía a triturar la caña en la época apropiada, a tantas tareas por semana. Si bien estos acuerdos, algunas veces, tomaban la forma de contrato escrito (especialmente en lo referente a la parte de ventas y créditos), frecuentemente se hacían de forma oral. Normalmente, el poder real estaba en manos del propietario del ingenio, quien podía desplazar al labrador, rehuir el pago de las mejoras hechas en la tierra, falsear la cantidad de azúcar producida o, incluso peor, negarse a triturar la caña en la época apropiada y arruinar el trabajo de todo el año. Esta relación desigual produjo tensiones entre los propietarios de ingenios y los agricultores de caña.

Socialmente, los labradores de caña procedían de un sector económicamente amplio, aunque racialmente estrecho. Dentro del grupo de los agricultores de caña se podían encontrar hombres humildes con 2 o 3 esclavos y agricultores de caña ricos con 20 o 30 esclavos, al igual que comerciantes, profesionales urbanos, hombres de alta graduación militar o con pretensiones de nobleza. Personas éstas, que en todos los aspectos provenían de un origen y medio similar al de la clase plantadora. Sin embargo, junto a los cultivadores de caña hubo aquellos que el cultivo de unas cuantas hectáreas de caña agotó todos sus recursos. Así, otra vez, como con los señores de ingenio, hubo una cierta inestabilidad entre la población agraria, gente que se arriesgaba, plantaba unas cuantas tareas (equivalente a 4.356 m²) y, después, quebraba. En 18 zafras del Ingenio Sergipe, entre 1622 y 1652, casi el 60 por 100 de los 128 labradores aparecieron en menos de tres cosechas. En este período, sin embargo, los labradores de caña eran, casi sin excepción, blancos, europeos o brasileños de nacimiento. Poca gente de color pudo vencer las desventajas del origen y los prejuicios existentes contra los pardos y acceder a la categoría de los cultivadores azucareros. En resumen, los labradores de caña fueron “protoplantadores”, a menudo, del mismo origen social que los plantadores, aunque carecieron del capital o crédito necesario para establecer un ingenio. El valor de una finca azucarera promedio alcanzaba quizás una quinta parte del de un ingenio promedio, reflejando seguramente la riqueza relativa de ambos grupos.

La existencia de una amplia clase de agricultores de caña diferenció la economía azucarera brasileña colonial de la de las Indias españolas o de las islas caribeñas inglesas y francesas. En las primeras fases de la industria, ello supuso que las cargas y riesgos del desarrollo azucarero estuvieron ampliamente repartidos. También significó que la estructura de la propiedad esclava fuera compleja, ya que un gran número de esclavos vivía en unidades de 6 a 10 de ellos, más que en las de centenares de las grandes plantaciones. Los datos de fines del período colonial sugieren que quizá un tercio de los esclavos que trabajaban el azúcar fueran propiedad de los labradores de caña. Finalmente, la existencia de los labradores de caña se añadió a los problemas del Brasil colonial, al pasar la economía azucarera por tiempos difíciles a fines del siglo XVII. Se llevaron a cabo varios intentos para limitar la construcción de nuevos ingenios, pero el limitar las oportunidades de que los labradores de caña pudieran convertirse en señores de ingenio fue percibido como aún más perjudicial para la salud de la industria que la propia proliferación de ingenios. Existió el parecer que para atraer cultivadores de caña, la industria al menos tenía que ofrecer esperanzas de movilidad social, aun cuando el incremento de la producción tuviera un efecto negativo sobre el precio del azúcar, ya en franco descenso debido a la competencia extranjera.

A pesar del natural antagonismo entre los señores de ingenio y los labradores de caña, estos dos grupos son considerados como sustratos de la misma clase, principalmente

diferenciados por la riqueza, pero compartiendo actitudes, origen y aspiraciones comunes. Los conflictos entre ambos podían llegar a ser encarnizados, pero los dos grupos juntos constituyeron un sector azucarero con intereses similares en cuestiones de política comercial, sistema tributario y relaciones con los otros; a la vez, ambos disfrutaron de las posiciones políticas y sociales más altas de la colonia, dominando los senados de cámara, las prestigiosas hermandades laicas y los cargos en la milicia.

De modo considerable, los sectores blancos y de color libres, que realizaban una amplia gama de tareas como trabajadores asalariados en la plantación, poseyeron una posición social baja. Los documentos del siglo XVII raramente mencionan a los agregados o moradores, que eran habituales en el siglo XVIII, aunque regularmente los ingenios empleaban leñadores, barqueros, carpinteros, albañiles y otros artesanos. De hecho, hubo dos clases de empleados en las plantaciones: aquellos que recibían un salario anual (*soldada*) y los que eran pagados a diario o por cada trabajo realizado. Entre los primeros, generalmente, se incluían a los maestros azucareros, los supervisores, los barqueros y, algunas veces, a los caldereros. En cambio, a los carpinteros, albañiles y leñadores se los empleaba sólo cuando hacían falta. Una vez más, las jerarquías de color y raza aparecen en los documentos. En este caso, los indios, cualquiera que fuera su ocupación, de manera invariable eran peor remunerados que los blancos o negros libres en la realización de trabajos similares. Además, los indios eran normalmente contratados por trabajo o por mes, y pagados más bien en especies que en dinero, indicaciones que muestran la escasa integración en el mercado salarial de tipo europeo. En el área de las ocupaciones de tipo artesanal, era donde la gente libre de color podía aspirar a tener alguna oportunidad de ascenso. Pero, al igual que en otras actividades productivas, los artesanos en los ingenios a menudo poseían sus propios esclavos.

A pesar de que determinada historiografía ha enfatizado los aspectos señoriales de la clase plantadora, el cultivo del azúcar fue un negocio estrechamente vinculado a las ganancias y pérdidas. Según los criterios contemporáneos, el establecimiento de un ingenio era una operación cara. A mitad del siglo XVII, la construcción de un ingenio requería una inversión de capital de alrededor de 15.000 milreis. La adquisición de la tierra se realizó a través de concesiones de sesmarias o mediante compra, pero en este período parece ser que la tierra no fue el factor de producción más importante, puesto que en las transacciones y testamentos raramente se especificaba la extensión y valor de la tierra. En cambio, se ponía mucho más cuidado en la identificación y valoración de la fuerza de trabajo. En 1751, se estimó que los esclavos eran el factor de producción más caro, constituyendo el 36 por 100 del valor total de la plantación. La tierra se valoró en un 19 por 100, el ganado en un 4 por 100, las instalaciones en un 18 por 100 y el equipo de la maquinaria en un 23 por 100. Los salarios de los trabajadores libres se calcularon en un 23 por 100 del total de los costos anuales, el mantenimiento de los esclavos en un 16 por 100 y la reposición de los mismos en un 19 por 100, por una pérdida anual estimada de un 10 por 100 de la fuerza de trabajo esclava.²¹ En este sentido, los costos relacionados con la mano de obra representaban casi un 60 por 100 del desembolso anual. La leña fue el otro artículo que ocasionaba un gasto considerable, que iba de un 12 a un 21 por 100 de los costos, dependiendo de su disponibilidad y de la localización del ingenio. Con una documentación de plantación disponible tan escasa, es difícil establecer la rentabilidad de la industria, si no es en términos muy generales. Los primeros observadores del Brasil, siempre comentaban en torno a la opulencia y lujo de la clase plantadora, al tiempo que los propios plantadores estaban solicitando continuamente exención de impuestos o una moratoria en los pagos de la deuda por motivos de pobreza.

Para el establecimiento y funcionamiento de los ingenios, el crédito y el capital procedieron de distintas fuentes. En el siglo XVI parece que se hizo desde Europa alguna inversión directa en la industria azucarera brasileña, pero existe poca evidencia de ello en el

²¹ Cámara de Salvador a la Corona, AHU, PA, Bahía, caja 61 (1751). Véase también Frédéric Mauro, "Contabilidade teórica e contabilidade prática no século XVII", en *Nova história e novo mundo*, São Paulo, 1969, pp. 135-148.

siglo XVII. Un método de reunir fondos para invertir en un ingenio azucarero, podría llamarse modelo "Robinson Crusoe", ya que el héroe de Defoe lo practicó durante su estancia en Bahía (1655-169?), siendo también relatado en otras fuentes. Dicho método consistía en el cultivo de mandioca, tabaco u otros cultivos con la esperanza de acumular, en compañía de un comerciante local, suficiente capital o crédito para la construcción de un ingenio azucarero. Probablemente, las mejores oportunidades de este planteamiento debían encontrarse en el cultivo de la caña de azúcar para procesar en el ingenio de otro. Los créditos provenían de diversas instituciones religiosas, tales como la caritativa hermandad de Misericordia y las órdenes terceras de San Francisco y de San Antonio. El tipo de interés cargado por estas instituciones estaba fijado, mediante derecho canónico y civil, en un 6,25 por 100, de esta manera sus créditos tendieron a ser contratos con bajo interés y con escaso riesgo, hechos con miembros de la elite colonial, muchos de los cuales eran miembros de estos cuerpos. Estos prestamistas institucionales favorecieron la industria azucarera. En 1694, de los 00 créditos dados por Misericordia de Salvador, garantizados por hipotecas sobre propiedades agrícolas, 24 eran sobre ingenios y 47 sobre haciendas de caña. Uno sospecha que tales prestamistas institucionales preferían efectuar créditos para el desembolso de capital inicial destinado a la instalación de un ingenio o de una finca de caña, puesto que los préstamos para los gastos de explotación eran mucho más difíciles de obtener.

Para los gastos de explotación, y para aquellos que no tenían acceso a las fuentes de crédito institucional, la otra alternativa eran los prestamistas privados, principalmente comerciantes. Aunque también los comerciantes estuvieron coartados por leyes contrarias a la usura, éstos encontraron medios para extraer tipos de interés mucho más elevados, a menudo prestando fondos contra una cosecha futura a precio predeterminado. Otras fuentes de crédito procedían de profesionales urbanos y otros señores de ingenio, pero el estudio de los ingenios de Bahía, entre 1680 y 1725, indica que casi la mitad del dinero prestado provino de las instituciones religiosas y una cuarta parte de los comerciantes.²² A pesar de la fusión social, entre plantadores y comerciantes, la relación deudor-acreedor dio lugar a antagonismos y tensiones entre ellos, y, en muchas coyunturas, provocó posiciones de hostilidad -uno podría decir de clase- mutuas.

A la larga, las cuestiones relacionadas con las finanzas y la rentabilidad no pueden ser vistas en términos estáticos. La situación política internacional, el precio del azúcar y las condiciones internas de la colonia produjeron cambios en las pautas de pérdidas y ganancias. En general se puede decir que durante la mayor parte del período en discusión, Brasil estuvo enfrentada con la subida y caída de los precios de su azúcar. El aumento del coste de los esclavos, que como hemos visto representaba un desembolso de considerable importancia, indicó a los plantadores el problema con el que se tenían que enfrentar. Nosotros podemos hacer el mismo cálculo que los plantadores hicieron: ¿cuánto costaba el azúcar que se necesitaba para reponer un esclavo? La respuesta, dada en el cuadro 3, muestra que en 1710 el azúcar costaba alrededor de cuatro veces más de lo que costaba en 1608.

La suerte definitiva de la economía azucarera brasileña se determinaba en los puertos de Amsterdam, Londres, Hamburgo y Génova. El precio europeo del azúcar se disparó bruscamente a lo largo de la última mitad del siglo XVI. Después de una ligera baja en los años de 1610, el precio volvió a elevarse en la década de 1620, debido, en parte, al desbaratamiento del suministro azucarero causado por los ataques holandeses en Brasil y las pérdidas sufridas por la flota portuguesa. En 1621, con el fin de la Tregua de los Doce Años, Brasil se convirtió en blanco de ataques, y desde 1630 a 1645 los holandeses ocuparon la mayor parte del noreste de Brasil, la mitad de la colonia, incluyendo Pernambuco, la capitania más importante en producción de azúcar. En esta área los plantadores lusobrasileños continuaron produciendo azúcar, pero la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales empezó a exigir el pago de los créditos que ésta había hecho a aquellas personas que habían adquirido ingenios durante el período de dominio holandés. La rebelión lusobrasileña, que estalló en 1645, fue en parte una respuesta a la caída de los

²² Flory, *Bahian society*, pp. 71-75.

precios del azúcar y a los aprietos con los que se encontraron los propios plantadores. Durante la guerra, entre 1645 y 1654, la producción brasileña quedó desbaratada, y, mientras el precio del azúcar subía en la bolsa de Amsterdam, caía en Brasil.

El período holandés fue, en términos de desarrollo político y social de la zona noreste, un hiato histórico. Después de 30 años de dominio holandés, en Brasil quedaron pocos vestigios tangibles de su presencia. En términos económicos generales, sin embargo, la posición que llegó a ocupar Brasil dentro del sistema atlántico, nunca más volvería a repetirse, ni la concentración regional de recursos económicos en el interior de la colonia volvería a ser lo que había sido antes de 1630.

En primer lugar, la destrucción y trastorno que causó la lucha afectó seriamente la producción y exportación azucareras. La toma de Salvador, en 1624, provocó la pérdida de más de dos zafras y la captura de muchas embarcaciones; y las expediciones contra Bahía, en 1627 y 1638, tuvieron consecuencias similares. El ataque holandés a Recôncavo, en 1648, comportó la destrucción de 23 ingenios y la pérdida de 1.500 embalajes de azúcar. Durante la guerra, la flota portuguesa quedó diezmada: entre 1630 y 1636, perdió 199 barcos, una cifra asombrosa, si uno no la compara con las 220 embarcaciones que se perdieron entre 1647-1648. Una vez iniciada la revuelta lusobrasileña de 1645, la quema de ingenios y campos de caña fue corriente en ambos lados.

En las capitanías bajo dominio holandés, la confiscación y huida de los propietarios hizo que de 149 ingenios, 65 estuvieran parados (*fogo morro*) en 1637. Durante la revuelta de 1645-1654, un tercio de los ingenios estuvieron sin funcionar. Aunque, alrededor de 1650, se difundió que las estimaciones de la capacidad de Pernambuco estaba en torno a los 25.000 embalajes, en realidad la capitanía sólo producía 6.000. Los plantadores de Pernambuco huyeron hacia el sur, hacia Bahía o, incluso, Río de Janeiro, trayendo consigo esclavos y capital. Después de 1630, Bahía reemplazó a Pernambuco como la capitanía con el mayor número de esclavos y como centro de la economía azucarera controlada por los portugueses. La economía azucarera de Río de Janeiro se caracterizó por unidades más pequeñas, a menudo productoras de ron para la exportación. Alrededor de los años de 1670, dicha bebida se extendió hacia el norte, dentro del área de los Campos de Goitacazes.

Aunque la economía azucarera de Pernambuco sufrió considerablemente durante los años de 1640, Bahía y sus capitanías circundantes no disfrutaron de su nuevo liderato sin problemas. En la década de 1620, la producción de azúcar brasileño empezó a nivelarse horizontalmente, y, en este sentido, la lucha de la década siguiente simplemente intensificó un proceso ya iniciado. Durante la ocupación holandesa del noreste, la corona portuguesa intentó generar fondos para llevar a cabo la guerra y satisfacer las necesidades de la defensa, pero se encontró con que la disminución de la producción azucarera brasileña convertía esto en algo muy difícil. En respuesta a la situación, la corona impuso a la producción y comercio del azúcar un gravamen pesado. En 1631 se impuso un cruzado (igual a 400 *réis* o reales) por embalaje, al que le siguió, en 1647, otro de 10 cruzados. Era natural que la corona esperara financiar su defensa de la colonia gravando únicamente el azúcar. Los plantadores, por supuesto, se quejaron fuerte mente por la imposición de estas cargas y otras medidas de tiempo de guerra, tales como la incautación de barcos y acuartelamiento de tropas.

El daño a la economía azucarera, la disminución del precio internacional del azúcar, por la competencia del Caribe y la Guerra de Restauración en Portugal, impidieron a la corona la abolición de los impuestos sobre la industria azucarera. Pero, por otro lado, la continuidad de los impuestos impidió la reconstrucción y 1a expansión de la industria. A su vez, la disminución de la producción significó ingresos más bajos en concepto de diezmos y otros impuestos normales, haciendo necesaria la prolongación de los impuestos extraordinarios. Los intentos que se hicieron para romper este círculo vicioso fracasaron. Por ejemplo, una propuesta para declarar una moratoria en todas las deudas contraídas antes de 1645, para que permitiera a los plantadores acumular capital, tropezó con la dura resistencia de los comerciantes-acreedores portugueses.

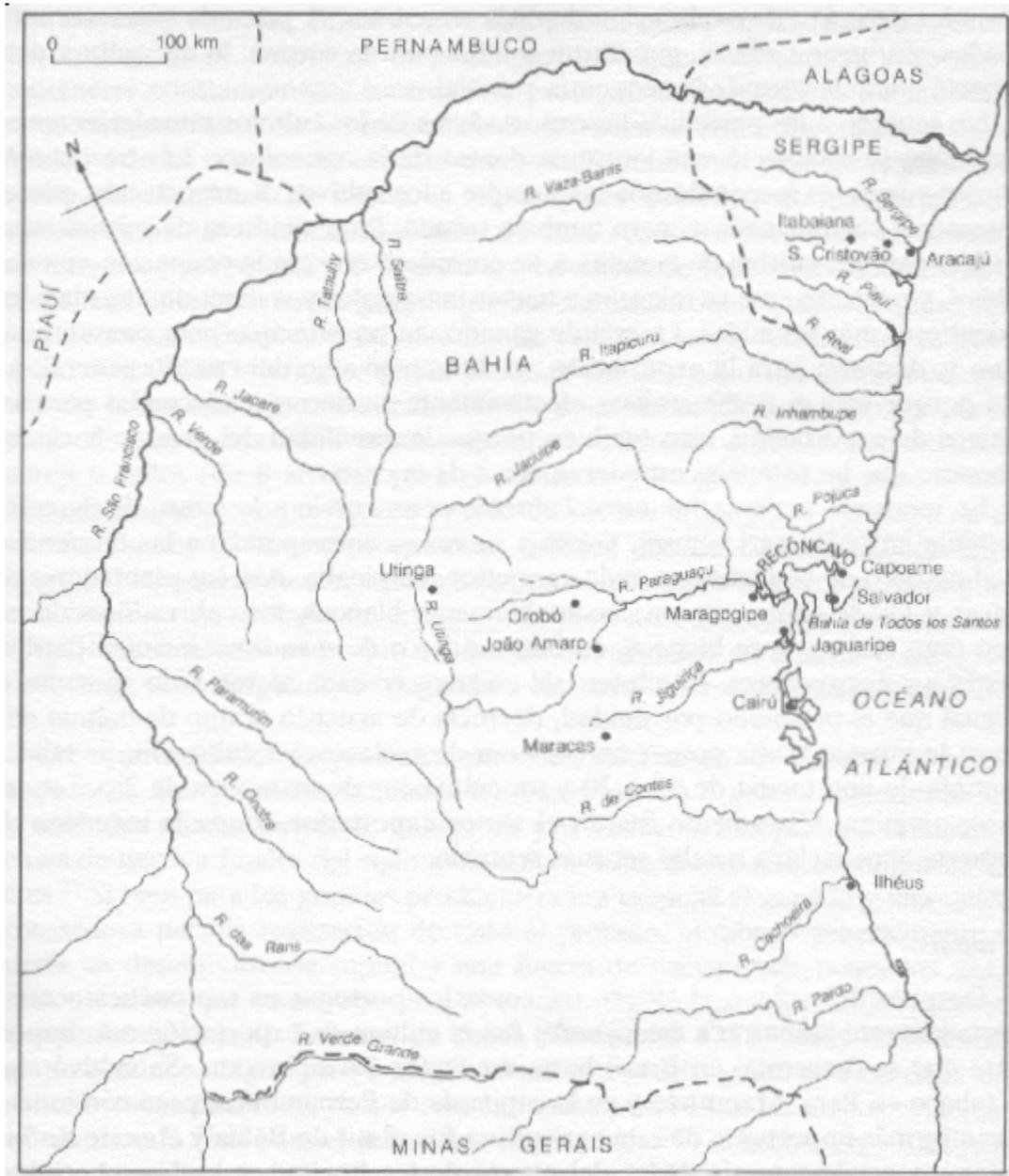
Hacia el final de la guerra, en 1654, cuando Brasil estaba otra vez bajo completo control portugués, y se podía esperar un retorno a la prosperidad inicial, las fuentes de

suministro azucarero de la comunidad atlántica y el nivel de participación de Brasil en éstas habían cambiado considerablemente. Las colonias inglesas, holandesas y francesas del Caribe, que habían empezado a cultivar azúcar durante los años de 1630, cuando las condiciones de precios eran favorables, ahora comenzaban a competir considerablemente con Brasil. El incremento de la producción de estos nuevos suministradores tendió a mantener los precios bajos, especialmente en los años de 1670 y 1680, cuando después de 1675, un período de paz europea general permitió una regularización del comercio de esclavos y un crecimiento desenfrenado de la agricultura tropical. En el mercado de Lisboa, el precio de una arroba de azúcar cayó de 35800 réis en 1654 a 15300 en 1688.

Los años de 1680, en realidad marcaron un punto bajo en las fortunas de la economía azucarera brasileña. La colonia quedó profundamente dañada a raíz de una severa sequía que duró desde 1681 a 1684, de los brotes de viruela de 1682 a 1684 y de una epidemia de fiebre amarilla que, en primer lugar, alcanzó a Recife en 1685-1686. Sumado a todos estos problemas, después de 1680 hubo una crisis económica general en el mundo atlántico. En 1687, João Peixoto Viegas escribió su famoso memorial identificando los problemas de la agricultura brasileña y pronosticando la ruina de la colonia, pero los acontecimientos de 1689 rápidamente dieron vuelta a la situación. El comienzo de la guerra entre Francia e Inglaterra, y la consiguiente interrupción de los suministros azucareros de estas naciones, representó para Brasil la ocasión para elevar los precios, a la vez que incrementó las oportunidades para su azúcar. Los plantadores que, como Peixoto Viegas, en 1687 habían vaticinado la ruina, hacia 1691 podían pensar en recuperar su prosperidad inicial, a pesar del aumento del coste de los esclavos y de otros artículos importados. Sin embargo, la recuperación de los años de 1690 fue de corta duración. La incertidumbre de la guerra hizo fluctuar los precios violentamente hasta 1713, cuando el descenso anterior volvió a emprender su caída. A pesar de las recuperaciones ocasionales, la tendencia secular en el siglo XVIII fue a la baja.

Mientras tanto, el descubrimiento de oro en Minas Gerais, después de 1695, creó una nueva demanda amplia de mano de obra en Brasil, y los precios de los esclavos llegaron a cimas sin precedentes, alcanzando un coeficiente de incremento de un 5 por 100 anual entre 1710 y 1720. En realidad, el descubrimiento de oro en sí mismo no fue la causa del problema de la agricultura de exportación. Como ya hemos visto, la industria azucarera había sufrido épocas malas, de manera intermitente desde 1640, especialmente en los años de 1670 y 1680, pero la fiebre de oro creó nuevas presiones a la agricultura costera. Ya en 1701 se hicieron intentos para limitar el comercio de esclavos a las minas, y después de 1703 fueron continuas las quejas de los plantadores en relación a la escasez de mano de obra y el elevado costo de los esclavos. Hacia 1723 el senado da cámara de Salvador se quejó de que 24 ingenios habían cesado de funcionar y que la producción azucarera había caído a causa del precio elevado de los esclavos y la incapacidad de los plantadores para competir con los mineros en la compra de nuevos trabajadores. Después de 1730, la economía azucarera del noreste entró en un período de depresión, reflejado en el descenso de la producción anual.

La desafortunada historia del azúcar, trazada en líneas generales, contribuyó a crear dificultades a los plantadores, comerciantes y, de manera semejante, a la corona portuguesa. Los plantadores se lamentaban de los excesivos impuestos, de los precios elevados de los esclavos, de las sequías y de la extorsión de los comerciantes; los funcionarios reales echaban la culpa al libertinaje y a la falta de previsión de los plantadores; y los comerciantes afirmaban que los plantadores gastaban excesivamente y que el marcaje y el peso fraudulento de los embalajes del azúcar brasileño habían hecho descender el valor del azúcar en los mercados europeos. Observadores más perceptivos se dieron cuenta de que la competencia extranjera y el proteccionismo francés e inglés habían, también, mermado profundamente el mercado del azúcar brasileño. Las medidas tomadas por la corona y por los propios plantadores para hacer frente a la crisis tuvieron sólo efectos limitados. Durante el siglo XVIII, la industria azucarera brasileña fue constantemente perdiendo terreno ante sus rivales del Caribe.



El sertão de Bahía en el siglo XVII

FUENTE: Stuart B. Schwartz, ed., *A governor and his image in Baroque Brazil*, Minneapolis, 1979.

Actividades económicas subsidiarias

La tala y exportación de la madera, tan importantes en los primeros años del desarrollo de la colonia, continuaron a lo largo del período colonial, aunque el énfasis inicial para obtener colorantes cambió hacia una diversidad de maderas destinadas para la fabricación de muebles y para la construcción naval. En 1605 se estableció un nuevo monopolio real de la madera brasileña, en cuyos contratos la tala y transporte de la madera era concedido a individuos privados. El contrabando siempre fue un problema especial, debido a que parte de la mejor madera se encontraba en Porto Seguro, Ilhéus y Espírito Santo, capitanías lejanas de los centros de control gubernamental. Para la pesca de ballenas y para la sal se establecieron monopolios reales similares, en los cuales los contratistas arrendaban los derechos de explotación de dichos recursos. A pesar de que

estas actividades, sin lugar a dudas, generaron fondos para la corona, la agricultura permaneció como la base de la economía colonial.

De acuerdo a las posibilidades exportadoras de los cultivos prevalecientes en la colonia, se estableció una jerarquía dentro de la agricultura. Las tierras más valiosas y mejores fueron destinadas siempre a los cultivos de exportación, preferentemente caña de azúcar, pero también tabaco. La agricultura de subsistencia, especialmente el cultivo de mandioca, se consideró que era la ocupación "menos noble", y normalmente se relegaba a tierras marginales y, a menudo, dejada a los agricultores más humildes. La cría de ganado, en un principio para consumo interno y, después, para la exportación, se diferenció algo del criterio general, no sólo porque ésta se podía realizar efectivamente en tierras inadecuadas para los cultivos de exportación, sino también porque la movilidad del ganado hacía innecesario que las estancias estuvieran cerca de la costa.

La jerarquía agrícola fue estrechamente comparable a la jerarquía de color existente entre los agricultores, y ésta a su vez se correspondía a las diferencias en el número de esclavos que cada agricultor empleaba. Así, los plantadores de azúcar y los de caña eran casi invariablemente blancos, los cultivadores de tabaco eran casi siempre blancos, en tanto que los de mandioca incluían pardos, mestizos y negros libres. El número de esclavos en cada sector de la agricultura, al igual que el promedio por unidad, decrecía de acuerdo al tipo de cultivo. Un señor de ingenio podía poseer un centenar de esclavos, un cultivador de tabaco disponía de una media de 15 a 20 y un cultivador de mandioca de 20 a 30, incluso, ninguno. Claramente fue en el sector exportador donde la inversión de mano de obra esclava resultó ser más rentable.

El tabaco

Después del azúcar, el tabaco (o, como los portugueses tan poéticamente y acertadamente llamaron a éste, *fumo*) fue el cultivo de exportación más importante que se desarrolló en Brasil hasta mediados del siglo XVIII. Se cultivó algo de tabaco en Pará, Maranhão y en la capitanía de Pernambuco, pero con mucho el centro más importante de esta agricultura fue el sur de Bahía y el oeste de Salvador, especialmente alrededor del puerto de Cachoeira, en la desembocadura del río Paraguaçu. No está claro cuándo se empezó a cultivar el tabaco en esta zona. La descripción de Gabriel Soares de Sousa sobre Recôncavo (1587) no menciona el cultivo, pero hacia los años de 1620, con toda evidencia, éste se cultivaba y exportaba en el noreste de Brasil. Si bien el punto central de producción fueron las tierras arenosas y arcillosas de los campos de Cachoeira en Bahía, se podían encontrar zonas más pequeñas alrededor de Maragogipe y Jaguaripe en Recôncavo, en Inhambupe hacia el sertão, en el noreste de Salvador a orillas del río Real y Sergipe de El-Rei. Se ha estimado que estas regiones de Bahía producían nueve décimas partes del tabaco exportado por Brasil en este período.

El cultivo del tabaco tenía algunas características especiales, que ejercieron influencia sobre su organización social y sobre su posición en la economía brasileña. Los seis meses que tardaba este cultivo en madurar era un período más corto que el del azúcar, y bajo condiciones apropiadas ofrecía, incluso, la posibilidad de doble cosecha. El cultivo de esta planta exigía un cuidado intensivo: la planta, después de criarse en un semillero tenía que trasplantarse y, entonces, mantenerse constantemente escardada y protegida de los insectos dañinos hasta la cosecha, realizándose la recolección de las hojas a mano. La cuadrilla de trabajadores de los campos de caña no estaba suficientemente preparada para llevar a cabo esta actividad. De hecho, el tabaco podía cultivarse de manera eficiente tanto en pequeñas unidades familiares de unos cuantos acres, como en unidades mayores compuestas de 20 a 40 esclavos. La escala de funciones variaba ampliamente. Las fincas mixtas de nado y tabaco eran corrientes, debido a que el tabaco de mejor calidad se producía usando estiércol como fertilizante, ya que el tabaco de calidad inferior se odia producir sin el auxilio del fertilizante. Después de la cosecha, la tarea más difícil era la elaboración del tabaco para la venta. El tabaco brasileño se elaboraba normalmente enrollado en forma de cuerda o rollos (de 8 arrobas para el comercio portugués y de 3 para la costa africana), tratado con un líquido basado de melaza y, luego, se colocaba en

envoltorios de cuero. El oneroso proceso, aunque preciso, de torcer y enrollar el tabaco debía, normalmente, realizarse por esclavos especializados y, de esta manera, resultaba un artículo de cierto gasto, pero los cultivadores más pobres no necesitaban mantener su propia unidad de trabajadores para llevar a cabo todo el proceso; ellos simplemente pagaban a los enrolladores para la realización de esta tarea.

Las oportunidades de ganancia, entonces, existían en los distintos niveles de producción. Las pequeñas unidades familiares de 4 a 7 acres existieron al lado de unidades mucho mayores, trabajadas por esclavos, aunque una relación de ventas de tierra a finales del siglo XVIII coloca la unidad media alrededor de 100 acres.²³ Si bien para los grandes productores era esencial el ganado y una unidad procesadora para la realización de todo el proceso, el tabaco generalmente requería un desembolso de capital y una fuerza de trabajo más pequeños que el azúcar, a la vez que su proceso de elaboración era menos complicado y costoso. El superintendente de Tabacos de Bahía escribía en 1714: "Hay mucha tierra que no produce ningún otro fruto, habitada por mucha gente que no tiene otro medio de mantenimiento, ya que esta agricultura está entre las menos costosas y, por eso, la más fácil para el pobre que la practica".²⁴ De hecho, en 1706, se informó que en Pernambuco los propios esclavos, durante su tiempo libre, producían tabaco de calidad inferior.²⁵

Al igual que en la agricultura azucarera, con el tabaco estuvieron asociados una variedad de sectores sociales, pero en comparación con el azúcar, el tabaco tendió a concentrarse en torno a un nivel social algo más bajo. A pesar de que el tabaco podía salir rentable, la categoría de cultivador de tabaco no comportó un gran prestigio social ni poder político. La información, sacada a partir de los documentos notariales, en términos de promedio, indica que un sitio de tabaco-ganado era valorado en un tercio del valor de una finca de caña, y en menos de un 1 por 100 del de un ingenio. De esta manera, los anteriores agricultores de mandioca y los inmigrantes pobres de Portugal fueron atraídos hacia este cultivo, aunque también existieron agricultores ricos que combinaron el tabaco con otras actividades. En la región de Cachoeira, familias como los Adornos y Dias Laos recibieron enormes sesmarias cuando, por primera vez, se abrió esta área a la colonización europea. Unas docenas de familias, que producían azúcar en Iguape (una zona de transición), introdujeron ganado en el sertão y también cultivaban tabaco, eran de la elite política y social de esta área. Grandes cultivadores como éstos podían producir 4.000 arrobas al año, mientras había otros que cultivaban menos de 100 arrobas. Los tipos de tenencia variaron, y eran frecuentes los arrendamientos de tierras de tabaco. Durante el siglo XVIII aumentó el número de pequeños agricultores; además, como grupo su complejidad tendió a oscurecerse. Mientras que una muestra de 450 labradores de tabaco, entre 1684 y 1725, revela que solamente un 3 por 100 eran pardos, un estudio similar para fines del siglo XVIII elevó esta cifra a un 27 por 100.²⁶ El tabaco fue, entonces, una rama de la agricultura de exportación menos prestigiosa, menos cara y menos exclusivamente blanca que la del azúcar. Sin embargo, el cultivo del tabaco estuvo firmemente basado en la mano de obra esclava, y los informes de los censos parroquiales del cultivo de tabaco en diversos momentos muestran que al menos la mitad de la población era esclava, una proporción más baja que la de las zonas azucareras, por supuesto, pero suficientemente grande como para disipar cualquier ilusión de que el cultivo del tabaco estuvo basado en una agricultura de pequeños propietarios.

Las fortunas del tabaco estuvieron estrechamente vinculadas a las del comercio atlántico y al ritmo del desarrollo económico de Brasil. La ocupación holandesa del establecimiento de esclavos en São Jorge de Mina, en 1637, interrumpió la forma corriente del suministro de esclavos a Brasil. Esto, más la pérdida de Angola en 1641, guió la legislación real de 1644, permitiendo el comercio directo de esclavos entre África y Brasil, sin beneficio alguno para la metrópoli. Los holandeses limitaron el comercio portugués a

²³ *Ibid.*, p. 172.

²⁴ Junta do Tabaco, legajo 97A.

²⁵ *Ibid.*, legajo 97 (21 de enero de 1706).

²⁶ Véase Flory, Bahian society, pp. 158-217; Catherine Lugar, "The Portuguese tobacco trade and the tobacco growers of Bahia in the late colonial period", en Dauril Alden y Warren Dean, eds., *Essay concerning the socioeconomic history of Brazil and Portuguese India*, Gainesville, 1977, pp. 26-70.

cuatro puertos de la costa de Mina, y prohibieron la introducción de cualquier artículo, excepto tabaco brasileño. Esto estimuló la expansión del cultivo de tabaco en Brasil. La creación de la administración del monopolio real, la Junta da Administração do Tabaco, en 1674, fue un intento para controlar este producto, pero su mayor esfuerzo estuvo dirigido a limitar la producción y el contrabando en el mismo Portugal.²⁷ Mientras los plantadores brasileños se quejaban del monopolio, ellos continuaban sacando beneficios regulares de la venta del tabaco a África y a Europa. Su posición se reforzó considerablemente con el descubrimiento de oro en Minas Gerais, en 1695, y la resultante subida vertiginosa de la demanda de mano de obra esclava en la colonia. El tabaco y oro brasileños se convirtieron en los artículos necesarios para el comercio de esclavos en el siglo XVIII.

Dos paradojas curiosas marcaron el comercio de tabaco brasileño. Primero, para asegurar que Brasil tendría un suministro del tabaco de mejor calidad, Portugal prohibió la exportación de las dos primeras calidades a África. La tercera calidad, *refugado*, tuvo que ser libremente tratado con jarabe de melaza, subproducto del azúcar, así podría ser enrollado, pero era precisamente este tratamiento el que le proporcionaba el aroma y el gusto dulce, y que lo convertía en tan popular en la costa africana, como también en un artículo comercial importante para los indios en el tráfico de pieles canadienses. El monopolio portugués también intentó fijar el precio del tabaco de alta calidad para asegurar un beneficio a los comerciantes metropolitanos. Esta situación condujo a los plantadores a concentrarse en el desarrollo de calidades inferiores para vender en África o para participar en el floreciente comercio de contrabando de tabaco. Hacia los años de 1730, la corona intentó implantar algunas medidas para controlar el comercio con Mina y para mantener las cantidades que se dirigían a Portugal, pero como se demuestra en la figura 2, éstas tuvieron escaso efecto. Finalmente, en 1743, el comercio con Mina se reorganizó en favor de los comerciantes brasileños. Solamente se permitieron 30 barcos por año -24 desde Bahía y 6 desde Pernambuco- para el comercio con la costa de Mina, de esta manera garantizaban los límites en el abastecimiento y precios altos en los artículos brasileños. En 1752 se estimó que un esclavo de Mina podía comprarse en Whydah por 8 rollos de tabaco o 28\$800 réis, transportado por otros 26\$420 réis y vendido en Bahía por 100\$000 réis, produciendo un beneficio de casi un 45 por 100.

Es difícil establecer los niveles de producción y exportación de tabaco, y casi imposible para el período anterior a la creación de la Junta da Administração do Tabaco, en 1674. No sólo es que se carezca de series estadísticas sobre la venta de tabaco en Portugal para los años de 1630, sino que el contrabando fue siempre abundante, especialmente después de la creación del *estaque*, o monopolio. A pesar de las prohibiciones y duras sanciones, el cultivo se desarrolló en Portugal y, todavía más importante, los marineros y patrones de las flotas brasileñas parece que estuvieron implicados en el contrabando a gran escala. De vez en cuando se encuentran estimaciones contemporáneas. Antonil, para los primeros años del siglo XVIII, situaba las exportaciones anuales de Bahía en 25.000 rollos. Una estimación de 1726 de los niveles de exportación desde Cachoeira fijaba 20.000 rollos a Portugal y otra de 20.000 a Mina en el comercio de esclavos.

Las mejores cifras para el período en cuestión pueden obtenerse de las listas que obraban en poder de la Junta do Tabaco. Esta junta, que controlaba la importación y venta de tabaco, arrendaba los contratos de monopolio regionales, concedía las licencias de venta en Portugal y señalaba los precios registrados cada año, el tamaño de la carga anual de tabaco y azúcar en la flota de Bahía y la cantidad que se transportaba a África. Los registros, para el período anterior a 1700, son incompletos, pero, para siete años, entre 1680 y 1686, las importaciones anuales promedian alrededor de 25.000 rollos. Después de 1700, puede compilarse un registro bastante completo del comercio de Bahía con Portugal y África hasta el final del sistema de flotas, en 1765. Si asumimos que la producción de Bahía representaba un 90 por 100 de la producción total, entonces estas cifras proporcionan las mejores estimaciones disponibles. La figura 2 muestra que los niveles más altos de la producción de Bahía, cerca de 400.000 arrobas anuales, se alcanzaron en los años de

²⁷ Carl Hanson, "Monopoly and contraband in the Portuguese tobacco trade", en *Luso-Brazilian Review*, 19, 2 (invierno, 1968), pp. 149-168.

1740, y que el tanto por ciento de la producción que se dirigía a la costa de Mina, como parte del comercio de esclavos, aumentó bruscamente hacia mediados de la centuria.

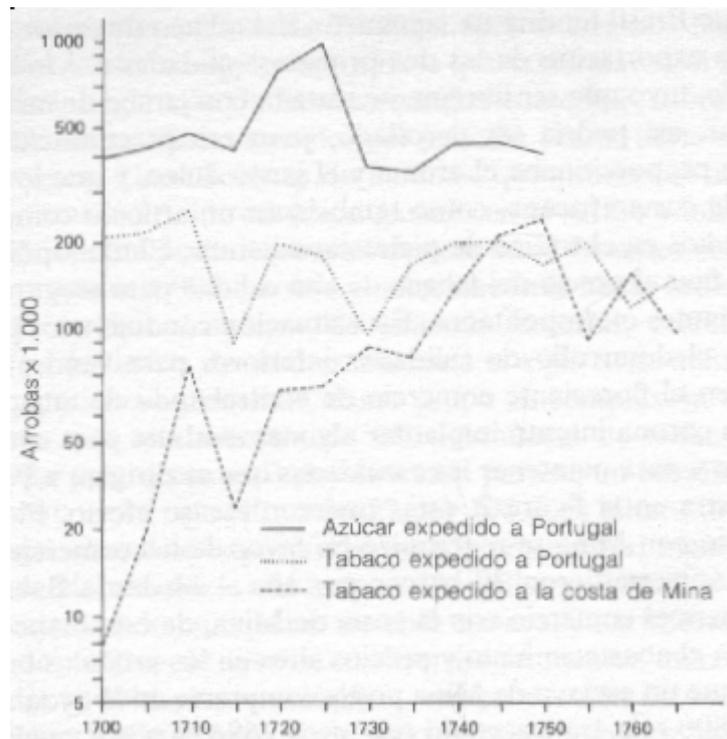


FIGURA 2. Exportaciones de tabaco y azúcar de Bahía, 1698-1765 (basadas en el promedio del movimiento de cinco años)

FUENTE: ANTT, Juntado Tabaco, legajos 96A-106 passim.

La ganadería

En el siglo XVI se introdujeron en Brasil varios tipos de animales domésticos. Los caballos se desarrollaron en Bahía, y hacia los años de 1580 existía un comercio de caballos desde Bahía a Pernambuco e incluso a Angola, donde de manera exitosa se usaron tropas montadas contra los africanos. Sin embargo, el ganado fue más importante, ya que los ingenios requerían un gran número de bueyes para las carretas y, las unidades más pequeñas, como fuerza motriz. Se estimaba que un ingenio necesitaba entre 30 y 60 bueyes en cualquier momento y su índice de mortalidad durante la zafra era, por lo visto, elevado. Además, los ingenios necesitaban sebo, cueros y carne en gran cantidad. La mayoría de los ingenios mantenían algunos pastos para sus rebaños, pero la presencia de éstos cerca de los campos agrícolas siempre causó problemas. Por costumbre, la ganadería estaba restringida a los márgenes de las zonas costeras establecidas. Eventualmente, en 1701, se prohibió, mediante ley, el apacentamiento de ganado a menos de 80 km de la costa.

Desplazados por fuerza de las tierras agrícolas mejores, los rebaños de ganado empezaron a crecer rápidamente en el interior del sertão Norte de Pernambuco, en las capitanías de Paraíba y Rio Grande do Norte (conquistadas en los años de 1580) y, especialmente, en la región de Sergipe de El-Rei entre Pernambuco y Bahía, a lo largo de las orillas del río São Francisco. Esta región fue abierta hacia los años de 1590 con la ayuda de las expediciones patrocinadas por el gobierno contra los indios. Los estancieros, algunos de ellos también plantadores o relacionados con familias de plantadores, y sus pastores empujaron el ganado hacia ambas riberas del río São Francisco, y alrededor de 1640 había en esta región unos 2.000 corrales. La historia de la mayor parte del interior del noreste

puede resumirse como exploración, exterminio de indios, grandes concesiones de tierra y establecimiento de estancias ganaderas. Por la primera década del siglo XVIII, en el noreste había cerca de 1.300.000 cabezas de ganado abasteciendo las necesidades de las industrias del azúcar y del tabaco y las ciudades costeras.

La tenencia de la propiedad de la tierra en el sertão era verdaderamente extensa. Aunque existió una legislación que limitaba el tamaño de los sesmarias a tres leguas cuadradas, esta restricción fue simplemente desatendida. En las sesmarias en las que se establecieron *fazendas do gado* (haciendas de ganado) a veces alcanzaban centenares de miles de acres. Al terminar el siglo XVII, en el sertão de Bahía había propiedades más grandes que la totalidad de las provincias en Portugal. Domingos Afonsos Sertão uno de los grandes señores del interior, poseía 30 estancias ganaderas y otras 30 fincas, que totalizaban unas 1.206.000 hectáreas. Una gran familia ranchera, como los García d'Avila en Bahía, o un comerciante convertido en ranchero, como João Peixoto Viegas, cuyos rebaños permanecían en el alto Paraguagu, podían alcanzar hasta 20.000 cabezas en sus diversos ranchos, aunque tales "potentados del sertão" eran la excepción, pues las estancias de 1.000 a 3.000 cabezas eran más comunes. Por regla general, las zonas de estancias ganaderas del interior tendieron a estar divididas en grandes fincas, escasamente pobladas por vaqueros y agricultores de subsistencia y dominadas por grandes familias estancieras, las cuales, a menudo, estaban vinculadas a la elite plantadora de la costa. Al estar los estancieros ganaderos más lejos de los centros del gobierno real, menos coartados por las instituciones municipales y controlando terrenos inmensos, pudieron ejercer un poder más amplio que el de los plantadores azucareros.

El gran período de expansión ganadera, conjuntamente con la industria azucarera, va desde la apertura de Sergipe de El-Rei, en los años de 1590, y la creación de Piauí, en la primera década del siglo XVIII. Durante esta época se desarrolló una organización social y un estilo de vida distintivos. Las órdenes misioneras, especialmente los jesuitas, a menudo jugaron un papel crucial en la exploración de nuevas zonas y en la pacificación de los indios. Con el tiempo, se produjeron conflictos entre los estancieros y los jesuitas, debido a que estos últimos controlaban la mano de obra indígena y poseían inmensos rebaños. A la larga, el contacto entre los ganaderos y los indios dio lugar a una población mestiza, llamada regionalmente *cabras o caboclos*. El cruce de razas era frecuente y la población del sertão estaba compuesta principalmente por gente de color, indios, caboclos y negros. A pesar de que algunas veces, para hacer un uso mayor de esclavos, se hicieron reclamaciones de que la frontera ganadera estaba demasiado abierta e incontrolada, los estudios más recientes han revelado que la esclavitud fue también una característica de la forma de trabajo en el sertão. La forma más corriente era usar esclavos y trabajadores libres como vaqueros, colocándolos junto a sus familias en un rancho distante y cuidando el ganado de manera completamente independiente. Las cuentas se realizaban periódicamente y, algunas veces, se permitía que los trabajadores se quedaran con una porción del incremento anual en crías, como compensación del buen servicio realizado. No existió incompatibilidad entre el funcionamiento de una estancia ganadera y la esclavitud.

La sociedad del sertão, al estar vagamente estructurada y libre de gran parte de la interferencia directa de la corona, desarrolló sus propias características peculiares. Los *fazendeiros* (hacendados) ejercieron un poder político y social amplio sobre sus esclavos y agregados. El control de las riberas del río y lagunas fue esencial para su éxito. Los grandes estancieros, por lo visto, dejaban extensiones enormes de su territorio sin emplear, a la vez que rehuían la venta o arrendamiento de éstas para asegurarse pastos adecuados y privar a los campesinos y agregados de oportunidades alternativas. En la maleza del monte bajo del árido sertão el caballo se convirtió en un medio de vida y la leche y la carne en los alimentos cotidianos. Materialmente pobres, la gente vivía literalmente del cuero. Todo se hacía de cuero -prendas de vestir, utensilios caseros, monturas, cubiertas de ventanas y herramientas. Esta sociedad fue más pobre que la de la costa, pero más móvil y menos constreñida por las leyes metropolitanas, aunque también dependió totalmente de la economía dominante: la ganadería, la cual a su vez estaba vinculada a la industria azucarera.

Desde el sertão, los rebaños de ganado (boiadas), recorriendo 64 km diarios, eran conducidos a las ferias localizadas en las afueras de los distritos azucareros y a los centros de población costera. Desde el punto de vista de los plantadores, dicho sistema parecía funcionar bien. El precio de una yunta de bueyes, en los años de 1690, era casi la mitad del de los años de 1590, a pesar de la tendencia general inflacionista en la colonia. Sólo después de 1700, cuando los rebaños fueron desviados hacia Minas Gerais, la población costera empezó a quejarse de la escasez. En el siglo XVIII se observaron, también, otros dos movimientos: la expansión de la frontera ganadera hacia el norte, en el interior de Maranhão, y hacia el oeste, en el interior de Goiás, por una parte, y el desarrollo de los productos ganaderos para la exportación, por otra. Hacia 1749, Pernambuco poseía 27 curtidurías que empleaban unos 300 esclavos, y tanto Pernambuco como Bahía exportaban grandes cantidades de pieles y cueros.

La mandioca

La mandioca, producto básico indígena, fue adoptada rápidamente por los portugueses, al encontrar que su familiar trigo y otros granos no florecían en los trópicos. La mandioca era fácil de cultivar y podía prepararse de diferentes maneras. La transformación de mandioca en harina la hacía cómoda para transportar y para almacenar, y pasó a ser el pan de cada día. En las regiones de cultivo azucarero, en general, la mandioca y la agricultura de subsistencia fueron activadas en las tierras más marginales. A los labradores campesinos se les permitió cultivar productos alimenticios en sus roas, en tierras donde no se podía plantar caña. A lo largo de las calzadas o en las mesetas accidentadas de las zonas de plantación, los labradores de roza se ganaban la vida a duras penas, cultivando sus propios alimentos y vendiendo los pequeños excedentes en los mercados locales. Sin embargo, los plantadores azucareros no veían con buenos ojos la presencia de agricultura de subsistencia en la misma región, debido a que ellos preferían usar todas las tierras buenas para la caña de azúcar y porque la roza de mandioca tendía a destruir el bosque, el cual les suministraba leña, esencial para la producción azucarera. El resultado de esta hostilidad fue el desarrollo de una especialización regional, con algunas áreas destinadas al azúcar y otras a la mandioca.

En realidad, en el Brasil colonial existieron dos tipos de agricultura alimentaria. Una fue la agricultura de subsistencia de los agricultores campesinos que producían para ellos y sus familias y vendían un excedente muy pequeño en las ferias de los mercados locales; la otra fue la producción de grandes cantidades de harina de mandioca que se destinaba para vender en los ingenios y en las ciudades de la costa. En Pernambuco, las parroquias de Una, Porto Calvo y Alagoas eran zonas importantes de abastecimiento para la capitania. En Bahía, los principales productores estuvieron en Maragogipe y Jaguaripe, en el Recôncavo meridional, y en los pueblos sureños a lo largo de la costa, como Cairú y Camamú. Aunque se sabe poco sobre la organización interna de la agricultura de mandioca para el mercado, está claro que la producción de alimentos no giró necesariamente en torno a las unidades familiares campesinas. Cairú y Camamú, por ejemplo, eran productoras de mandioca de gran reputación, y los censos eclesiásticos de 1724 revelan que alrededor de la mitad de la población de estas parroquias estaba esclavizada. Esta situación parece indicar una economía de producción, de base esclava, destinada al abastecimiento de los mercados internos. Un estado de cuentas algo posterior, de 1786, enumeraba 188 agricultores de mandioca en Cairú, de los cuales 169 poseían un total de 635 esclavos.²⁸

La hostilidad de los plantadores hacia la agricultura de subsistencia y la especialización regional en alimentos supuso que los habitantes de las ciudades y los de las haciendas azucareras, para el pan diario tuvieran que depender de fuentes de abastecimiento a menudo fuera de su control. En las regiones de plantación, las escaseces, los precios altos e, incluso, el hambre eran endémicos. Otro de los problemas estuvo relacionado con la atracción que la agricultura de exportación ejerció sobre los agricultores

²⁸ Lista das mil covas de mandioca, Biblioteca Nacional de Río de Janeiro [BNRJ], 1-31, 30, 51 (Cairú, 25 de octubre de 1786).

de mandioca. Ya en 1639 se hicieron intentos para obligar a los colonos de Cairú y Camamú a sembrar mandioca en lugar de tabaco, y en 1706 los residentes de Maragogipe y Cachoeira solicitaron la liberación de las prohibiciones existentes contra el cultivo de la caña de azúcar y el tabaco. Algo más tarde, en Pernambuco, se produjo una situación similar, al tratar los agricultores de plantar caña, una “ocupación más noble”, en vez de cultivar mandioca. Una vez más, con la expansión del comercio de esclavos, incluso los agricultores de mandioca brasileños hallaron la posibilidad de exportar su cultivo. Hacia los años 1720, solamente en el comercio con Mina se transportaron 6.000 alqueires por año, por no decir nada de lo que se remitió hacia Angola. Además, los productores de alimentos, también pudieron retener provisiones para mantener niveles de precios elevados, actividad que era posible por lo fácil que resultaba preservar la harina de mandioca. Continuamente, en las ciudades costeras, se levantaron quejas en contra de la codicia de los agricultores de mandioca y la regulación de su abastecimiento.

El gobierno colonial tomó varias medidas para asegurar un suministro de alimentos adecuado, pero éstas tuvieron un éxito muy limitado. La primera medida, ya discutida antes, fue la del requerimiento de que ciertas regiones fueran excluidas de la práctica de cualquier agricultura que no fuera la del cultivo de productos alimentarios. Este enfoque, no obstante, resultó fallido debido a que los cultivadores se mostraron reacios a cumplir y porque ellos pudieron controlar la oferta y, por lo tanto, elevar los precios. La segunda proposición, fue la de exigir a los plantadores azucareros y labradores de caña sembrar suficiente mandioca para poder mantener a su propia fuerza de trabajo esclava. En el Brasil holandés, el conde Mauricio de Nassau impuso esta ley en 1640. En 1688, en Bahía, a propuesta de la cámara de Salvador, se promulgó una ley similar, por la que se exigía a cada señor de ingenio y labrador de caña sembrar 500 covas de mandioca por esclavo. En 1701 se tomaron nuevas medidas. Se prohibió que el ganado (excepto el necesario para los agricultores) pastara a menos de 80 km de la costa, como también que cualquier agricultor, con menos de seis esclavos, cultivara caña de azúcar, prohibición que comportó acaloradas quejas de los pequeños agricultores de caña de azúcar de Río de Janeiro. Detrás de estas medidas había la idea de que un tercio de la mandioca producida alimentaría a los cultivadores y sus esclavos, mientras el resto llegaría al mercado. Finalmente, se exigió también a los comerciantes del comercio con Mina mantener campos de mandioca para satisfacer sus propias necesidades. Esta última disposición provocó tensiones considerables entre los comerciantes de Salvador, quienes argumentaban que las funciones de los comerciantes y las de los agricultores de mandioca eran incompatibles, y el senado da cámara (consejo municipal), cansado ya de los precios elevados y de las escaseces constantes.

Una última respuesta, en relación al problema del abastecimiento alimentario, merece ser mencionada. Los plantadores azucareros del Caribe llamaron “sistema brasileño” al método por el cual los plantadores permitían a los esclavos mantener sus propios terrenos para cultivar su propio sustento alimentario y, algunas veces, comercializar el excedente en las ferias locales. Si bien este sistema fue relatado en varios lugares y normalmente dio lugar a que los viajeros en Brasil hicieran observaciones al respecto, no está claro en qué grado dicho sistema fue practicado. En 1687, en Bahía, se informó que “había muchos ingenios que no tenían sus propios terrenos para sembrar mandioca ... los propietarios que los poseen, normalmente los arriendan”.²⁹ Se ha sugerido que el sistema de terrenos para esclavos fue una “ruptura campesina” del esclavismo brasileño. Hay pruebas de que los esclavos persiguieron el privilegio de mantener una roza. Desde el punto de vista de los plantadores, el sistema trasladaba la responsabilidad del sustento a los esclavos mismos. Además, esto podía dar beneficios directos a la administración de la finca. Se instruyó a los supervisores de la Fazenda Saubara para que permitieran a los esclavos y gente pobre sembrar sus rozas en los matorrales, pero nunca en el mismo lugar durante más de un año; de este modo, continuamente serían aclaradas nuevas tierras para pastos.³⁰

²⁹ PA, Bahía, caja 15 (9 de agosto de 1687).

³⁰ *Regimento que ha de seguir o feitor de Fazenda Saubara*, Arquivo da Santa Casa de Misericórdia da Bahía (Salvador) [ASCMB], B, 3a, 213. Saubara fue una parroquia productora de mandioca en el Recôncavo. Esta hacienda, trabajada por esclavos, producía mandioca para el hospital de Misericórdia de Salvador.

En el Ingenio Santana, en Ilhéus, se compraba mandioca a los esclavos en un 20 por 100 inferior de lo que se pagaba a los hombres libres. No obstante, las lamentaciones de escasez y hambre indican que los terrenos de esclavos eran inadecuados como medio de procurar alimento. Como anotó Antonil, para los esclavos de muchos ingenios cercanos al mar y a los ríos, “el marisco era su salvación”.

Periferias del norte y del sur

En los extremos septentrional y meridional de la colonización portuguesa, a lo largo del litoral brasileño, los asentamientos tomaron formas que se diferenciaron considerablemente de las zonas de plantación de la húmeda costa occidental norteña. A lo largo del siglo XVII, São Vicente, en el sur, y Maranhão-Pará en el norte, fueron zonas periféricas que carecieron de población europea de cualquier tipo, y estuvieron integradas sólo marginalmente con la economía exportadora del resto de la colonia. La geografía, el clima, las dificultades de comunicación y la naturaleza y distribución de las poblaciones indígenas, impulsaron a estas regiones hacia trayectorias económicas y sociales distintas. A pesar de que el lejano norte y el lejano sur eran diferentes en muchos sentidos, ambos eran fronteras pobres, con pocos hombres blancos, menos mujeres blancas, escasa riqueza y casi ningún esclavo negro. En estas zonas se reprodujeron las instituciones portuguesas, pero éstas existieron de forma atenuada. Desde el punto de vista cultural y étnico, ambas regiones fueron marcadamente de carácter indio. Se desarrolló una población mestiza relativamente grande, y en São Vicente y en Maranhão-Pará la explotación de los recursos del sertão y de la población indígena se convirtieron en un medio de vida.³¹

Los extremos meridionales

Los orígenes de São Vicente y sus áreas vecinas hacia el sur fueron muy parecidos a las de otras capitanías. A principios del siglo XVI, los viajeros españoles y portugueses habían navegado a lo largo de la costa meridional. Unos cuantos naufragos se instalaron entre la población indígena y se establecieron unos cuantos lugares pequeños de desembarco. São Vicente fue concedido a Martim Afonso de Sousa, en 1533, y la capitanía, en un principio, se concentró en el puerto del cual tomó su nombre, pero durante las dos décadas posteriores se establecieron otros asentamientos. São Vicente demostró ser inadecuado como puerto y fue reemplazado, en importancia, por Santos, pueblo fundado, en 1545, por Bras Cubas, un enérgico y rico funcionario real. Los ingenios azucareros se establecieron a lo largo de la costa húmeda, detrás de esos pequeños asentamientos costeros. El más famoso de todos fue construido inicialmente por Martim Afonso, pero con el tiempo fue a parar a manos de la familia Schetz, de Amberes. El azúcar se producía para la exportación, pero la distancia adicional a Europa y la ausencia de tierras adecuadas colocó a São Vicente en una situación desventajosa con respecto a la competencia de Pernambuco y Bahía. No obstante, estos asentamientos costeros parecieron más bien reproducciones pobres de los de más al norte.

El futuro de estas capitanías meridionales, sin embargo, no dependió de los puertos. Detrás de la franja costera, se levanta la Serra do Mar, cuyas alturas abruptas llegan a 800 m. Más allá se extiende la meseta formada por el Tietê y otros ríos, cuyas arboladas colinas, el clima templado y la población india relativamente densa, atrajeron a los europeos. En Santo André da Borda do Campo se desarrolló un pequeño asentamiento, pero pronto São Paulo de Piritininga, poblado creado por los jesuitas entre los indios de la meseta, lo sobrepasó en importancia. Los dos asentamientos fueron unidos, en 1560, y el año siguiente São Paulo alcanzó la categoría de *vila*. Durante las dos décadas posteriores, los jesuitas continuaron jugando un papel importante en la pacificación de los grupos indígenas locales, y hacia los años de 1570, la existencia de São Paulo estaba afianzada. Al estar São Paulo, por mediación de la Serra do Mar, separada de la costa, los 80 km existentes entre São

³¹ Para una discusión adicional sobre las periferias norteñas y sureñas, véase Hemming, *HALC*, IV, capítulo 7.

Paulo y Santos, sólo podían ser recorridos a través de senderos, y las mercancías tenían que ser transportadas a las espaldas de los porteadores. São Paulo se convirtió en un lugar de control y contacto con la población indígena del interior, sirviendo ambos de base adelantada contra los hostiles tamoio del norte, y los carijó del sur, y como suministrador de indios cautivos para los ingenios de la costa.

Hacia fines del siglo XVI, los asentamientos costeros de São Vicente estaban en declive, pero en la meseta las características sociales y económicas de São Paulo de la centuria posterior estaban bastante establecidas. A pesar de los comentarios de los observadores jesuitas, quienes pensaban que dicha población y sus regiones se asemejaban considerablemente a Portugal, São Paulo no llegó a ser una comunidad campesina de estilo ibérico. Desde los inicios, los portugueses vivieron en un mar de indios, puesto que los misioneros jesuitas y las expediciones militares dominaron a las tribus de las proximidades inmediatas.

La comunidad era pobre y modesta. En 1600, el pueblo tenía menos de 2.000 habitantes. El trabajo en las casas y fincas de los portugueses se cubrió con indios cautivos y semicautivos. Pocas mujeres portuguesas fueron atraídas hacia esta zona, y las uniones ilegales entre los hombres portugueses y las mujeres indias fueron comunes, resultando de esta unión un número elevado de *mamelucos* (término local equivalente a mestizo). Bien entrado el siglo XVII, en los testamentos de los "paulistas" (residentes de São Paulo) figuraban esclavos indios, y a pesar de la legislación antiesclavista, iniciada en 1570, siempre se hallaban escapatorias. Muchos indios, que eran legalmente libres, pero mantenidos en forma de tutelaje temporal como *forros o administrados*, también aparecen en los testamentos considerados como cualquier otra propiedad. A los indios se los usó como sirvientes y como mano de obra, pero también como aliados, vinculados a los portugueses mediante uniones informales y lazos de parentesco resultantes de éstas.

Los indios también sirvieron como recurso principal en la capitanía. Los portugueses de São Paulo medían su riqueza mediante el número de esclavos y partidarios a los que ellos podían recurrir. Una descripción común para los ciudadanos más prominentes de la meseta fue la de "rico en arqueros". Sobre un personaje fronterizo, Manoel Preto, se señala que poseía casi 1.000 arqueros en su finca y, si bien tal cantidad seguramente era una excepción, unidades de cientos no estaban fuera de lo común. A pesar de que las distinciones jerárquicas de noble y plebeyo fueron transferidas de Portugal, la pobreza general de la región, su pequeña población europea y la necesidad de cooperación militar en contra de las tribus hostiles, tendieron a nivelar las diferencias sociales entre los europeos, que incluían a un número relativamente grande de españoles, italianos y alemanes. Al principio de la historia de São Vicente se hacía poca distinción entre *mamelucos* y portugueses, ya que los primeros estuvieron dispuestos a vivir según lo que estaba aceptado por las normas europeas.

En realidad, la fusión cultural tuvo un gran alcance. La cultura material indígena -herramientas, armas, artesanías, alimentos y prácticas agrícolas-, fue ampliamente adoptada y usada por los portugueses. Los paulistas, a menudo, llegaron a ser igual de habilidosos con el arco que con las armas de fuego. La principal lengua indígena, el tupí, se habló en todos los niveles de la sociedad hasta bien entrado el siglo XVIII. Los portugueses, rodeados de criados, esclavos, aliados y concubinas indígenas, hablaron dicha lengua según el grado de conveniencia y necesidad, y algunos paulistas llegaron a tener más soltura en la lengua indígena que con su nativo portugués. Las formas e instituciones portuguesas estuvieron siempre presentes, especialmente, en cuestiones de gobierno y religión, aunque limitadas por la pobreza, por la escasa población europea y el relativo aislamiento de la región, lejos de los centros de control colonial y metropolitano.

São Paulo, a lo largo del siglo XVI y gran parte del XVII, permaneció pequeño y pobre. Las familias más importantes vivían en sus haciendas y, también, mantenían una segunda residencia en la ciudad o, simplemente, iban a ella para servir en el senado da câmara o participar en las procesiones religiosas. Las posesiones materiales eran escasas: un camisote o un mosquete eran altamente valorados y un par de botas o una cama de estilo europeo, un verdadero lujo. De manera frecuente, la economía local sufría por la escasez de circulante, y, en gran parte, el comercio se realizaba mediante trueque. Pero

hacia mitad de la centuria, la rusticidad, en cierto modo, ya había empezado a desaparecer de São Paulo. Los carmelitas, benedictinos y capuchinos de San Antonio construyeron iglesias, al lado de los jesuitas, cuyo colegio era uno de los edificios más importantes de la ciudad. Desde mediados de siglo, las voluntades y testamentos, también parecen reflejar menos pobreza que los anteriores. Los cultivos que introdujeron los europeos se desarrollaron bien en la meseta. La uva y el trigo se cultivaron junto a pequeñas cantidades de azúcar, el algodón y los vegetales. De la misma manera, el ganado también tuvo su propio desarrollo. Hacia 1614, en São Paulo, ya había un molino de harina en funcionamiento y, con el tiempo, se llegó a exportar harina, vino y mermelada a otras capitanías. En 1629, el comercio exterior de la ciudad se estimó en un tercio del de Río de Janeiro, aunque sólo en un cuadragésimo del de Bahía.³² Hacia mediados del siglo XVII, la capitanía de São Vicente dejó de estar aislada del resto de la colonia, aunque su función fue esencialmente la de suministradora de otras capitanías más estrechamente vinculadas con el sector de exportación.

El descenso de la población indígena local y los rumores en torno a la existencia de oro, plata y esmeraldas en el interior condujeron a los paulistas a desviar sus ambiciones hacia el sertão. El Tietê, el Paranaíba y otros ríos que fluyen hacia el oeste, hacia la cuenca del Paraná, eran vías naturales de penetración que conducían al interior. Alrededor de los años de 1580, las columnas móviles encabezadas por portugueses y mamelucos, pero integradas principalmente por indios aliados, se dirigieron hacia el oeste o hacia el sur a la caza de indios cautivos y búsqueda de riqueza mineral. Estas expediciones estaban organizadas en compañías cuasimilitares, denominadas bandeiras, y sus participantes, a menudo, pasaban meses o, incluso, años en el sertão, prefiriendo hacer esto, decía un gobernador, que no servir a otro un simple día. A veces São Paulo estaba medio desértico, debido a la ausencia de muchos hombres. Aquellos que se quedaban, frecuentemente actuaban como suministradores de artículos y armas, a cambio de obtener una participación en los indios capturados. El sertão y las bandeiras se convirtieron en un medio de vida. En campaña, el bagaje indígena de los paulistas fue incalculable, pues éstos vestían, hablaban y vivían, más o menos, igual que los indios que ellos dirigían, al igual también que aquellos a los que perseguían.

Si bien existe una extensa y, a veces, laudatoria literatura sobre los paulistas y sus bandeiras, los aspectos económicos de sus operaciones están pobremente documentados y, con frecuencia confusos. Los primeros escritores, tales como Alfredo Ellis y Afonso de Escagnolle Taunay, enfatizaban continuamente la pobreza y aislamiento de São Paulo, y les atribuían las causas de la entrada en el sertão. Sin embargo, incluso si aceptamos las descripciones de estos autores sobre el alcance y éxito de las bandeiras, nos encontramos ante algunos problemas incomprensibles en torno a la economía paulista. Los observadores jesuitas estimaron que sólo de las misiones de Paraguay fueron capturados más de 300.000 indios, para no mencionar los que se capturaron en el sertão. Aunque tales estimaciones pueden ser exageradas, otros observadores proporcionan también cifras elevadas. Lourenço de Mendoza, prelado de Río de Janeiro, afirmó que en la década anterior a 1638 se habían capturado entre 70.000 y 80.000 indios.³³ Según Taunay, hubo una gran ola migratoria de indios cautivos desde São Paulo³⁴ hacia los ingenios de Bahía y Pernambuco, pero hay poca documentación que apoye este punto de vista.

³² "Descripción de la provincia del Brasil" [1629J], en Mauro, *Le Brésil au XVIIe siècle*, pp. 167-191.

³³ *Memorial*, Biblioteca Nacional de Madrid, código 2369, fojas 296-301. Mendonça informó que de los 7.000 indios tomados cerca de Lagoa dos Patos en 1632, sólo 1.000 llegaron a São Paulo. Los altos índices de mortalidad pueden servir de explicación de lo que ocurría a los indios capturados, pero, al mismo tiempo, ello plantea la cuestión de cuál era la razón de los paulistas para continuar ocupados en tan arriesgada e incierta empresa.

³⁴ Para los argumentos contrarios al punto de vista tradicional, véase Jaime Cortesão, *Introdução à história das bandeiras*, 2 vols., Lisboa, 1964, vol. II, pp. 302-311, y C. R. Boxer, *Salvador de Sá and the struggle for Brazil and Angola, 1602-1686*, Londres, 1952, pp. 20-29; véase también el curioso apéndice en Roberto Simonsen, *História econômica do Brasil* (I5001820), São Paulo, 4.ª ed., 1962, pp. 245-246.

Más que el noreste, las que absorbieron la mayoría de los indios cautivos fueron, probablemente, Río de Janeiro y São Vicente. Como se muestra en el cuadro 1, en este período se estaba desarrollando la industria azucarera en Río, alcanzando, entre 1612 y 1629, un índice de crecimiento anual de un 8 por 100. La demanda de mano de obra era satisfecha, en cierta medida, por esclavos indios. Los esclavos eran transportados por mar desde São Paulo a Río, y, también, caminando por tierra. Todavía, en 1652, de un tercio a un cuarto de la fuerza de trabajo en los ingenios benedictinos de Río de Janeiro era indígena.³⁵

Bien podría ser que las *fazendas* fueran las principales consumidoras de mano de obra indígena. En la meseta se producía trigo, harina, algodón, uva, vino, maíz y ganado; algunos de estos productos se mandaban hacia otras capitanías o hacia el Río de la Plata. Un español, residente durante mucho tiempo en São Paulo, estimó que la producción de trigo, en 1636, fue de 120.000 alqueires, y también situó en 40.000 el número de esclavos indios en las haciendas paulistas.³⁶ Esta estimación parece estar apoyada por muchas referencias de Paes Leme, genealogista del siglo XVIII, quien a menudo hablaba de la existencia de grandes haciendas con centenares de indios en el siglo XVII. Dada la pequeña población de las capitanías, unidades de este tamaño sólo tenían sentido si éstas producían para otros mercados, al margen del local. De esta manera, São Vicente a través de la exportación de indios y de alimentos entró en contacto con el resto de la colonia. La mano de obra india y la esclavitud de los indios permanecieron como uno de los aspectos centrales de la economía paulista durante la mayor parte del siglo XVII, y un asunto de preocupación vital en la capitanía.

El aislamiento que había caracterizado a São Paulo a lo largo del siglo XVI, y que contribuyó a su formación cultural y social, empezó a cambiar a partir de 1600. Si bien São Paulo permaneció como una población relativamente pequeña, y nunca logró la riqueza de Salvador o de Olinda, hacia fines del siglo XVII existía ya una similitud razonable entre estos centros. São Paulo dominó la meseta y, cada vez más, fue rodeada por pequeños asentamientos, tales como Mogi das Cruzes (1611), Taubaté (1645) e Itu (1657), a resultas de la actividad bandeirante y de la expansión agrícola. En 1681, São Paulo pasó a ser la capital de la capitanía general, y en 1711, dos años después de la creación de la engrandecida capitanía de São Paulo y Minas de Ouro, alcanzó la categoría de ciudad.

Unas cuantas familias importantes dominaron la vida social y las instituciones municipales de São Paulo. Durante gran parte del siglo XVII, los clanes Pires y Camargo mantuvieron una lucha intermitente, que si bien en un principio tenía su origen en cuestiones de honor familiar, más tarde derivó hacia cuestiones políticas. El control real sobre la región era mínimo. En 1691, el gobernador general de Brasil escribió que los paulistas “no conocen ni Dios, ni ley, ni justicia”. Pocos años más tarde, éstos fueron descritos por otro funcionario de la corona como “profundamente dados a la libertad, de la que siempre han gozado desde la creación de su pueblo”.³⁷ En 1622, São Paulo fue llamada una “verdadera La Rochelle”, pero de hecho fue constante su lealtad a la corona portuguesa. En 1640, una facción proespañola intentó separar la capitanía del resto de Brasil, pero esta tentativa fue frustrada por la mayoría de la población y por la fidelidad de Amador Bueno, quien rechazó la oferta del liderato.

En el mismo período, cualquier injerencia que afectara directamente los intereses paulistas era duramente contestada. Los magistrados reales, quienes se inmiscuían en los “asuntos del sertão” (por ejemplo, cuestiones de indios) quedaban sujetos a amenazas o agresiones. En 1629, los jesuitas españoles, objetantes de las incursiones contra Guairá y Tape, obtuvieron del papa Urbano VIII la bula *Commissum nobis*, en la cual se reiteraba la prohibición contra la esclavitud de los indios, y específicamente mencionaba Brasil, Paraguay y el Río de la Plata. Este documento y la ley real de 1640 que lo acompañaba, causaron furor entre los principales consumidores y suministradores de mano de obra india. En Río de Janeiro hubo un amotinamiento y, en 1640, se expulsó físicamente a los jesuitas

³⁵ Arquivo Distrital de Brava, Congregação de São Bento 134 (1648-1652).

³⁶ Cortesão *Introdução*, vol. II, p. 305.

³⁷ Charles R. Boxer, *The Golden Age of Brazil, 1695-1750*, Berkeley y Los Ángeles, 1964, p. 34.

de Santos y São Paulo. A pesar de que, en 1653, se permitió el retorno de los jesuitas, la truculenta independencia de los paulistas hizo que la corona actuara cautelosamente en la capitania. No fue hasta la Guerra de las Emboadas en Minas Gerais (1708-1709), y la consiguiente derrota de los paulistas, que sus pretensiones quedaron sometidas y bajo control.

A pesar de que la corona a menudo consideraba las actitudes y peculiaridades de los paulistas como una molestia o un problema, ésta empezó, cada vez más, a invocar sus habilidades y experiencias para propósitos reales. Las expediciones, con frecuencia, estaban todavía organizadas en forma privada, pero la corona portuguesa y sus representantes en la colonia hallaron empleos precisos para los *bandeirantes*. La gran bandeira de Antonio Rapôso Tavares (1648-1652), que cruzó el Chaco, bordeó los Andes hacia el norte y siguió el sistema fluvial del interior del continente hasta salir a la desembocadura del Amazonas, por lo visto estaba comisionada por la corona y tuvo propósitos geopolíticos. En el árido sertão del noreste, especialmente al sur de Bahía, se encontraron otros empleos para los paulistas. Desde 1670 en adelante, se podían encontrar grupos de paulistas llevando estancias en sus propias tierras, esclavizando indios cuando podían, y deseaban ser empleados por el Estado. En los años de 1680, los paulistas y habitantes de Bahía fueron principalmente los responsables de abrir el área de Piauí a la colonización. El paulista Domingos Jorge Velho participó en la exploración de Piauí, y después se juntó con otro paulista, Matias Cardoso de Almeida, en la resistencia de una gran rebelión india, la *Guerra dos Bárbaros*, que estalló en Rio Grande do Norte y Ceará (1683-1713). La participación en estas acciones, respaldadas por el gobierno, era particularmente atractiva porque estaban consideradas “guerras justas”, y por consiguiente, los indios capturados podían ser legalmente vendidos como esclavos. Por ejemplo, los indios capturados durante la Guerra dos Bárbaros fueron vendidos en la ciudad de Natal.

La corona sacó crecientes beneficios en todas partes que usó la experiencia y belicosidad de los paulistas para propósitos estatales. El luchar contra los indios fue una empresa primordial, pero los paulistas también podían enfrentarse a otro tipo de amenazas que afectara a la seguridad interna. Después de años de guerra intermitente, fue el mismo Domingos Jorge Velho, quien, entre 1690 y 1695, encabezó la campaña final contra la comunidad esclava fugitiva de Palmares. En el lejano sur, las tradicionales actividades e intereses de los paulistas hicieron que los portugueses se preocuparan de impulsar el debate en torno a la frontera con la América española.

Tanto los paulistas como sus rivales tradicionales, los jesuitas españoles de Paraguay, estaban implicados en la exploración y colonización de las tierras situadas al sur de São Vicente. En los años de 1570 se informó de la existencia de oro cerca de Paranaguá, y aunque no se hubiera establecido ninguna población hasta 1649, dicha región ya era bien conocida durante esta época. Más hacia el sur, los jesuitas, por lo visto, esperaban extender sus misiones tape por todo el camino hacia el mar de Lagos dos Patos, pero las bandeiras de los años de 1630 forzaron su retirada. Los jesuitas volvieron después de 1682 y, entre esta fecha y 1706, establecieron siete misiones al este del río Uruguay, que pasó a ser el Rio Grande do Sul. El ganado que se introdujo en la región desde São Paulo y el que dejaron errante los jesuitas en las llanuras templadas, se multiplicó en grandes rebaños salvajes. Los pastos de la meseta de Santa Catarina se los conoció como la *vaqueria dos pinhais*, y los de Rio Grande do Sul y de la Banda Oriental como *vaquería do mar*. Hacia los años de 1730, en esta zona había cazadores portugueses de ganado, quienes explotaban dichos rebaños para obtener pieles. La creación, en 1680, del puesto fronterizo portugués en Colônia do Sacramento, en las riberas del Río de la Plata, fue una maniobra geopolítica y económica concebida para presentar las reivindicaciones de Portugal en esta zona, y para que sirviera como base del comercio con el Alto Perú y de circulación de la plata. La historia posterior del lejano sur fue la de completar la extensión del territorio que se situaba entre los pequeños asentamientos de Paraná y el puesto de Colônia. También fue la historia de la interacción de las acciones del gobierno y de las empresas privadas. En los años de 1680 se crearon asentamientos en Santa Catarina, siendo el más importante el de Laguna (1684), que fue colonizado por parejas paulistas y de las Azores, mandadas expresamente por la corona. Hacia 1730, el descubrimiento de oro en Minas

Gerais, dio lugar a una gran demanda de ganado del sur, y se abrió un camino, pasando por Curitiba y Sorocaba, por el cual se conducían las mulas y caballos destinados a las zonas mineras.

La primera penetración de los territorios de más al sur se llevó a cabo por diversas bandeiras, pero hacia los años de 1730 la realeza tenía interés en ocuparlas. En 1737 se fundó Rio Grande do São Pedro, y el año siguiente, éste y Santa Catarina se convirtieron en subcapitanías de Río de Janeiro. Hacia 1740, llegaron más parejas de las Azores para servir como colonos fronterizos. Entre 1747 y 1753 llegaron unas 4.000 parejas más, juntándose a los paulistas, quienes empezaban a instalarse en la región.

La sociedad en las regiones que se extendían al sur de São Paulo variaba, en cierto modo, de acuerdo a la actividad económica principal de cada una de ellas. La región del Paraná moderno--, coció sus colonos de Paranaguá y Curitiba, fue una extensión de São Paulo. La actividad minera inicial estuvo caracterizada por el uso de esclavos indios, y hacia la mitad del siglo XVIII se usaban negros en un número cada vez más elevado. Con el tiempo, las haciendas ganaderas que se desarrollaron en la región se basaron, también, en mano de obra esclava, como las tempranas sesmarias ponen en evidencia., La vida en el sur se organizó en torno a los puestos militares dispersos y a la explotación de rebaños de ganado. El caballo era un medio de vida esencial, al igual que el mate y la carne asada. Los pequeños asentamientos se desarrollaron alrededor de los fuertes militares o en los cruces de los ríos. En general, fue una sociedad pastoril simple, en la que el robo de ganado, el contrabando y la caza fueron las actividades principales.

El norte ecuatorial

La periferia septentrional, aunque separada de São Paulo y de las planicies de la frontera meridional por miles de kilómetros, y a pesar de su geografía y clima notablemente diferentes, el desarrollo de su sociedad y su economía mostraron muchos paralelismos con el extremo sur. En el norte, el fracaso en la creación de una economía de exportación adecuada, la escasez de población europea (especialmente, la ausencia de mujeres), la poca cantidad de esclavos negros, la actitud independiente del gobierno local, la fusión biológica y cultural de los europeos e indios, y, principalmente, el papel central de los indios en la vida de la región reprodujeron las modalidades del lejano sur.

A pesar de la creación de capitanías hereditarias en la costa septentrional del Brasil durante los años de 1530, éstas no fueron ocupadas por los portugueses, pues fueron los franceses los primeros que mostraron interés en la "costa esteoeste" del norte. Sin embargo, después de que un grupo de nobles franceses, encabezados por Sieur de la Ravardiére, hubieron establecido un asentamiento alrededor de un fuerte en la isla Maranhão, en 1612, los portugueses empezaron a tener interés en esta zona. Y después del abandono de São Luís, en 1615, los portugueses extendieron su control hacia el Amazonas, estableciendo Belém en 1616. Belém sirvió de base de operaciones para luchar contra los pequeños fuertes comerciales holandeses e irlandeses, ubicados en el bajo Amazonas, los cuales fueron destruidos por los portugueses. En 1621, la extensa región del Brasil septentrional se creó como un estado separado de Maranhão, con su propia administración y su propio gobernador, pasando São Luís a ser su primera capital, aunque después de los años de 1670, los gobernadores empezaron a pasar la mayor parte de su tiempo en Belém, que en 1737 se convertiría en la capital.

Debido a la escasez de recursos y de habitantes en el estado de Maranhão, la corona creó otra vez capitanías hereditarias, como medio de trasladar la responsabilidad colonizadora a manos privadas. Cumá, Caete y Cameté se crearon en los años de 1630, al igual que Cabo do Norte (actualmente Amapá), que en 1630 fue concedido a Bento Maciel Parente, un valeroso e intrépido cazador de indios que habitaba en el sertão. Por último, la isla Marajó (Ilha Grande de Joanes) se convirtió también en capitanía hereditaria.³⁸ Ninguna de estas concesiones resultaron tener un éxito particular y, con el tiempo, fueron abolidas. Hacia los años de 1680, el control efectivo de los portugueses quedaba limitado en torno a

³⁸ En 1685 se creó una sexta capitanía, Xingu, pero nunca llegó a ocuparse.

las zonas de alrededor de las ciudades de São Luís y Belém y a unos cuantos puestos ribereños, destinados a controlar la circulación de canoas y la esclavitud indígena. Probablemente, Gurupá fue el más importante de todos éstos, que sirvió como puesto de peaje y punto de control a unos 10 o 12 días de viaje Amazonas arriba desde Belém.

Al igual que São Vicente, en el norte la colonia estuvo orientada hacia el interior. Tanto Belém como São Paulo permanecieron simbólicamente en los extremos de la efectiva colonización. Ambas estaban ubicadas a la entrada de los grandes sistemas fluviales que facilitaban el movimiento hacia el interior y servían de base para continuas expediciones.

En el norte, los portugueses y sus hijos caboclos, acompañados por sus esclavos indios o trabajadores, organizaban expediciones o entradas río arriba en búsqueda de productos silvestres, como cacao y vainilla, a la vez que se dedicaban a la caza de indios, que podían “rescatar” de sus enemigos, para uso de los portugueses. La vida de estos sertanistas era difícil y peligrosa. A veces, sus expediciones a lo largo del río duraban meses. En el interior, los europeos adoptaron muchos aspectos y costumbres de la vida indígena. En este sentido, la hamaca, la canoa, la harina de mandioca y el conocimiento de la selva fueron adoptados de los indios, entre los cuales convivieron los portugueses. Una derivación del tupí se habló como lingua franca en el estado de Maranhão y permaneció como lengua dominante de esta zona hasta bien entrado el siglo XVIII. En la otra dirección, las influencias culturales estuvieron simbolizadas por el hacha de acero y la Iglesia católica, pero en el lejano norte, al igual que en el sur, el impacto indígena fue mucho mayor y duró más tiempo que en las zonas de plantación de la costa.

El carácter fronterizo del estado de Maranhão estuvo marcado por su escasa población europea. En 1637, el jesuita Luíz Figueira se lamentaba de la ausencia de mujeres europeas y censuró los pecados fruto de las uniones ilícitas con mujeres indias, en los mismos términos que lo habían hecho los jesuitas en Bahía y São Paulo casi un siglo antes. Ya en 1619, se realizaron intentos para enmendar esta situación mediante el envío de inmigrantes de las Azores a São Luís. Ya hemos visto como el método de mandar parejas casadas de inmigrantes de las islas atlánticas hacia las fronteras se empleó en el lejano sur, y éste se volvería a usar más adelante en la región amazónica. Sin embargo, a pesar de tales medidas, la población europea siguió siendo pequeña. En 1637, São Luís tenía sólo 230 ciudadanos y Belém 200. Hacia 1672, se pensaba que en todo el estado de Maranhão no había más de 800 habitantes europeos. No obstante, en el siglo XVIII, Belém empezaría a crecer. De 500 habitantes que tenía el estado de Maranhão en 1700, cincuenta años después alcanzó la cifra de 2.500. En esa misma época se calculó que la población total de Pará y Río Negro era de 40.000, incluyendo a los indios bajo control portugués.

Al igual que en el sur, el escaso número de europeos, el aislamiento físico de los centros de gobierno colonial, el alto porcentaje de indios en la población, combinado con las oportunidades económicas que ofrecía la explotación del sertão, crearon las condiciones por las cuales las instituciones portuguesas se vieron atenuadas y, en cambio, la cultura europea se impregnó profundamente de los elementos indígenas. En las dos ciudades se alojaron los altos funcionarios del gobierno, algunos comerciantes y, a veces, los establecimientos principales de las órdenes misioneras. Los colonos ricos residieron allí, a menudo combinando los intereses agrícolas con los de la financiación de expediciones hacia el interior, en búsqueda de esclavos. Normalmente, las “entradas” estaban dirigidas por europeos, pero los indios eran quienes remaban las canoas. En los diseminados fuertes y puestos fronterizos, que con el tiempo fueron estableciéndose río arriba, vivieron guarniciones de reclutas aislados. Los soldados, hombres de frontera y desertores se convirtieron en cunhamenas, engendrando niños mestizos y, de manera frecuente, permaneciendo como representantes de los misioneros o de las entradas patrocinadas por el gobierno.

El control real sobre la región fue tenue. Los colonos de Pará y Maranhão demostraron ser tan crueles e independientes como habían demostrado ser los paulistas. Los senados da câmara de Belém y São Luís forzaron a los gobernadores a comparecer ante ellos para explicar la política, hasta que la corona pusiera fin a tal práctica. Los funcionarios reales que favorecían los intereses de los colonos en cuestiones relacionadas con los impuestos o el uso de la mano de obra indígena fueron apoyados, pero aquellos que

defendían los esfuerzos de los jesuitas para limitar el uso de los indios recibieron una fuerte oposición. Curiosamente, António Vieira, el gran misionero jesuita, llamó a Maranhão La Rochelle de Brasil, el mismo término que se empleó para describir la resistencia de São Paulo hacia la autoridad real. Tal y como ocurrió en São Paulo, generalmente fueron las cuestiones relacionadas con el sertão (por ejemplo, indios) las que provocaron las reacciones más duras, por parte de los colonizadores. En dos ocasiones, los jesuitas fueron expulsados de las principales ciudades, y en los años de 1720 se lanzó una campaña de denigración y denuncia en contra de ellos, que a la larga contribuyó a su expulsión definitiva del Brasil. Algunas veces, los colonizadores encontraron un apoyo considerable de los gobernadores aunque ellos mismos eran violadores de las leyes contrarias a la esclavitud indígena. Este es el caso de Cristóvão da Costa Freire (1707-1718), o de Bernardo Perreira de Berredo (1718-1722), cuyos *Anais históricos* constituyen todavía la fuente documental más importante para la historia de la región. La virulencia que alcanzó la lucha entre los colonos y las órdenes misioneras, en el fondo tuvo sus raíces en la economía y en el papel central que desempeñó la mano de obra indígena dentro de ella.

Desde un principio, los portugueses intentaron crear, en el norte, una economía orientada hacia la exportación. Tanto la corona como los colonos trataron de impulsar, en las proximidades de Belém y São Luís, plantaciones azucareras como las que se habían desarrollado en Bahía o Pernambuco. Ya en 1620 se concedieron privilegios a aquellos que prometían construir ingenios en Maranhão.³⁹ De vez en cuando se producía algo de azúcar, especialmente cerca de São Luís, pero los serios problemas existentes, tales como la persistente escasez de artesanos y de técnicos, impidió el crecimiento de la industria, a pesar de los esfuerzos que se realizaron para atraer mano de obra cualificada. En 1723, el senado da cámara de Belém se quejaba de que sólo hubiera un herrero para atender los 20 ingenios existentes en el área, pero todavía más seria era la escasez crónica de mano de obra. Antes de 1682, la importación de africanos se realizaba de manera esporádica. Este mismo año se creó la Companhia de Comercio de Maranhão para suministrar esclavos en la región. Pero el fracaso de ésta para desempeñar tal función, junto con la mala administración y fijación de precios, contribuyó a la revuelta de los colonos de 1684, que también se dirigió contra los jesuitas. La corona sofocó la revuelta, pero alivió las restricciones en el uso de esclavos indios. Los colonos continuaron agitando en favor de la importación de africanos, y con un escaso capital privado local, la propia corona patrocinó una nueva compañía, la Companhia de Cacheu e Cabo Verde, para abastecer, al menos, 145 esclavos al año al estado de Maranhão. Este pequeño suministro de esclavos hizo poco para estimular la producción, y provocó nuevas demandas. Los colonizadores se quejaban de los precios elevados que se les cobraba, y los de Pará protestaban de que los barcos descargaran los mejores esclavos en São Luís. Probablemente, antes de 1750, solo unos pocos miles de africanos llegaban a alcanzar el norte de Brasil.

La producción azucarera sufrió también otro tipo de problemas. El transporte marítimo hacia el norte, a menudo, era irregular. En 1694, sólo un barco hizo escala en Belém. El azúcar, ya de por sí de calidad inferior al de Bahía, a menudo permanecía largo tiempo aguardando en los muelles, donde su valor todavía descendía a un nivel más bajo. Los propietarios de ingenios, tanto colonos como órdenes misioneras, pasaron cada vez más a producir ron para el consumo local, en lugar de azúcar para la exportación. A pesar de los intentos reales, en 1706, para frenar el proceso en torno a la destilación, la producción de ron continuó. Hacia 1750 había en el estado de Maranhão 31 ingenios y 120 *engenhocas* a pequeña escala.⁴⁰ Si bien algunas de estas propiedades realizaban grandes operaciones, como las de los jesuitas y las de los .carmelitas, la mayoría eran pequeñas unidades que producían ron para el consumo local.

También se desarrollaron otros cultivos comerciales. El algodón se extendió especialmente en Maranhão. Se usaba en todo el norte para la producción doméstica de tejidos y, también, circulaba ampliamente en forma de moneda, pero en cambio no figuró

³⁹ AHU, códice 32, fojas 58-60.

⁴⁰ *Relatório* del oidor João António da Cruz Denis Pinheiro (1751), impreso en J. Lucio de Azevedo, *Os jesuitas no Grão-Pará*, Coimbra, 2.a ed., 1930, pp. 410-416.

como artículo de exportación importante hasta fines del siglo XVIII. Se realizaron diversas tentativas para el fomento de otros cultivos. Se introdujeron, o fueron patrocinados por la corona, el café y el índigo, aunque con escaso éxito. Enfrentados con el fracaso general para desarrollar cualquier cultivo de exportación, los colonos fueron dependiendo, cada vez más, de los productos del bosque, tales como vainilla, zarzaparrilla y cochinilla, que podían ser colocados en los mercados europeos. Pero de todos estos productos, denominados drogas do sertão, ninguno fue tan importante como el cacao.

Entre 1678 y 1681, la corona intentó, con poco éxito, estimular la producción de cacao, ofreciendo a los productores exención de impuestos y otro tipo de ventajas. Los colonos preferían mandar a los indios hacia la selva amazónica en busca del cacao, en lugar de cultivar la variedad domesticada más dulce. El cacao crecía de manera silvestre por toda la región y requería poco capital para su recolección. Las tropas de canoas, remadas por indios, circulaban río arriba, establecían bases temporales para el tiempo que duraba la recolección del fruto y, después de unos seis meses, regresaban río abajo a Belém. La desertión, los ataques indios y la carencia de oportunidades obstaculizaron el comercio del cacao. Sin embargo, en la medida que, poco a poco, en España e Italia se iban desarrollando mercados para el cacao del Amazonas, el comercio se fue incrementando. A mitad de la década de 1720 se concedieron unas 100 licencias a canoas para la recolección del cacao, elevándose a 250 en 1730, y a 320 en 1736. Durante este período de apertura, antes de 1755, aunque la explotación necesitaba ser autorizada, el cacao fue el producto de exportación principal de Pará. Entre 1730 y 1744, éste constituía sobre un 90 por 100 de las exportaciones de la capitania. Entre 1730 y 1755 se exportaron unas 16.000 tm de cacao de la región amazónica, representando, a la vez, el elemento de atracción más importante para los barcos que hacían escala en Belém. A veces, el cacao del Amazonas llegaba a alcanzar en el mercado de Lisboa precios más elevados que los del azúcar de Bahía, pero después de 1745 las exportaciones pasaron a ser cada vez más irregulares, a causa de la escasez de mano de obra, insuficiencia de envíos y caída de los precios del cacao.

El fracaso en desarrollar un cultivo de exportación seguro durante la mayor parte del siglo XVIII muestra la pobreza del norte. Los colonos estaban en déficit. El diezmo recaudado en Maranhão normalmente no lograba cubrir los costos del gobierno, y lo mismo ocurría en Pará hasta 1712. Las licencias del gobierno y el diezmo recaudado sobre los productos silvestres constituían las principales fuentes de ingreso gubernamentales. Belém y São Luís fueron poblaciones pobres. Al igual que en São Paulo, los productos de importación eran una rareza, y la población dependía de los bastos artículos fabricados en la localidad. El capital disponible para la inversión era reducido, y a ello hay que añadir la escasez crónica de circulante. Hasta 1748, cuando Lisboa acuñó moneda, específicamente para Maranhão-Pará, la mayoría de las transacciones se realizaban a través del trueque o usando ropa de algodón o cacao como medios de intercambio. La moneda que había circulaba al doble de su valor, y los artículos que se usaban para el intercambio, a menudo se daban en un tipo de intercambio oficial diferente al de su valor de mercado, dificultando así los negocios.

En el fondo, los indios fueron la clave del desarrollo en el norte. La corona, los colonos y las órdenes misioneras trataron por varias razones y bajo distintos pretextos, someter a los indios bajo el control de los europeos. Casi desde los inicios de la colonización del norte, esta cuestión llevó a los colonos a enfrentarse, a entrar en conflicto directo con las órdenes religiosas, especialmente con los jesuitas, y, también de manera frecuente, con la corona y sus representantes.

El norte de Brasil se convirtió en un gran campo de misión. Ya en 1617, los franciscanos se establecieron en Pará, pero hacia los años de 1640, los jesuitas desplazaron a los franciscanos como la principal orden misionera del norte. Con la llegada, en 1653, del notable y enérgico padre António Vieira como provincial, se intensificaron los intentos jesuitas de proteger a los indios y someterlos bajo su control. Vieira usó el poder del púlpito y de la pluma para condenar los continuos abusos que se cometían contra los indios en Maranhão y Para, y su defensa finalmente influyó en la nueva ley de 1655 contra la esclavitud de los indios. Esta legislación siguió los trazos de las leyes anteriores de 1570, 1595 y 1609, antes mencionadas, pero ésta dejó cabos sueltos que permitieron

expediciones de defensa en contra de los indios hostiles y autorizó a aquellos que “rescataban” indios a exigir a éstos cinco años de servicio personal, después de los cuales los indios pasarían a formar parte de la reserva general de mano de obra libre. En realidad, la ley fue un compromiso. La corona se mostró sensible a los argumentos de los jesuitas, pero, por otro lado, no estaba dispuesta a eliminar del todo el acceso de los colonos a la mano de obra indígena, debido a los disturbios que ello provocaría, y porque ella misma había empezado, en 1649, a recaudar impuestos sobre todos los esclavos traídos del interior. A los jesuitas, por otra parte, se les dio rienda suelta para reducir indios del interior, mediante métodos pacíficos, y establecerlos en poblados de misión, donde proporcionarían una reserva de mano de obra al servicio de los colonos.

La ley de 1655 contribuyó más bien poco a eliminar el tráfico de indios esclavos, y los jesuitas pronto se dieron cuenta que reducir a los indios a través de la persuasión pacífica no era una tarea fácil. Además, las limitaciones impuestas por la ley dieron lugar a continuas quejas de los colonizadores contra los jesuitas, quienes fueron expulsados de São Luís y Belém en 1661-1662, a resultas de su política indígena. La ley de 1680, la cual prohibió todo tipo de esclavitud indígena e incrementó el control de los jesuitas sobre los aborígenes y la mano de obra indígena, provocó incluso reacciones más virulentas por parte de los colonos, contribuyendo a la expulsión de la Compañía de Jesús de Maranhão en 1684. Los jesuitas no tardarían en ser reintegrados, mediante el apoyo real y la promulgación de una nueva ordenanza, el *Regimiento das Missões* de 1686, destinada a regular los asuntos indígenas, a la vez que concedía a las órdenes misioneras poderes aún más amplios. Sin embargo, dos años más tarde, otra ley también disponía que las *tropas de resgate* (tropas de rescate), patrocinadas por el gobierno, pudieran capturar indios y distribuirlos como esclavos entre los colonizadores. Bajo esta disposición, los jesuitas acompañaron a cada tropa, para garantizar el cumplimiento de las normas relativas a la esclavitud. La *Junta das Missões*, integrada por representantes de las órdenes misioneras y jueces reales, se reunía periódicamente en Belém, para decidir si los indios capturados por las tropas, patrocinadas por el gobierno, habían sido hechos siguiendo las limitaciones que imponía la ley. Aunque los jesuitas se mostraron reacios a cooperar con este método de esclavitud legalizada, eran suficientemente astutos como para darse cuenta de la necesidad de adoptar algún tipo de compromiso. La legislación de 1686-1688 fijó la reglamentación básica gubernamental de las relaciones portuguesas-indias hasta mediados de la centuria posterior.

Por consiguiente, el estado de Maranhão dependió de una variedad de formas de mano de obra indígena, basadas todas, en grado mayor o menor, en la coerción. Los indios esclavos, adquiridos legalmente o ilegalmente, se usaron en todas partes, y se les podía encontrar en la casa de los gobernadores, en las plantaciones de los jesuitas y en las haciendas de los colonos. Además, los indios “rescatados” y aquellos que llegaban por su propia voluntad eran alojados en las aldeas (poblados indígenas) bajo el control de los misioneros. Hacia 1730, los jesuitas tenían alrededor de 21.000 indios distribuidos en las aldeas de misión, y los franciscanos controlaban otros 26 poblados. Se ha estimado que hacia los años cuarenta del siglo XVIII había 50.000 indios viviendo bajo el control de los misioneros. Los poblados indígenas eran de distinto tipo. Los había que estaban cerca de los centros de la población portuguesa, suministrando mano de obra, bajo contrato, a los colonos. Existían unos cuantos que eran de la corona, usados exclusivamente por el gobierno para proveer remadores de canoas, o trabajadores para las salinas. Las órdenes misioneras estaban también autorizadas para el uso exclusivo de algunos poblados para el mantenimiento de sus establecimientos. En el lejano interior estaban los poblados indígenas fronterizos, a cuya mano de obra sólo se recurría cuando pasaba la tropa de rescate.

El éxito de las aldeas y la interferencia de los misioneros, en lo referente al acceso de los colonos a la mano de obra indígena, junto con las actividades económicas de las órdenes religiosas, fueron los aspectos que provocaron las quejas más virulentas de los colonizadores. Como siempre, los jesuitas fueron el blanco principal. En el norte, la Compañía de Jesús había adquirido y desarrollado extensas propiedades: plantaciones de azúcar, cacao y algodón, y estancias ganaderas en la isla Marajó. A la vez, introdujeron en el interior de la región nuevos cultivos, y fueron muy activos en la recolección de las drogas do sertão. En 1734, un tercio del cacao silvestre, registrado en el puesto aduanero de

Gurupea, pertenecía a los jesuitas. Aunque los mercedarios y los carmelitas también poseyeron grandes propiedades, fueron los jesuitas los que siempre formularon las críticas más encarnizadas, posiblemente por su desacuerdo en torno a la cuestión de la esclavitud indígena: Su gran crítico fue Paulo de Silva Nunes, un partidario del gobernador Costa Freire, que ocupó varios cargos de segunda categoría en la colonia y, más tarde, pasaría a ser el representante oficial de los colonos en Lisboa. Las enfurecidas peticiones que realizó Silva Nunes condujeron a una investigación real en 1734, la cual exoneró a los jesuitas, pero el hecho de la investigación en sí indica una rigidez de la política real hacia las órdenes religiosas, que a la larga conduciría a la expulsión de los jesuitas y a la secularización de las misiones.

Se debería tener en consideración que, desde la perspectiva indígena, el problema no era de trabajo, sino de supervivencia. Las demandas hechas por los portugueses y el mal trato que éstos dieron a los indígenas, a la larga tuvieron su propio coste. Periódicamente, las epidemias diezmaron a la población india. En 1662 y 1644 hubo epidemias de viruela y, posteriormente, en 1662, un brote epidémico por toda la región. En la centuria siguiente no aliviaron las enfermedades, extendiéndose una vez más la viruela, en 1724, y una devastadora epidemia de sarampión en los años cuarenta. Cada brote era seguido por una disminución de la mano de obra, llevando ello a una renovación de la esclavitud. Las regiones se despoblaron como consecuencia de las enfermedades o se quedaban sin esclavos. A medida que los portugueses penetraban en la región de los ríos Negro, Japura y Solimões, encontraban cada vez más difícil canjear cautivos, debido a que las tribus ribereñas ya disponían de herramientas y armas de acero, adquiridas a través del comercio con grupos en contacto con los holandeses del bajo Essequibo. Frente a esta situación, las tropas de rescate dependieron, cada vez más, de la fuerza directa.

La parte noroeste de la Amazonia fue explorada a fines del siglo XVII. En la última década del mismo se estableció un pequeño fuerte cerca de Manaus, en la desembocadura del río Negro y, después de 1700, la esclavitud pasó a ser común en la zona de los ríos Negro y Solimões. La respuesta a tales actividades fue la resistencia llevada a cabo por el populoso grupo mamo, derrotado, en los años de 1720, tras una serie de campañas punitivas, siendo los supervivientes vendidos como esclavos en Belém. La región fue concedida a los carmelitas como tierra de misión. Si bien ellos fundaron algunas misiones, sus esfuerzos a menudo se concentraron más hacia la obtención de ganancias económicas, que hacia el cuidado espiritual de los indígenas. Finalmente, en esta lejana frontera, al igual que en el sur, los intereses de Portugal entraron en conflicto directo con los de España. Empezando en 1682, el jesuita Samuel Fritz, nacido en Bohemia, saliéndose de la provincia española de Quito, estableció misiones entre los omagua, a lo largo del río Solimões. Finalmente, después de algunas maniobras diplomáticas y alguna que otra lucha, se obligó a los jesuitas españoles a retirarse de la región. En 1755, el noroeste de la Amazonia pasó a ser una capitanía independiente, Rio Negro, estableciéndose la autoridad portuguesa más allá de la línea del Tratado de Tordesillas.

En resumen, los extremos meridionales y septentrionales de la América portuguesa parecieron rezagarse de los centros de colonización. La vida e intereses de Belém y São Paulo, en 1680, eran muy semejantes a los de Salvador u Olinda en 1600, en cuanto al papel de los misioneros, acceso a la mano de obra indígena y aprovechamiento del tráfico atlántico de esclavos. Las relativas proporciones raciales de la población -pequeño número de blancos, pocos africanos, muchos mestizos y elevado porcentaje de indios en ambas periferias recordaban también las primeras épocas de las zonas de plantación de la costa. Sin embargo, las diferencias no fueron cronológicas, sino estructurales. Éstas estaban relacionadas con la manera en que ambas periferias se integraron dentro de la economía exportadora de la colonia. São Paulo, primero empezó a crecer suministrando mano de obra y productos alimenticios a otras capitanías. Luego, con el desarrollo de la minería en la capitanía, especialmente después de 1700, la dinámica anterior empezó a cambiar. En la medida que fue introduciéndose en el suministro y explotación de las minas, São Paulo pasó a parecerse, cada vez más, a las capitanías del noreste. En la Amazonia, la transformación fue mucho más lenta. El fracaso en desarrollar un cultivo de exportación fue la razón

principal. A pesar de que en los años treinta del siglo XVIII, el cacao y otros productos del bosque encontraban alguna salida, no fue hasta después de 1755, con la intervención del Estado en la economía y en la sociedad, que la periferia norteña se integraría también dentro del sistema comercial atlántico.

La organización urbana

Las ciudades brasileñas situadas en las zonas dedicadas a la agricultura de plantación, al igual que las ubicadas en las extremidades de la colonización portuguesa, fueron esencialmente una creación de la economía de exportación. Todos los centros principales eran puertos que servían de nexo para los intercambios comerciales de productos brasileños con productos manufacturados, para los inmigrantes y esclavos que llegaban procedentes de Europa y de África. Existían pocas poblaciones de carácter secundario, las cuales generalmente eran pequeños asentamientos agrícolas, situados en zonas ribereñas o en puertos de poca importancia, que estaban vinculados con los centros marítimos a través del cabotaje costero. En el noreste, los pueblos secundarios eran escasos y tuvieron un desarrollo lento, a causa de la atracción que ejercían los ingenios. Tanto los habitantes como los recursos económicos tendían a concentrarse alrededor de las plantaciones azucareras, de manera que, durante la zafra, el ingenio, con sus centenares de trabajadores, sus artesanos, la capilla y, a veces, hasta el cura que vivía en el ingenio, desempeñaba las funciones y servicios que caracteriza la vida de un pueblo. La ausencia de pequeños pueblos campesinos al estilo portugués fue notable, pero en el contexto de una economía de plantación de base esclava, éstos hubieran tenido poco sentido. Sólo São Paulo y los pueblos de la meseta se desarrollaron como asentamientos interiores relativamente al margen de la orientación exportadora del resto de la colonia. Por supuesto, estas colonizaciones fueron pequeñas y de importancia secundaria durante la mayor parte de este período, y claramente eclipsadas por Olinda y Recife, Salvador y Río de Janeiro.

Entre 1532 y 1650 se establecieron en Brasil 6 ciudades y 31 pueblos o vilas. Las primeras colonizaciones se concentraron a lo largo de la costa, entre Olinda y Santos, pero a partir de 1580, con la ampliación de la colonia hacia el norte, hubo una nueva ola de colonizaciones, fundándose Natal (1599), São Luís (1615) y Belém (1616). Una vez más, todas estas ciudades eran puertos, y no fue hasta la segunda parte del siglo XVIII, con la apertura de Minas Gerais, que la red urbana empezó a ampliarse hacia el interior. De hecho, se podría defender la interpretación de que en Brasil no existió una red de ciudades estrechamente conectadas, sino más bien un archipiélago de puertos, cada uno rodeado por una zona agrícola propia, y más vinculadas con Lisboa que entre ellas mismas. Esta situación fue el resultado de una economía centrada en la exportación y de la estructura del Imperio portugués que trató de mantener a cada capitania directamente dependiente de la metrópoli. Al estar las ciudades brasileñas situadas en la costa, los aspectos relacionados con su fortificación y defensa exigieron atención y gastos constantes. Los traficantes holandeses e ingleses atacaron con frecuencia los puertos brasileños durante el período 1580-1620 y, a partir de 1620, estas ciudades fueron vulnerables al asedio a causa de conflictos más amplios, como fue el caso de los holandeses al ocupar Salvador en 1624, o cuando los franceses atacaron Río de Janeiro en 1710.

En comparación con el prototipo de las ciudades europeas de la época, las de Brasil eran pequeñas y poco imponentes. La población de Salvador, la más grande, pasó de 14.000 habitantes en 1585, a 25.000 en 1724, y hacia 1750 llegó a casi 40.000. Aproximadamente la mitad de sus habitantes eran esclavos. Olinda, la capital de Pernambuco, tenía una población de cerca de 4.000 habitantes en 1630, pero sólo 8.000 en 1654. Su puerto, Recife, no tomó forma propia como centro urbano hasta que los holandeses lo tomaron como capital. Las ciudades del norte eran aún más pequeñas. En los años sesenta del siglo XVII, en São Luís había solamente 600 moradores (habitantes blancos), y en Belém solamente 400. Río de Janeiro mantuvo una población pequeña durante todo el siglo XVII, creciendo a 40.000 habitantes a mediados del siglo XVIII, después de la apertura de Minas Gerais. Estas ciudades cumplían la función de centros civiles y eclesiásticos. El gobernador-general y el tribunal supremo ejercían en Salvador, que

a partir de 1676 se convertiría en la sede del arzobispado. En la ciudad-capital de cada capitanía residían el gobernador, el presidente del tribunal y los principales cargos de la justicia. Al ser ciudades exportadoras, navieras, portuarias y de almacenaje, ciudades de estibadores y marineros y de comercio de esclavos, los puertos brasileños adquirieron una cierta semejanza de organización, surgida de la necesidad y de la función que desempeñaban. El comercio se concentraba cerca de los muelles y almacenes, donde se acumulaban, pesaban y tasaban el azúcar, el tabaco y las pieles. Los residentes adinerados, plantadores o comerciantes, intentaban apartarse del mundo de los puertos. Por lo tanto, existió una separación entre los muelles y las zonas residenciales. Salvador estaba configurado por una zona alta de la ciudad, donde se ubicaban los edificios del gobierno y las casas; y una zona baja, destinada al comercio. En Pernambuco, el puerto estaba situado en Recife, a unos cuantos kilómetros de Olinda. Para los edificios públicos e iglesias, que generalmente eran las mejores construcciones de una ciudad, se preferían las tierras altas. En los años setenta, y ochenta del siglo XVII, las embarcaciones transportaron piedra cortada y baldosas, como lastre, y hacia 1600 con este material se construyeron impresionantes edificios civiles y religiosos en las ciudades importantes. A mediados del siglo XVII, muchos de estos edificios fueron renovados, reemplazados o mejorados. Las universidades jesuitas, construidas en las ciudades principales a fines del siglo XVI, estuvieron entre los edificios más importantes, al igual que las iglesias y monasterios franciscanos. Las iglesias definían los barrios de las ciudades, porque las parroquias eran a la vez el núcleo de la vecindad y de las cuestiones civiles y religiosas.

Una característica que distinguía a las ciudades de Brasil de esta época era la ausencia de los ciudadanos más ricos y prominentes durante la mayor parte del año. Los plantadores azucareros y los estancieros mantenían residencias urbanas, pero pasaban mucho tiempo en sus fincas. A veces se ha dado mucha importancia al “predominio rural” de la vida social y económica brasileña. Si bien ello es cierto, da lugar, no obstante, a una interpretación errónea. La ciudad y la plantación, o el puerto y sus inmediaciones, no fueron polos opuestos, sino parte de una continuidad integrada. Existió una reciprocidad continua entre la ciudad y el campo, que fue facilitada por el hecho de que la gran mayoría de la población rural vivía a pocos días de distancia de las ciudades costeras.

Las ciudades nacieron bajo una diversidad de condiciones políticas. Donde los donatarios originales eran débiles, los intereses particulares no constreñían mucho a los organismos municipales. Sin embargo, en Pernambuco, la familia Albuquerque Coelho ejerció su autoridad hasta bien entrado el siglo XVII, mientras en Río de Janeiro, los intereses del clan Correa de Sá dominaron hacia los años de 1660. En Salvador, la presencia de los funcionarios de la corona más importantes que ejercían en la colonia, también limitaba el poder político de los organismos municipales en cuestiones locales. En los pueblos más pequeños y más aislados, existieron menos obstáculos, y los grupos económicos localmente dominantes solían abogar por sus propios intereses sin reservas, expresándose a través de los organismos municipales.

La vida política se centraba en el senado da câmara; que normalmente se componía de tres consejeros, uno o dos jueces municipales y el abogado de oficio. A los miembros del senado, con derecho a voto, se los escogía mediante un complicado sistema de elección indirecta, seleccionándolos de una lista de aquellos hombres que cumplían con determinados requisitos sociales. Se suponía que estos *homens bons* eran propietarios, residentes en la ciudad, y que no procedían de los sectores artesanales, ni estaban contaminados de impurezas religiosas o étnicas: Aunque había excepciones en la demanda de este tipo de requisitos, especialmente en las comunidades fronterizas, generalmente se procuraba cumplirlos. Sin embargo, había otras prohibiciones, como las que no permitían que se ejerciera durante mandatos consecutivos o que sus parientes ejercieran al mismo tiempo, que generalmente eran ignoradas, justificándolo con la excusa de que no había suficientes hombres competentes para ocupar cargos públicos.

Las câmaras controlaban todos los aspectos de la vida municipal, y a menudo los de los campos de los alrededores. Las actas de las actividades realizadas por la câmara durante un mes representativo podían incluir, a mediados del siglo XVII, actividades tan variadas como las de la regulación del saneamiento, fijación del precio del azúcar,

impuestos municipales, concesión del contrato del matadero y organización de expediciones en búsqueda de esclavos fugitivos. Con el tiempo, los senados da cámara trataron de ampliar su autoridad, lo cual causó descontento a los gobernadores reales, magistrados y prelados. Muchas veces las cámaras se comunicaban directamente con Lisboa, y en ocasiones mantenían procuradores en Portugal para velar por sus intereses. Cuando parecía que la legislación o la política de la corona amenazaba los intereses de la elite local, la oposición se unía alrededor de la cámara. Las prohibiciones dirigidas contra la esclavitud de los indígenas, en el siglo XVII, son un caso ejemplar. En Salvador (1610), Río de Janeiro (1640), São Paulo (1640) y Belém (1662), las cámaras encabezaban la resistencia (1610) a la política de la corona, y dirigían movimientos que resultaron en la detención o expulsión de gobernadores o jesuitas, quienes eran considerados responsables de la legislación antiesclavista.

Es evidente que, aunque las cámaras intentaron fomentar el bienestar general del municipio, estos cuerpos representaron con más vigor los intereses de los grupos localmente dominantes. En Salvador, la única ciudad donde se han conservado listas completas de los nombres de los consejeros, se observa claramente que los miembros de la cámara normalmente fueron seleccionados entre los señores de ingenio y labradores de caña de la región. De 260 hombres elegidos con cargos, y con derecho a voto, en la cámara de Salvador, entre 1680 y 1729, más de la mitad eran propietarios de ingenios, cultivadores de caña, o grandes terratenientes, y si se suma a los profesionales y comerciantes que al ser elegidos adquirieron tierras, juntos alcanzan una proporción de más del 80 por 100.⁴¹ Así, ser miembro del senado no era del dominio exclusivo de un grupo, pero claramente dominaba el sector azucarero, y en las listas se repetían los mismos nombres familiares cada año. Si este fue el caso que se dio en una ciudad grande, con un alto nivel de diferenciación social, entonces se puede suponer que la tendencia hacia la representación limitada fue aún más intensa en los lugares más pequeños, donde el número de posibles consejeros era reducido. Las cámaras tendían a definir los intereses comunes de acuerdo a los intereses de los grupos económicos de los cuales ellos procedían. Así que los senados de Belén y São Paulo obraron con ardor para proteger el derecho de organizar expediciones para la búsqueda de esclavos indígenas, mientras los de Bahía y Río de Janeiro se ocupaban de establecer una moratoria sobre las deudas contraídas por los plantadores de azúcar, o luchar contra el monopolio real del comercio.

Dentro del contexto de la vida política urbana, es conveniente hablar de dos grupos sociales, los artesanos y los comerciantes, cada cual con destinos políticos muy distintos en las ciudades del Brasil colonial. En contraste con Portugal, donde la representación artesanal en los senados era una característica permanente de la vida urbana, y donde las *bandeiras* (corporaciones artesanas) y la *casa do vinte-quatro* (consejo de artesanos) habían ejercido una influencia considerable, en los senados brasileños normalmente no existió semejante representación. Cuando los artesanos lograron participar en los senados, generalmente fue sólo en relación con los asuntos que afectaban directamente a las artesanías y al comercio, tales como licencias y fijación de precios de los artículos. Durante los primeros años de la colonización, los oficios artesanales no eran numerosos en Brasil, y a mediados del siglo XVII todavía eran poco numerosos. En Salvador, la ciudad más grande, en el año 1648 sólo había 70 artesanos declarados. A partir de 1640, las organizaciones artesanales jugaron un papel más activo, eligiendo jueces para cada especialidad comercial en Salvador, y aconsejando al senado de Río de Janeiro sobre determinados asuntos. En Salvador, la representación de los artesanos fue llevada por un *juiz do povo* (tribunal popular), que ocupaba una representación formal en el senado desde 1641 a 1711, pero con una posición tan secundaria que estaban obligados a sentarse fuera del alcance del oído de la mesa principal, para impedir su participación en aquellos temas que no les afectaban. La complicidad de los artesanos en el proyecto para limitar el número de nuevos ingenios, y en un motín sobre los impuestos en 1710, se ganaron la enemistad de los plantadores, que lograron acabar con la representación artesanal.

⁴¹ Véanse Charles R. Boxer, *Portuguese society in the tropics*, Madison, 1956, pp. 721-10; y Flory, *Bahian society*, pp. 139-144.

El hecho de que hubiera pocos artesanos urbanos, y que su posición política fuera relativamente débil, era debido a diversos factores. Primero, la demanda de artesanos cualificados en las plantaciones de azúcar los atraía hacia el campo, reduciendo de este modo su presencia y su poder en las ciudades. Un “oficio mecánico” era considerado una profesión “innoble”, de acuerdo a los conceptos de la sociedad tradicional, y debido a ellos se discriminaba a los artesanos. Los cargos reales, el ingreso en las órdenes de caballería y otro tipo de honores similares estuvieron fuera del alcance de los artesanos. En la Misericórdia de Salvador, los artesanos estuvieron relegados a una posición secundaria, como hermanos de categoría inferior, y en los regimientos de milicia, los artesanos raramente recibieron cargos oficiales. La influencia que ejerció la esclavitud en el sector de los artesanos contribuyó a su posición modesta. Muchos esclavos aprendieron a ejercer los “oficios mecánicos” con bastante destreza. Además, la gente libre de color consideraba a los oficios especializados como un medio de ascender en la escala social, y siempre que podían abrían un puesto o una tienda. La mano de obra esclava tendía a hacer disminuir los sueldos y a debilitar las distinciones cualitativas tradicionales entre *mestre* (maestro) y aprendiz, características del sistema gremial portugués. La existencia de un pequeño grupo, aunque creciente, de artesanos pardos degradaba el prestigio de los artesanos como grupo. En resumen, la posición de los artesanos, que incluso en Portugal nunca llegó a ser alta, fue aún más baja en Brasil, dentro de un contexto de una sociedad basada en la esclavitud. Sin embargo, esto no significa que los artesanos no fueran importantes en las ciudades brasileñas. En las industrias del vestir y de la construcción, la orfebrería, el curtido y muchos otros oficios, las hermandades de artesanos, organizadas bajo la protección de un santo patrón, asumían sus obligaciones en las procesiones y fiestas locales. Aun así, su poder como gremios fue débil, y en la mayor parte permanecieron bajo el control de los senados da câmara o gobernadores.

En cuanto a la posición social y política de los comerciantes, los portugueses mantuvieron una postura ciceroniana hacia el comercio. Cicerón había escrito: “El comercio si se ejerce en pequeña escala debe ser considerado innoble; pero si es en gran escala y extenso, importando muchos productos de muchos lugares y distribuyendo a muchos sin ninguna desnaturalización, no debe censurarse mucho”.⁴² Esta era exactamente la idea que existía en el Brasil colonial, donde había una clara distinción entre los comerciantes exportadores-importadores, *homens de negócio* (hombres de negocios), por una parte, y los detallistas o tenderos, *mercadores de loja* (mercaderes de lonja), por otra. En teoría, cualquier comercio hecho en nombre propio era considerado como oficio innoble, y tener orígenes mercantiles era, como también lo era el poseer experiencia artesanal, causa para ser excluido de las distinciones civiles y honoríficas. Otra desventaja provenía del hecho de que los comerciantes, en la mayoría de las veces, eran considerados conversos (por ejemplo, judíos), lo cual añadía otro motivo para la discriminación contra ellos. Aunque a veces se ha exagerado su parentesco con los cristianos nuevos, un estudio sobre Salvador revela que en el siglo XVII aproximadamente la mitad de los residentes que eran comerciantes también eran conversos.⁴³ Sin embargo, en el contexto de una economía orientada hacia la exportación en la cual el comercio jugaba un papel esencial, este tipo de desventajas no quedaron controvertidas, o al menos no fueron inmutables. A los tenderos se les impidió de manera continua ascender dentro de la escala social, pero los comerciantes dedicados a la exportación, involucrados en el comercio con Europa y África y, durante la unión ibérica, en activo contrabando con Hispanoamérica, no pudieron ser excluidos del ascenso político y social.

Aunque nunca llegaron a ser muy numerosos, los comerciantes tenían algunos atributos que les facilitaba ascender socialmente. La gran mayoría de ellos eran europeos, y muchos llegaron a Brasil como representantes de los comerciantes de su tierra, o llevados por algún tío o primo que ya tenía negocios en Brasil. No es sorprendente que muchas

⁴² Cicerón, *De officiis*, I, pp. 150-151. Este trabajo era conocido en Brasil. En el inventario del senhor de engenho, João Lopes Fiuza, apareció una copia, APB, sección judicial, legajo 623, p. 4.

⁴³ Gran parte de esta sección está basada en Rae Flory y David G. Smith, “Bahian merchants and planters in the seventeenth and early centuries”, en *HAHR*, 58, 4 (noviembre y 1978), pp. 571-594.

mujeres brasileñas, que muchas veces eran hijas de la elite terrateniente, estuvieran dispuestas a casarse, en algunos casos, pasando por alto la “contaminación” conversa. El éxito también facilitaba su propio ascenso, puesto que los comerciantes adinerados podían comprar ingenios o estancias y llegar a ser miembros de grupos de prestigio como las hermandades terciarias de los franciscanos o de Misericórdia. Bajo diversas formas, el sector mercantil fue absorbido por la elite terrateniente a través de un proceso gradual, que hacia los últimos años del siglo XVII había difuminado las distinciones sociales entre los dos grupos.

Tal fusión, sin embargo, no eliminó el antagonismo inevitable entre los comerciantes y los productores, surgido de su relación económica. Las quejas de los plantadores contra la “extorsión” de los comerciantes persistieron a lo largo de este período en todas las capitanías. Los plantadores tenían la costumbre de comprar el equipo de herramientas a crédito con un 20-30 por 100 superior al precio de Lisboa, hipotecando la próxima cosecha a un precio fijo inferior al de su valor de mercado, lo cual provocaba una interminable acritud y continuas protestas a la corona. En 1663, y periódicamente después, los plantadores lograron evitar la venta por partes de los ingenios y campos de caña, para hacer frente a las deudas, pero los intereses de los comerciantes fueron suficientemente fuertes como para impedir que los plantadores realizaran su sueño de una moratoria completa de las deudas. La máxima de los comerciantes, como la expresaba Francisco Pinheiro, “Haga todo lo posible para obtener el precio más alto”, no ayudó a suavizar el antagonismo económico existente entre ellos y los grupos agrarios de la colonia.⁴⁴

El ascenso social y político de los comerciantes, señalado por su mayor participación en los senados da cámara, cargos oficiales en los regimientos militares, pertenencia a las hermandades laicas de prestigio e incorporación dentro de la aristocracia plantadora, parece haber empezado a mediados del siglo XVII e intensificado durante las primeras décadas del siglo XVIII. Esta fue una época de mucha tensión en el Imperio portugués del Atlántico, y la corona respondió con una serie de medidas mercantilistas, proyectadas para sacar a flote la decadencia en la que se encontraba la economía. La creación de la Compañía Brasileña en 1649 (transformada en organismo gubernamental en 1663), con derechos de monopolio sobre el comercio de determinados artículos, y la responsabilidad de proporcionar una flota bien protegida, fue una medida de tiempo de guerra. En 1678, le siguió la creación de otra compañía similar, la Compañía Maranhão, destinada a suministrar esclavos al norte y para controlar el comercio de esta región. Estas medidas, que a veces afectaban de manera negativa los intereses de los comerciantes brasileños, fueron vistas con un desagrado especial por parte de los plantadores y otros colonizadores, y, de este modo, tendieron a intensificar el conflicto tradicional entre los plantadores y los comerciantes. Así que, durante un período en el que los comerciantes se estaban volviendo cada vez más importantes y prominentes como grupo social, se intensificaba la resistencia hacia ellos y hacia las medidas mercantilistas promulgadas por la corona.

En dos lugares, el conflicto estalló en forma de confrontación violenta. En 1684, los colonizadores de São Luís, dirigidos por un plantador azucarero, llamado Manuel Beckman, se alzaron contra la compañía, declararon la nulidad del monopolio y tomaron el control de la ciudad. La revuelta se agotó y Beckman fue capturado y ejecutado. Más serio fue todavía el conflicto civil que estalló en Pernambuco, donde los aristócratas plantadores de Olinda resistieron contra el levantamiento de su vecina Recife como ciudad independiente, y dominaron a los comerciantes nacidos en Portugal que residían allí y con quienes muchas veces estaban endeudados. Los comerciantes, por su parte, se oponían a la ausencia de su representación en la cámara de Olinda, la cual exigía impuestos a Recife. La situación llegó a su punto culminante en 1710-1711 en una amarga, aunque no especialmente cruenta, guerra civil entre la facción de los plantadores de Olinda y los mascates, o comerciantes ubicados en Recife. La Guerra de los Mascates reveló las naturales tensiones entre los comerciantes y los plantadores, y también el importante papel que jugaría el sector de comerciantes dentro de la orientación cada vez más mercantilista de la colonia.

⁴⁴ La serie más completa de los registros de los comerciantes es la de Francisco Pinheiro (1707-1752), incluidos en Luís Lisanti, ed., *Negócios coloniais*, 5 vols., Brasília, 1973.

El final de siglo no sólo trajo una participación mercantil más activa en la vida política y social brasileña, sino también una intensificación del papel de la corona en el gobierno municipal, como parte de un nuevo activismo del Estado. Un cambio importante en el gobierno local ocurrió entre 1696 y 1700, con la creación de los *juizes de fora* en las ciudades brasileñas. Estos jueces municipales profesionales, designados por la corona, presidían las cámaras y ejercían su autoridad en la preparación de las listas electorales. La corona justificaba su presencia en Brasil como un medio para eliminar el favoritismo y el nepotismo en los senados da cámara, pero la consecuencia final fue la disminución de la autonomía local de las cámaras. Además, la expansión de la colonización hacia el interior y el crecimiento de pueblos secundarios cerca de la costa indujeron, en las primeras décadas del siglo XVIII, a la fundación de nuevos senados municipales, acontecimiento que hizo disminuir la autoridad anterior de los centros costeros. Por ejemplo, los plantadores elegidos para el senado da cámara, se negaron, cada vez más, a ejercer sus cargos, al preferir ocuparse de sus ingenios o asumir cargos en el senado de las nuevas cámaras rurales, como las de Cachoeira o Santo Amaro, fundados en 1698 y 1724, respectivamente. Mientras los plantadores continuaron dominando el senado de Salvador a lo largo del período colonial, en otras ciudades portuarias fueron aumentando las oportunidades para los comerciantes. Sin embargo, las posiciones que éstos lograron alcanzar hacia mediados del siglo XVIII, eran en instituciones menos poderosas.

La estructura social

Desde los primeros años de la colonización, Brasil era un área demasiado extensa, con una economía demasiado diversificada y compleja en relación a su naturaleza política y social para llegar a ser meramente una plantación azucarera a lo grande, pero, como ya se ha visto, la demanda de la agricultura de azúcar y las peculiaridades de su organización contribuyeron de manera considerable al ordenamiento de la sociedad. Los portugueses trajeron consigo un concepto idealizado de jerarquía social apoyado por la teología y una comprensión práctica de posiciones y relaciones sociales, tal como ellas funcionaban en Portugal. Estos conceptos y experiencias determinaron la terminología de la organización social y fijaron los parámetros dentro de los cuales evolucionó la sociedad. No obstante, la agricultura de exportación y la plantación crearon sus propias jerarquías y realidades.

Ya en 1549, Duarte Coelho, donatario de Pernambuco, describió a sus colonizadores de un modo que inconscientemente trazó la jerarquía social de su capitanía:

Algunos construyen ingenios, porque tienen suficiente fuerza para hacerlo, otros cultivan caña, otros algodón y otros cultivos alimentarios, los cuales son las cosas más importantes y principales de la tierra; otros pescados, que también es muy necesario; otros poseen barcos para buscar provisiones ... Otros son expertos en la construcción de ingenios, maestros azucareros, carpinteros, herreros, albañiles, alfareros y otros oficios.⁴⁵

En una economía basada en la agricultura comercial, existió un orden social natural. Los propietarios de los ingenios iban en primer lugar, seguidos por los labradores de caña. Luego se mencionaba a los que se ocupaban de otras actividades relacionadas con la exportación. Los hombres dedicados a la agricultura de subsistencia, u otras actividades parecidas, recibían una atención especial, tal como se singularizaba a los campesinos de Europa como fundamento de todo lo demás, aunque ellos eran los últimos citados entre los agricultores. Tras una escueta mención del comercio y los comerciantes, Duarte Coelho trata de los artesanos, haciendo una lista de ellos, según el orden de importancia en el proceso de fabricación azucarero; o en otro sentido, de acuerdo al salario anual que cada uno de ellos esperaba ganar en un ingenio.

El informe de Duarte Coelho es revelador tanto por lo que incluye como por lo que deja de mencionar. Presenta la jerarquía en un orden funcional-profesional directamente vinculada a la agricultura de exportación, principalmente azucarera. Aunque dicha descripción refleja una realidad esencial, ésta se nos presenta incompleta al tratar sólo de la

⁴⁵ Carta del 15 de abril de 1549, *Cartas de Duarte Coelho a El Rei*, Recife, 1967, p. 71.

población libre. La gran mayoría de la población -indios y, más tarde, esclavos africanos- no queda incluida. En realidad, además de la jerarquía agraria profesional, la sociedad brasileña estaba regida por otros dos principios: una división jurídica basada principalmente en la distinción entre esclavos y libres, y una gradación racial que iba del blanco al negro.

En el siglo XVI se llevaron a cabo algunos intentos para mantener las distinciones legales tradicionales entre noble y plebeyo y las divisiones de una sociedad europea basada en los estados u órdenes. Sin embargo, la clase plantadora fracasó en sus intentos de convertirse en nobleza hereditaria, y todos los blancos aspiraron a alcanzar el rango social más elevado. Los *fidalgos* (nobles) y clérigos continuaron disfrutando de ciertos derechos jurídicos y exenciones. En ocasiones solemnes o importantes se convocaba a los representantes de los estados tradicionales. Tal fue el caso, por ejemplo, cuando en 1660, en reacción a un impuesto sobre la propiedad, la cámara de Río de Janeiro se reunió con representantes de la nobleza, el clero y del pueblo; o cuando la fundación del pueblo de Cachoeira, “los hombre del pueblo” y “los hombres responsables del gobierno” se reunieron para establecer las ordenanzas de la población.⁴⁶ Sin embargo, en Brasil la existencia de otras formas de organización social hizo que los principios tradicionales de estratificación fueran menos importantes.

Jurídicamente, la sociedad brasileña estaba dividida entre los de condición esclava y los de condición libre. A causa del elevado número existente de mano de obra no libre, indios y africanos, la distinción entre esclavo y hombre libre fue crucial. Pero incluso dentro de la clara separación legal de condición libre y condición esclava, existieron categorías intermedias. Los indios que habían sido capturados y puestos bajo la tutela de los colonizadores, los llamados forros o administrados, legamente eran libres, pero en la práctica se los trató como si fueran esclavos. Además, los esclavos que habían realizado pagos para obtener la libertad, o quienes habían recibido la libertad, bajo la condición de futuros servicios o pagos, aparentemente disfrutaban de la condición de *coartados*, una posición legal que los distinguía del resto de los esclavos. Así que, a pesar de la existencia de las divisiones jurídicas de una sociedad europea basada en los estados, en Brasil éstas tuvieron escasa importancia, al ser una colonia donde la estratificación social estaba marcada por las distinciones que suelen caracterizar a una sociedad basada en la esclavitud.

Por otra parte, la existencia de tres grupos raciales principales -europeos, indios americanos y africanos- en una colonia creada por europeos, resultó en una jerarquía basada en el color, con los blancos ocupando la posición más alta y los negros la más baja. La posición que ocupó la gente de origen mixto -los mulatos, mamelucos y otras mezclas similares- dependió de la gradación de color más clara o más oscura y del grado de aculturación hacia las normas europeas. Al sector de la población libre de color le tocó ocupar los puestos menos prestigiosos, como los pequeños negocios, artesanías, trabajos manuales y agricultura de subsistencia. A pesar de su posición legalmente libre, éstos sufrieron de ciertas desventajas. Estuvieron excluidos de los cargos municipales o de la pertenencia a las hermandades laicas más prestigiosas, tales como la de la tercera orden de San Francisco. De vez en cuando, los senados da cámara aprobaban legislaciones suntuarias. En Salvador, en 1696 se prohibió que los esclavos llevaran oro y prendas de seda, y -hacia 1709, las restricciones se ampliaron, incluyendo a los negros libres y mulatos, tal y como se había hecho, se argumentaba, en Río de Janeiro. También existieron otro tipo de restricciones. De acuerdo a una ley, aprobada en 1621, en Bahía, ningún negro, indio o mulato podía ser orfebre, y, en 1743, se prohibió que los negros vendieran artículos en las calles de Recife.⁴⁷ El hecho de que algunas veces se burlaran las leyes discriminatorias, no niega las limitaciones bajo las cuales vivió la población libre de color. Ellos eran conscientes de sus desventajas e intentaron modificar su situación, siendo causa de incidentes como el

⁴⁶ Véase Vivaldo Coaracy, *O Rio de Janeiro no século XVII*, Río de Janeiro, 1965, Arquivo Municipal de Cachoeira, Libro 1 de Veração, 1968. Véase también José Honório Rodrigues, *Vida e história*, Río de Janeiro, 1966, p. 132.

⁴⁷ BNRI, 11-33, 23, 15, número 4 (20 de febrero de 1696); *Documentos históricos da Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro [DHBNRJ]* 95 (1952): 248; Biblioteca Geral da Universidade de Coimbra [BGUC], código 707.

del 1689, cuando los mulatos intentaron ser admitidos en el colegio jesuita de Bahía, donde aspiraban a “mejorar la fortuna de su color” a través de la educación, y se les negó la admisión.⁴⁸

La antipatía para con la gente de color era profunda, y afectaba a todos los aspectos de la vida. En Ceará en 1724 y en Rio Grande do Norte en 1732 se proponía que, aunque los mulatos y mamelucos hubieran ejercido cargos públicos cuando no había suficientes blancos para ello, ahora deberían restringirse sus servicios, “puesto que la experiencia ha demostrado que, son menos capaces a causa de su inferioridad, y porque la agitación y los problemas son habituales en ellos”.⁴⁹ Eran, como explicaba la cámara de Salvador, “gente humilde que no rimen ninguna integridad ni razones para la conservación y el crecimiento del reinado, y sólo buscan su propia conveniencia”.⁵⁰ El comentario definitivo sobre su incapacidad era el hecho de que se podía revocar la libertad de un antiguo esclavo por su falta de respeto hacia su antiguo amo.

Entre la población libre de color se desarrollaron instituciones paralelas a las de la sociedad blanca, que proporcionaban un sentimiento de comunidad y de orgullo. Los regimientos negros de milicia, denominados los Henriques después de Henrique Dias, líder que luchó contra los holandeses, existieron en muchas partes de Brasil. Se mantenían distinciones entre los regimientos negros y los de mulatos, y en algunas unidades negras hasta se intentó limitar la categoría de oficial a los negros crioulos, brasileños de nacimiento. Las unidades de milicia proporcionaron un punto de cohesión y, con el tiempo, una plataforma desde donde poder expresar las quejas. Posiblemente de una importancia mayor fueron las cofradías o hermandades laicas de negros y mulatos que habían por todas partes de la colonia, que facilitaban servicios sociales, limosnas, dotes, entierros y prácticas religiosas organizadas. Las hermandades llegaron a tener una posición permanente en la vida urbana y, a veces también, en los ingenios. Aunque es posible que algunas ya existieran en el siglo XVI, no fue hasta el siglo XVIII que éstas empezaron a proliferar. Por ejemplo, Bahía tenía seis hermandades negras y cinco hermandades mulatas dedicadas a la Virgen a principios de ese siglo. A pesar de que algunas hermandades estaban abiertas a hombres y mujeres de todas las razas, otras tenían restricciones según el color o el país africano de origen. Aunque tales instituciones ofrecían medios para participar en la cultura dominante, la separación según el color o país de origen también reflejaba las realidades de una sociedad, basada en la esclavitud, y las desventajas que sufría la población de color, tanto la esclava como la libre. Los negros de la hermandad del Rosario, que habían sido alojados en la sede de Salvador, abandonaron ésta para construir su propia iglesia, a causa de los insultos y mal trato que recibían de las hermandades blancas “porque eran negros”.⁵¹ Para la gente de color, ser elegido miembro para el consejo directivo de una hermandad, o conseguir un grado de oficial en la milicia, era indudablemente un logro y éxito social importantes, pero las oportunidades que la sociedad colonial les ofrecía siempre estuvieron limitadas y restringidas.

Además de las diferencias fundamentales de posición civil y raza, existieron otras de especial importancia para la población blanca. Los hombres casados, con residencia fija, eran los colonizadores preferidos y favorecidos, en cuanto a cargos municipales y derechos. Como índice social, también se usaban los orígenes religiosos o étnicos. A los que tenían linaje o parentesco converso (es decir, judío) se los consideraba sospechosos respecto a su religión y cultura, y eran discriminados legalmente y económicamente. Sin embargo, en Brasil con frecuencia se superaban este tipo de desventajas mediante logros económicos.

Los cristianos nuevos jugaron un papel importante en la colonia durante todo el siglo XVII. En Portugal, la conversión forzada de todos los judíos, en 1497, dio lugar a que un grupo grande de la población se viera repentinamente inmersa en una nueva fe. En teoría, se eliminaron las diferencias religiosas de una vez, pero lo que no se podía borrar tan

⁴⁸ AHU, PA, Bahía, caja 16 (30 de enero de 1689). La corona ordenó que los jesuitas los admitieran.

⁴⁹ *Ibid.*, Ceará, caja I; Rio Grande do Norte, caja 3.

⁵⁰ Arquivo da Câmara Municipal do Salvador [ACMS], 12'. 7 Provisões, fojas, 171173 diciembre de 1711.

⁵¹ “Pellos desgostos que padecião com os Brancos... e por serem pretos os maltratavão”. AHU, PA, Bahía, caja 48 (8 de julio de 1733).

fácilmente eran las diferencias de costumbre, opinión y mentalidad. Los conversos soportaron, de generación en generación, el estigma de nacimiento, y aun los que eran católicos devotos podían ser víctimas de las prácticas y de la legislación discriminatoria, que los excluía de los honores o cargos, por encontrarse algún cristiano nuevo en alguna parte del árbol genealógico. La sociedad consideraba igualmente sospechosos tanto a los judíos que conservaron secretamente la fe judaica, como a los que no tenían ni el más mínimo apego al judaísmo. Sin embargo, los conversos estuvieron mezclados en la empresa brasileña desde los inicios, y el hecho de que la Inquisición portuguesa no fuera establecida hasta 1547 hizo que la colonia estuviera relativamente libre de la lucha contra la herejía. En Brasil, los cristianos nuevos llegaron a ser no sólo comerciantes, sino también artesanos, plantadores azucareros y labradores de caña, y ejercieron cargos eclesiásticos y civiles. En 1603, la Junta de Conciencia de Lisboa ordenó al obispo de Brasil que solamente nombrara a cristianos viejos para ocupar los cargos religiosos en Pernambuco, debido a que los cristianos nuevos ejercían la mayoría de los cargos de las iglesias de ese estado. Un estudio sobre Bahía, de 1620 a 1660, revela que un 36 por 100 de los conversos se dedicaban al comercio, un 20 por 100 a la agricultura, un 12 por 100 ejercían oficios profesionales y un 10 por 100 eran artesanos, mientras que otro 20 por 100 ocupaban cargos religiosos, militares o civiles.⁵²

El período de la unión ibérica (1580-1640) convirtió a los cristianos nuevos en el centro de atención de la colonia. Las visitas que la Inquisición realizó a Pernambuco y Bahía, en 1591-1595 y 1618, provocaron una gran consternación en la comunidad conversa, pero la incapacidad de la Inquisición para establecerse fijamente en Brasil pudo deberse a la influencia que este grupo había adquirido en la colonia. Los obispos tenían poderes inquisitoriales, y los usaban de vez en cuando, pero la persecución de los cristianos nuevos en Brasil fue menos eficaz que en Hispanoamérica, y las cifras de inmigrantes conversos en Brasil aumentaron durante las primeras décadas del siglo XVII. Las presiones sobre los conversos en Brasil, y las oportunidades para el comercio, que creó la unión con España, hizo que muchos conversos emigraran o establecieran empresas comerciales en la América española, sobre todo en el virreinato de Perú. Por motivos económicos, nacionales y religiosos, los *peruleiros* estaban mal considerados. En Hispanoamérica, el término "portugués" se convirtió en sinónimo de judío, y con la separación de España y Portugal en 1640, se convocaron una serie de *autos-da-fé* (autos de fe) en Lima, México y Cartagena, dirigidos principalmente a los comerciantes portugueses.

Existe una polémica apasionante entre los especialistas del tema en cuestión, para determinar hasta qué punto los cristianos nuevos brasileños o portugueses eran o no eran judíos, y si los esfuerzos llevados a cabo por la Inquisición fueron concebidos para fomentar la ortodoxia religiosa, o fueron simplemente un instrumento de la nobleza para deslomar, mediante la persecución y la confiscación, a la creciente burguesía. Desde luego, las visitas inquisitoriales sugieren que había judíos practicantes entre los plantadores azucareros de Bahía y Pernambuco. Sin embargo, bajo la política de tolerancia religiosa, defendida por el conde Mauricio de Nassau, en el Brasil holandés, los judíos secretos pudieron practicar abiertamente, y pronto se juntaron con los judíos holandeses. En los años cuarenta del siglo XVII, en Recife hubo dos sinagogas en funcionamiento. A los que lucharon en el bando holandés se les permitió abandonar Brasil, como parte de los acuerdos de la rendición, emigrando a Surinam, Jamaica, Nuevo Amsterdam, o regresando a Holanda. Los cristianos nuevos en el Brasil portugués, aparentemente estaban divididos por sus lealtades, pero a todos se les consideraba unos traidores en potencia. La *vox populi* atribuyó la caída de Salvador, en 1624, a una "puñalada traperera" de los conversos, aunque la historiografía posterior ha demostrado que ello no era cierto.⁵³ Los judíos del Brasil holandés generalmente no lograron contactar con los cristianos nuevos del territorio portugués, pero

⁵² Anita Novinsky, *Cristãos novos na Bahia*, São Paulo, 1972, p. 176; ANTT, Mesa da Consciência, Libro de registro 18, fojas 8v-9.

⁵³ Novinsky, *Cristãos novos...*, p. 120; Eduardo d'Oliveira Franja, "Um problema: A traição dos cristãos novos em 1624", en *Revista de História*, 41 (1970), pp. 21-71. Para una interpretación de la Inquisición, desde un punto de vista económico, véase Antônio José Saraiva, *Inquisição e cristãos novos*, Oporto, 1969.

las relaciones cosmopolitas de los cristianos nuevos con Italia, Francia y Holanda fueron consideradas sospechosas. El episcopado realizó investigaciones al respecto en Bahía en 1635, 1640, 1641 y 1646, siendo la última particularmente amplia.

Desde 1660 hasta principios del siglo posterior, la preocupación en relación a los cristianos nuevos parece haber disminuido. Durante toda la centuria, desde Maranhão a São Paulo, se realizaron detenciones de judaizantes, aunque en número reducido. La tradicional discriminación contra los cristianos nuevos continuó siendo una realidad respecto al ejercicio de cargos públicos, pertenencia a las Misericórdias o en las hermandades laicas más prestigiosas. Con el descubrimiento del oro se intensificaron las detenciones y confiscaciones inquisitoriales. La mayoría de los detenidos eran de Río de Janeiro y de Minas Gerais. El auto-da-fé de Lisboa, en 1711, incluía a 52 prisioneros de Brasil. En total, la Inquisición juzgó aproximadamente a unos 400 cristianos nuevos brasileños. Hacia el siglo XVIII, sometidos a la vigilancia de la Inquisición y de sus vecinos, las distinciones culturales y religiosas, características de los cristianos nuevos, empezaron a desvanecerse, aunque permanecieron como un sector perjudicado de la sociedad brasileña.

Por último, en la sociedad colonial brasileña existió, además de los prejuicios de color, credo y origen, el del sexo. Los brasileños compartían la típica mentalidad europea que predominaba en esa época hacia las mujeres, pero con tal intensidad, que hasta provocaba comentarios entre sus vecinos españoles. En teoría, se suponía que las mujeres debían estar protegidas y apartadas de los asuntos del mundo, y se esperaba que estuvieran dedicadas a una vida de hijas obedientes, esposas sumisas y madres cariñosas. La doble y rígida moralidad existente -castidad y fidelidad femenina y promiscuidad masculina- se aceptaba hasta tal punto, que la ley permitía que un esposo matara a su mujer si la descubría en situación de adulterio. En la sociedad colonial existieron varias instituciones que apoyaban o aseguraban que las mujeres de “buena familia” cumplieran con las normas establecidas. Los benefactores de las Misericórdias aportaban fondos para las dotes de las niñas huérfanas. Se establecieron residencias destinadas a preservar a aquellas mujeres jóvenes cuya castidad estaba en peligro por la pérdida de uno de sus padres. Ya en 1602, los residentes de Salvador solicitaron que se estableciera un convento en la ciudad. La demanda fue finalmente satisfecha en 1677, con la fundación del Convento do Destêro y hacia 1750, la mayoría de las ciudades importantes ya tenían sus propios conventos.⁵⁴ Al igual que en otros aspectos de la vida, la admisión en los conventos dependía de la “pureza de sangre” y, puesto que la dote que se requería para ello era grande, las hijas de los plantadores y comerciantes acaparaban la mayoría de los sitios disponibles. Si podemos tener en cuenta las quejas habidas sobre la vida escandalosa que se llevaba en los conventos, y las jactanciosas observaciones de los viajeros franceses, como Foger y Dellon, en realidad muchas veces se debían saltar los ideales de castidad y retiro.

En realidad, el papel de la mujer en la sociedad colonial era más complejo de lo que normalmente se lo presenta. Si bien en un pleito legal, una de las partes podía argumentar que su propiedad había estado en peligro por haberse hallado en manos de su mujer, y las mujeres eran “por naturaleza ... tímidas e incapaces de cuidar de tales asuntos, rodeadas de niños delicados y sin protección”, de hecho, muchas mujeres asumieron el papel de cabeza de familia, en su viudez, o por causa de abandono.⁵⁵ Había mujeres propietarias de plantaciones, labradoras de caña y dueñas de bienes raíces urbanos. En cierta medida, esta situación era producto de las leyes hereditarias portuguesas, las cuales aseguraban que todos los herederos recibieran partes iguales, y prevenían que el cónyuge sobreviviente heredera la mayor parte del patrimonio. Además, si descendemos a los estratos de clase y color, se notaba cada vez más que las mujeres desempeñaron papeles activos en la vida económica. Por ejemplo, las mujeres de color, libres y esclavas, controlaban casi siempre el comercio al por menor ambulante a pequeña escala en las ciudades coloniales.

⁵⁴ ANTT, Mesa da Consciência, Libro de registro 17, fojas 158-159; Susan Soeiro, “A baroque nunnery: the economic and social role of a colonial convent: Santa Clara do Destêro, Salvador, Bahia, 1677-1800”, tesis doctoral, New York University, 1974.

⁵⁵ APB, Ordens régias, 86, fojas 234-236.

El gobierno y la sociedad brasileños formaban dos sistemas que se entrelazaban el uno con el otro. El gobierno trató de vincular a los individuos y a los grupos corporativos a las instituciones políticas formales del Estado, e intentó crear las condiciones para que facilitaran y mantuvieran la capacidad productiva de la colonia. Por otro lado, los principales factores que unieron e impulsaron la sociedad eran las relaciones personales basadas en la familia extensa y en grupos de parientes, la posición social, las metas e intereses económicos que se compartían. Durante el período colonial, el Estado y la sociedad estaban vinculados de tal forma que aseguraban la sobrevivencia de la colonia y el dominio económico y social de aquellos grupos que controlaban la producción y distribución de los principales artículos de exportación brasileña.

En la colonia había, por lo menos, tres niveles de organización gubernamental. Los cargos nombrados por la corona -el virrey, los gobernadores, *disembargadores* (jueces del tribunal supremo) y otros magistrados reales- eran los representantes directos de la autoridad portuguesa. Éstos eran, al menos en teoría, una burocracia de profesionales. Normalmente, los que ejercían los cargos ejecutivos más altos eran seleccionados de la nobleza portuguesa, quienes se suponía tenían el entrenamiento y la propensión para ser militares. Los magistrados eran letrados, abogados con preparación universitaria, que constituían una creciente clase de burócratas profesionales de la corona. Conjuntamente, los militares y los abogados, desempeñaron los cargos más importantes de la colonia. Por debajo de ellos había un segundo nivel de gobierno, constituido por innumerables cargos de carácter secundario, funcionarios del tesoro, recaudadores de aduanas, inspectores de mercado, notarios, escribientes y vigilantes. En un principio, todos estos cargos fueron ejercidos por portugueses europeos, pero hacia mediados del siglo XVII, los colonos ocupaban muchos de ellos, algunos habían sido comprados y otros obtenidos a través de herencias. Finalmente, existía un tercer nivel, constituido por los cargos de gobierno municipal, y los jueces elegidos y vereadores (consejeros) de las cámaras y muchos otros cargos inferiores, que eran nombrados por los organismos coloniales locales. En el campo, el gobierno estaba muchas veces en manos de los oficiales superiores de la milicia, quienes cumplían funciones paramilitares, tales como policías, recaudadores de impuestos y, a veces, empadronadores.

Desde el tiempo de las capitanías de donatarios, el poder privado jugó un papel importante en la organización de la colonia y, aunque la corona continuamente imponía su autoridad, los grupos dominantes de la colonia encontraban medios para obligar al gobierno a hacer frente a sus necesidades. La elite económica local normalmente dominaba los cargos municipales, y llegaron a controlar también muchos de los cargos menores, relacionados con la justicia o con la tesorería. En las zonas rurales, raramente se encontraba a un coronel militar que no fuera también plantador o estanciero. La elite brasileña llegó a penetrar e incorporarse hasta en la categoría de los cargos reales más altamente profesionalizados: la de los magistrados. A pesar de la rigurosa prohibición de que los brasileños ejercieran puestos gubernamentales de alto rango en la colonia, y en contra de que los lazos familiares pudieran influir en la imparcialidad de un magistrado, se formaron redes familiares y de afinidad entre los oficiales de la corona y la sociedad local. Entre 1652 y 1752, se nombraron diez jueces brasileños de nacimiento, para ejercer en la *Relação de Bahía*, y cuando se creó una nueva en Río de Janeiro, en 1752, su primer presidente había nacido en Bahía. Veinticinco jueces de la *Relação* se casaron con brasileñas, quienes normalmente eran hijas de los plantadores azucareros, y otros se vincularon con la elite colonial a través del compadrazgo, tratos comerciales, o participación común en las hermandades laicas. En resumen, la elite colonial trató y logró que los gobiernos municipales y reales fueran sensibles a sus intereses y ambiciones. El gobierno era a menudo ineficaz, a veces opresivo y normalmente corrupto, pero, a pesar de que Portugal intentara anteponer sus propios intereses, raramente se consideró al gobierno una fuerza extranjera y externa.

Es evidente que la familia jugó un papel importante en la vida política y social de la colonia. El predominio de las familias donatarias en Río de Janeiro y Pernambuco era comparable al poder extenso, aunque más restringido, sostenido por los grupos familiares

de los plantadores azucareros, ganaderos y otros magnates rurales, interconectados entre sí, a pesar de las frecuentes hostilidades existentes. Los conflictos entre los Pires y los Camargos en São Paulo en los años de 1650, o los de Vieira Ravascos y Teles Meneses en Bahía en los años de 1680, reflejan la importancia y el poder de la institución familiar en la colonia. La familia extensa patriarcal, con sus múltiples miembros vinculados por sangre, matrimonio y compadrazgo, incluyendo sirvientes y esclavos, fue un concepto ideal para atravesar las jerarquías sociales antes mencionadas. La formación y mantenimiento de estas elites familiares, sus estrategias para conseguir las herencias, sus conexiones y su continuidad son temas que merecen una gran atención. Desafortunadamente, el estudio de la familia en Brasil está todavía en mantillas, y la ausencia de cualquier censo anterior a 1750 lo convierte en una tarea difícil.

Finalmente, la relación del Estado y la sociedad debe considerarse en el contexto de la economía brasileña y la forma predominante de sus relaciones laborales, basadas en la esclavitud. El Estado portugués y sus leyes proporcionaron un sistema para el control de la propiedad" las transacciones comerciales y la distribución y control de la fuerza de trabajo. Una vez que la colonia se hubo lanzado como productora de cultivos de exportación, basados en la mano de obra esclava africana o en la mano de obra indígena forzada. El Estado intervino muy poco en los aspectos internos de la economía, en el ordenamiento de los factores de producción, o entre las relaciones amo y esclavo. Mientras los principales ingresos económicos procedieron de la clase plantadora, éstos actuaron a rienda suelta, y la corona se mostró satisfecha de recaudar los diezmos y los diversos impuestos sobre la exportación e importación. Después de 1650, cuando los precios de las exportaciones agrícolas brasileñas fluctuaron, la corona emprendió una serie de medidas para mejorar y estimular la posición de los plantadores azucareros, medidas que a menudo fueron en detrimento de los grupos comerciales de Portugal y de la colonia. Sin embargo, ya a principios del siglo XVIII, los cambios de la situación europea, el planteamiento colbertiano en la economía política, la creciente importancia de los grupos mercantiles dentro de Brasil y en la metrópoli y el descubrimiento de oro, todos combinados hicieron virar la relación entre el Estado portugués y su colonia americana. El hecho de que la elite agraria brasileña fuera capaz de absorber a las clases mercantiles y mineras, de importancia reciente, y de adaptarse a un Estado más activo e intervencionista, fue debido principalmente a que tanto ella misma como el estado colonial estaban firmemente basados en la institución de la esclavitud y las consiguientes distinciones sociales que la acompañaban.